Francisca Solar

LA VÍA DAMNA



minotauro

LA VÍA DAMNA

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2022, Francisca Solar
Derechos exclusivos de edición
© 2022, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile
www.planetadelibros.cl

© Imagen de portada: solarseven en iStock

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-956-9957-18-5
ISBN epub: 978-956-9957-19-2
Inscripción: Nº 2021-A-10613

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

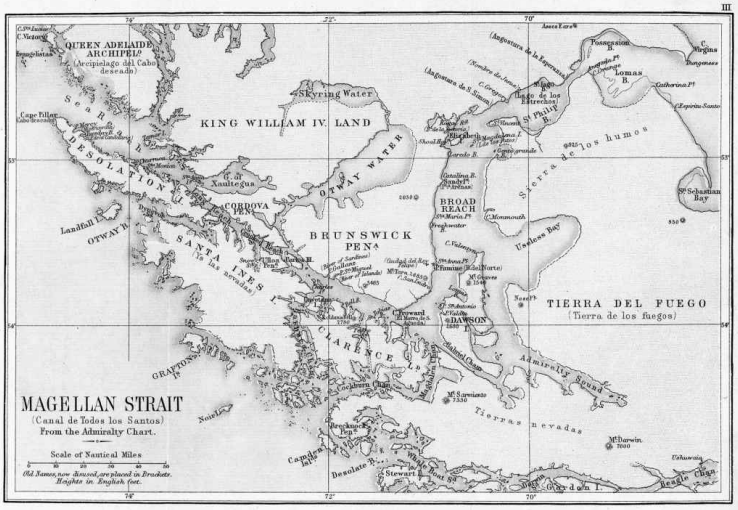
Francisca Solar

LA VÍA DAMNA

minotauro

El Fuerte Búlnes era, en realidad,
una pequeña Siberia.
El temperamento de esa localidad
era duro i fríjido en estremo,
barriendo la colonia los vendavales
del sudoeste que allí soplan
con la violencia i la taima de verdaderos huracanes.
Como las casas de tablas coronaban la colina,
eran sacudidas como el velámen de un buque por el aquilón,
abriendo así grietas en el maderámen
que daban paso enseguida a la nieve i al deshielo.
De aquí venía un estado sanitario deplorable,
i que el clima junto con el hambre
hicieran necesario un temprano cementerio.
Benjamín Vicuña Mackenna, 1877

Para Scotty y Uhura,
mis compañeros de pandemia,
guardianes de mi sanidad mental
y mi alegría de vivir.


QUEEN ADELAIDE ARCHIPELG
(Archipelago del Cabo deseado)
KING WILLIAM IV. LAND
Skyring Water
Sea
DESOLATION
OTWAY WATER
CORDOVA
Landfall
OTWAY
SANTA INES I.
BRUNSWICK PEN.A
BROAD REACH
Useless Bay
Sierra de los humos
TIERRA DEL FUEGO
(Tierra de los fuegos)
DAWSON I.
CLARENCE I.
GRAFTON I.
Admiralty Sound
Tierras nevadas
Desolate B.
Stewart I.
Good d'eln I.
Lomas B.
Possession B.
St Philip R.
St Sebastian Bay
MAGELLAN STRAIT
(Canal de Todos los Santos)
From the Admiralty Chart.
Scale of Nautical Miles
Old Names, now disused, are placed in Brackets.
Heights in English feet.

I

2 de enero de 1852
Noche
Fuerte Bulnes, estrecho de Magallanes

Entre forcejeos y llantos, el médico prusiano Matthäus Kleist logró introducir a su hija Odetta en el destartalado bote de pesca, mientras la enfermera Alcázar luchaba por sujetarla desde los pies. Para haber cumplido recién seis años, la niña tenía tanta fuerza como un huracán.

—Doctor, por favor, venga con nosotras —rogó la mujer, rodeando a Odetta con sus brazos. Su rostro anguloso se difuminaba tras el propio hálito condensado en el aire polar—. No haga una locura. ¡Súbase, se lo pido!

A juzgar por el ruido del agua contra las rocas, la marea parecía lo suficientemente calma como para remar y alejarse sin inconvenientes, pero ahí, en el extremo austral, en el fin del mundo, eso no era una señal para confiarse. Greta Alcázar, instalada a duras penas en la pequeña embarcación de emergencia, probablemente tenía la misma reticencia, pero hasta una caída en el mar gélido le parecía más amable que morir calcinada o atravesada por una bayoneta.

Los gritos de los soldados amotinados se escuchaban hasta esa esquina del acantilado, decenas de metros bajo el morro donde se erguía el Fuerte Bulnes. No tenían más tiempo.

—Reme hacia el sur. Escóndanse en el bosque. No vuelvan —le ordenó el doctor, con ese áspero acento teutónico que sus pocos años en Chile no habían podido borrar. Agradeció en silencio que la oscuridad de la noche austral le permitiera disimular la angustia en su rostro. Desató la soga de ajuste y empujó la proa del bote. Lo vio tambalearse en el agua mientras se alejaba del roquerío—. ¡Huyan ya!

—¡Doctor!

—¡*Papa*! ¡No me dejes, *papa*!

No pudo mirar a Odetta a los ojos. No pudo despedirse. Ninguna palabra de afecto salió de su boca. Si la abrazaba una última vez, no podría dejarla ir, y dejarla ir era indispensable para poder cumplir su promesa.

Sintió náuseas. Ignorando los gemidos de su hija, apretó los puños, giró sobre sus pies y se apresuró de regreso al fuerte, saltando entre las rocas húmedas y subiendo luego a zancadas el rudimentario sendero que se empinaba por sobre el mar. Sus manos agrietadas por los exiguos grados Fahrenheit comenzaban a escocer: en el apuro había olvidado sus guantes. Sintió una taquicardia desatarse bajo su camisa de algodón. El viento implacable era un muro que ralentizaba su paso y lo obligaba a abrazarse a su grueso abrigo de lana para avanzar. No sabía cuánto tiempo le quedaba para salvar a sus pacientes. Segundos, quizá. Ya estaba preparado para la muerte. Para la de ellos. Para la suya.

Al llegar a la planicie, vio a lo lejos que las dos casas situadas en la entrada del predio, muy cerca de los viejos depósitos de pólvora, ardían furiosamente. En cualquier momento las llamas darían paso a grandes explosiones en cadena. Las sombras de hombres con armas y antorchas

quemarían lo que quedaba del cuartel, la bodega, la secretaría… Eso le daba algo de ventaja antes de que alcanzaran la capilla, emplazada al fondo. Si acortaba camino por los sembradíos infértiles en el límite oeste, llegaría antes que ellos.

Debió esconderse un momento a un lado del antiguo almacén de víveres antes de correr hasta el umbral de la capilla como si no hubiese mañana. No lo habría, en realidad. Las ocho personas postradas en esa enfermería improvisada contaban con eso.

—¡Doctor! —exclamó Ana Carmen al verlo, alterada, levantando sus brazos desde el primer catre. El velo blanco que la cubría por completo le permitía reconocerlo gracias a dos pequeños agujeros para sus ojos—. Sabía que regresaríais, sabía que regresaríais por nosotros…

El doctor fue hasta ella y se inclinó. Respiraba muy agitado y tenía las mejillas rojas por el frío, bañadas en lágrimas. Le sonrió.

—Una promesa es una promesa.

Suavemente, quitó el velo de sábana que ocultaba el rostro y cuerpo desfigurados de la mujer. Luego tomó su mano, cubierta de llagas envueltas en un vendaje ya amarillento. Ella se sobresaltó; había olvidado lo que era el contacto humano. Estaba prohibido. Nadie toca a una leprosa.

—Doctor…

La horda de hombres se escuchaba peligrosamente cerca.

—Llegó el momento, Carmencita. ¿Está lista?

En el límite oeste del predio, los troncos que sostenían el viejo cuartel comenzaron a colapsar a golpes y hachazos. Los gritos de furia de los recién llegados se multiplicaban y enervaban por la frustración de no encontrar lo que buscaban. Ya no había víveres que despojar, ni autoridades que amenazar, ni colonos armados con quiénes pelear. El frío insoportable, la muerte de animales y las fracasadas cosechas los habían ahuyentado hacía tiempo; todos se fueron buscando mejores condiciones de vida en el norte. Únicamente los desahuciados —y su obstinado médico a cargo, quien se negó a dejar su puesto— habían quedado atrás. En ese fuerte militar abandonado hacía mucho que no había nada de valor…

O quizá sí.

—Estoy lista —dijo Ana Carmen, llorando también, pero no de tristeza. Una felicidad extraña se expandía en su pecho. Con sus dos manos temblorosas, tomó la del doctor y la estrechó con agradecimiento—. Recordadme el rezo, por favor.

Matthäus asintió. Buscó las palabras de Hakái en su mente. Las sílabas cadentes en la lengua de los aónikenk no eran fáciles de repetir, pero si se concentraba, podía volver a escuchar con mucha exactitud la melodiosa voz de la indígena, como si ella misma estuviese hablándole ahí, al oído.

—*Allotoi uenenjeme Kooch* —pronunció él—. Repítalo fuerte. *Allotoi uenenjeme Kooch.*

—*Allotoi uenenjeme Kooch* —habló de pronto el francés Marchiset, dos catres más allá. Se persignó.

—Déjanos ver tu luz, Señor —exclamó Perpetua, por su parte, en apenas un hilo de voz desde la otra esquina. La tuberculosis había destrozado sus pulmones y garganta—. *Allotoi uenenjeme Kooch.*

Uno a uno, sus ocho pacientes, los últimos que quedaban en Fuerte Bulnes, se unieron al rezo ancestral. Todos sabían qué hacer.

Mientras sus murmullos se mezclaban con el caos que se colaba desde afuera, el doctor corrió hasta el grueso pilar de piedra donde se hallaba el último velón de cera que quedaba. Su llama

mínima desde una buena altura alcanzaba para que el lugar no estuviese completamente en penumbras, e inmediatamente bajo la luz estaba el antiguo sagrario empotrado. Su elegante confección en mármol se debía a mano de obra belga y había llegado hasta ahí a bordo de la goleta *Ancud* en 1843, gracias a la insistencia del devoto capitán John Williams, junto a herramientas, animales y otras pertenencias de la primera colonia chilena que se asentó en esa traicionera península del estrecho de Magallanes. Casi una década después, ya no había en su interior ni vino, ni ostias, ni ningún artículo santo; el capellán fray Domingo Pasolini había abandonado el asentamiento hacía dos años. En lugar de eso, el doctor Kleist guardaba allí lo más preciado que le quedaba: su bitácora… y la pequeña botella con solución de adelfa que Hakái había preparado para él. Jamás pensó que llegaría tan pronto el momento en que estaría obligado a usarla: la noche en que los *shauealenk* —"hombres de sangre"— irrumpieran en el fuerte.

Tomó un trozo de carboncillo, garabateó las últimas líneas que escribiría jamás en su libreta y la dejó de vuelta en el sagrario. Alzó la vista hacia el crucifijo clavado en la parte más alta de la capilla, olvidado entre el polvo y el hielo. Buscó los ojos torturados de Jesús de Nazareth y le pidió su perdón. En esta, su última hora, el luterano Matthäus Kleist había elegido encomendarse a otro dios.

Asió la botella y sacó el corcho con cuidado. Inspiró profundo. Debía apurarse, pero no podía olvidar ningún detalle…

Retrocedió unos pasos y se acercó al catre a su izquierda. Ahí yacía Jean Campbell, una adolescente oriunda de Glasgow. Tal como el resto de sus compañeros, su rostro y cuerpo estaba cubierto por un velo opaco hecho de retazos de telas blancas —sábanas, camisolas y hasta velas de fibra de cáñamo, generalmente recogidas de goletas hundidas en los alrededores— con hoyos para sus ojos más uno estrecho para la boca. En su pecho podía leerse un número escrito en carboncillo: 12. Una manta adicional de piel de guanaco la protegía hasta la cintura.

El doctor echó la manta hacia atrás y luego le quitó el velo. Su mentón pecoso al descubierto tembló de frío.

—Un trago es suficiente. No vaciles —le susurró él, tomando su nuca con delicadeza. Jean asintió. Su apoplejía le había quitado el habla y una extraña parálisis deterioró sus extremidades. Cerró los ojos, sintió el líquido en su garganta y lloró de agradecimiento. El prusiano lloró con ella—. Concéntrate, dilo en tu mente. *Allotoi uenenjeme Kooch. Allotoi uenenjeme Kooch.*

Jean apretó los párpados, concentrada, al tiempo que el doctor volteaba su cuerpo en la camilla hasta dejarla de costado. Tomó las piernas enjutas de la joven y de a poco las dobló hasta que sus rodillas quedaron a la altura de sus senos. Él agradeció que su parálisis no hubiese derivado en rigidez, pues habría tenido que quebrar su columna en la espalda baja para que lograra esta posición y no era el momento de generarle más dolor. Hizo que cada brazo rodeara sus piernas y que su mentón tocara su pecho. Entonces tomó el amplio velo y la envolvió con él, como una oruga en su capullo, sin dejar espacio donde entrara el aire o la luz. Acarició su cabello antes de que desapareciera bajo la tela. Su número quedó visible.

—*Don't go without me* —le rogó su hermano John desde el catre contiguo.

El mellizo Campbell se apoyó en los muñones de sus piernas cercenadas para reincorporarse cuando el doctor fue hasta él. También se estremeció cuando fue liberado de la larga sábana que lo había cubierto por tanto tiempo.

Tomó a Matthäus desde el hombro y rodeó su cuello, temblando con fuerza. El doctor le devolvió el abrazo, escuchando un "*thank you*" antes de que el joven volviera a recostarse. La

pequeña botella brilló con la luz de luna que apenas entraba por las ventanas tapiadas con gruesos trozos de lenga, el roble blanco de Tierra del Fuego, y tras apurar el sorbo que le correspondía, John susurró *Allotoi uenenjeme Kooch* con acento escocés. Cerró los ojos. El doctor lo ayudó a lograr la posición fetal necesaria, puso suavemente la mano sobre su coronilla para despedirse y lo envolvió tensando la tela con el número trece.

—¿Lo veré en el cielo, *doktor*? —preguntó Dominik Rudi. Su tono mezclaba miedo, esperanza y resignación. En poco tiempo había pasado de ser un promisorio abogado prusiano contratado por el Estado de Chile a un maldito desahuciado que escupía sangre en tierra extranjera. Una neumonía atípica le quitó los mejores años de su vida.

El doctor Kleist sonrió apenas vio a su coterráneo al remover el velo, admirando por última vez la gruesa cicatriz de su *bec-de-lievre* —denominación que aprendió de su libro francés de anatomía, *labio leporino* para los hispanos— bajo su nariz aguileña.

—*Halte mich, wenn du mich findest, mein Freund* —le respondió, estrechando su mano con calidez. En el catre a su lado, la cocinera chilena Perpetua Díaz, quien pasó veinte años al servicio de colonos europeos en la Patagonia, tradujo rápido en su cabeza: *abrázame cuando me encuentres, amigo mío.*

Dominik tragó saliva para prepararse, pero arrugó la frente por el dolor. Luego recibió su sorbo de adelfa y sostuvo el líquido entre los dientes. Llevó sus rodillas al pecho, bajó la cabeza y sintió las manos frías del doctor al recorrer su cuerpo para envolverlo con su propia sábana. *Es como regresar al vientre materno, pero regresamos al vientre de la tierra,* les había dicho Hakái. Tenía sentido.

Perpetua observó el procedimiento desde su camilla. Sabía que, al tragar, el dolor en su propia tráquea sería igual o peor que el de Dominik, pero que solo duraría unos segundos. Su garganta siempre escocía. El reflujo persistente tras las crisis de tos había quitado de su vida una de sus mayores alegrías: comer. Hacía días ya no resistía ningún alimento, solo agua y pasta de avena. A veces despertaba ahogándose en bilis. No quería seguir viviendo así, con la piel pegada a los huesos, el aliento agrio y las entrañas ardiendo.

—Déjanos ver tu luz, Señor. *Allotoi uenenjeme Kooch* —lloró ella, dulce, con las manos juntas sobre su pecho y esperando ya en posición fetal. Unos segundos después el doctor Kleist descubrió su rostro, puso la botella sobre sus labios y la mujer lo miró con cariño mientras tomaba las gotas—. Que los ángeles lo lleven en sus alas. Gracias por todo…

Cuando el doctor Kleist se acercó a Euclides pudo notar su miedo en los crujidos del catre. Los insurrectos estaban muy cerca, pronto lo destrozarían todo, y este postrado tenía una extensa experiencia en motines. Conocía la angustia, la violencia, la crueldad. No estaba dispuesto a vivirlas de nuevo.

Matthäus puso su mano sobre el puño del hombre y lo apretó.

—Ha sido un placer estar a su servicio, capitán.

Se miraron a los ojos hasta que el exsoldado asintió. Lloraron juntos mientras el doctor removía su velo con el número 5. Desde que lo habían planeado, sabía que la despedida no sería fácil.

—El placer fue mío —contestó Euclides Cifuentes con dificultad.

Tras un altercado en el recién estrenado cuartel en Punta Arenas, un subalterno se descontroló y le propinó varias estocadas en el pecho y el abdomen. Lo trasladaron de inmediato al fuerte, al único lugar en la región donde había un higienista residente, pero eran heridas profundas que requerían de un tratamiento mucho más complejo al que el doctor Kleist podía ofrecer ahí, en

medio de la desolada pampa magallánica. El pus, y tras él la necrosis, ya habían avanzado. Apenas podía hablar por el dolor, tampoco comer. Había sido un hombre de excelente estado físico, pero su deceso era simple cuestión de tiempo.

En un gesto, Euclides pidió la asistencia del doctor para este último paso. Él inclinó la botella y entre ambos lograron que el líquido pasara por la garganta del capitán. También entre ambos doblaron su maltrecho cuerpo hasta que pudiese abrazarse las piernas, sabiendo el altísimo sufrimiento físico que esto acarreaba para él. Mientras Matthäus lo envolvía en tela, Euclides lloraba y seguía susurrando. Aunque no comprendiera bien lo que oía, el doctor imaginó que pronunciaba el rezo aónikenk, una y otra vez…

Louis Marchiset era el más complejo de los ocho. Fue un reputado mercader de tabaco y dejó una gran fortuna a su familia, era un hombre culto y estudioso, pero su *inestabilidad emocional* —"comportamiento errático y contradictorio con tendencia a la histeria, las autolesiones y la furia intempestiva", constaba en la bitácora del doctor Kleist— lo transformó en paria. Su tripulación lo abandonó a su suerte en 1851 cerca del faro de San Isidro y en vísperas de Semana Santa, tras intentar ahorcar a su propio hermano en un confuso incidente: dicen que se defendió de su propio asesinato, pero nunca hubo pruebas. Un día estaba lúcido y sereno, educando con gracia al resto de los internos sobre la biblioteca de Alejandría o el teatro griego, pero al día siguiente podía tener arranques de violencia que aterrorizaban a cualquiera, gritando sin consuelo algo ininteligible. Era usual que fuese amarrado a la camilla para evitar que se hiriese a sí mismo y a los otros enfermos que, a pesar de todo, le profesaban sincero afecto. El lazareto más cercano estaba a cientos de kilómetros, así que trasladarlo no era una opción. A Matthäus le pesaba no comprender las causas de su condición para poder ayudarlo adecuadamente o darle un tratamiento eficaz. No sentía miedo, sino compasión.

Se inclinó hacia él y desató la cinta de cuero que sujetaba sus muñecas al barrote del catre. También le quitó el velo blanco. Al liberarse, el francés extendió sus manos hacia el doctor y él no se movió.

Louis lo tomó del rostro. Le dio un beso en la frente.

—*Au revoir, cher docteur* —dijo con alivio. Hasta le sonrió. El doctor le sonrió de vuelta y le cedió la botella con una inusual confianza. Louis la alzó como si se tratara de una copa de vino y bebió únicamente lo que le correspondía. Luego cerró los ojos, saboreó el veneno y repitió las palabras que Hakái les había enseñado, al tiempo que forzaba la elasticidad de su cuerpo para incrustar su cabeza entre sus rodillas. *Allotoi uenenjeme Kooch.* Hoy era uno de sus días buenos.

Solo faltaban Ana Carmen y Carlos Sanz, peregrinos españoles. Habían contraído lepra en el barco que los llevó de California a Valparaíso un año antes, pero sus lesiones se hicieron evidentes una vez que continuaron su misión hasta Ancud. Aunque lograron conseguir un camarote en otra embarcación que se dirigía hacia el Atlántico —su plan original era llegar hasta Montevideo—, los arrojaron al mar junto a una decena de enfermos en la zona de cabo Froward. Únicamente ellos dos sobrevivieron y alcanzaron tierra firme, de milagro llegaron a pie hasta el Fuerte Bulnes. El doctor Kleist los acogió en una tienda de campaña e hizo lo que pudo para aliviar su padecimiento, pero pronto los trasladó a la capilla, pues sabía que no soportarían el frío de 45 grados Fahrenheit bajo un techo de lona. Les exigió, eso sí, que usaran el "traje" obligatorio para los enfermos del fuerte: un largo velo de tela blanca que los cubría hasta los pies y se ajustaba en la cintura, con un número pintado en carboncillo y agujeros para mirar. Fantasmas en vida, pero protegidos de los espíritus de la muerte, según la tradición aónikenk.

Aceptaron. No había ningún otro lugar a donde ir.

Matthäus liberó a Carlos de su velo momentáneamente, tal como lo había hecho con Ana hacía unos minutos. Siempre admiró el temple y buen humor que el hispano tenía a pesar de su destino.

Dio a ambos un sorbo del concentrado de adelfa y se persignaron.

—Descansen —se despidió, acuclillado entre los catres individuales donde reposaba el matrimonio. No podía evitar que el llanto profuso empapara su cara. En cualquier otro momento, hubiese preferido que no notaran su debilidad, pero ahora parecía su mayor fortaleza. Extendió sus brazos a cada lado y acarició las manos deformadas de los misioneros antes de amortajarlos en forma circular—. Ténganme presente cuando su dios los reciba. *Allotoi uenenjeme Kooch.*

Una vez envueltos como en capullos y terminado el ritual, Matthäus se alejó lentamente. Los gritos amenazantes en las cercanías lo urgían a actuar con apremio, pero al menos ahí adentro, entre la madera podrida y la roca tallada de un espacio antes sagrado, había paz. Los movimientos cesaban y las voces caían de a poco en el silencio. Ocho bultos sobre ocho camillas. No hubo grandes espasmos ni gemidos intempestivos. El brebaje de Hakái había cumplido con su labor y el doctor con su convicción: la muerte voluntaria era la más digna.

—¿Es mi turno, *papa*?

Matthäus Kleist volteó con pánico. A contraluz y en el umbral de la capilla, la pequeña Odetta lo miraba con más curiosidad que miedo. Su pelo goteaba, su vestido destilaba y sus dientes rechinaban. Estaba al borde de la hipotermia. De alguna manera había logrado saltar del bote y seguirlo hasta ahí.

Estuvo *ahí* todo el tiempo.

Corrió hasta su hija y le cubrió la cabeza con su mano libre para que no viera nada más, para que no escuchara las palabras ancestrales que seguían flotando en la habitación… Pero era inútil. Sintió de pronto que toda la certeza que lo había sostenido hasta entonces se derrumbaba en un segundo. Los aónikenk jamás permitían la presencia de niños en los rituales mortuorios. No podían, no debían…

Una voz grave y jadeante gritó al otro lado del muro.

—¿Matthäus Kleist? ¿Está ahí? —gritó otra vez—. Ni se atreva a huir. ¡No hay salida!

El doctor dejó de respirar. Era cierto, no había salida, pero miró a su alrededor: quizá sí había escondite.

Sin soltar el frasco de adelfa, tomó a la niña de las axilas, retrocediendo hasta la pared del fondo. "*Vergiss mich nicht, schatzi*", le susurró, destrozado, besándola en la mejilla. Con un movimiento ágil y aprovechando que su hija apenas podía moverse, sacó la cubierta del barril de orina y la introdujo ahí. El líquido tibio pero putrefacto le llegaba a las rodillas. Cerró nuevamente la barrica y Odetta quedó en la absoluta oscuridad. Habría pataleado, quizá gritado de asco, pero tan pronto buscó emitir sonido, todo su cuerpo se negó.

Su garganta se cerró. No sabía cómo o de dónde, pero sintió un golpe seco en su pecho que la dejó sin aliento. Y luego otro. Y otro. Sus ojos se entornaron y apretó la mandíbula con fuerza, como en una descarga eléctrica. Algo en su interior empezó a arder.

Miguel José Cambiaso entró en la abandonada capilla del Fuerte Bulnes con su fusil en alto. Sonrió, sádico, al notar unos cuantos catres en la penumbra. El soldado chileno, a esas alturas ya autodenominado *general* frente a su grupo de rebeldes y tan odiado como temido en la zona, no había podido asesinar a ningún incauto en la última hora y eso lo tenía chasqueado. Era tiempo de liberar tensiones.

En dos zancadas y extendiendo su brazo derecho sin siquiera dudar, clavó la bayoneta acoplada

a su fusil con tanto impulso sobre el bulto más cercano que esta atravesó el colchón de lana.

El postrado no se quejó, no gritó. No se movió.

—¿Qué es esto?

—Ya no tendrás sus almas —balbuceó Matthäus Kleist desde el fondo, jadeando de frío y pánico—. Tampoco la mía.

El doctor se había sentado en el suelo de tierra, exhausto, con la espalda pegada al barril. Palpó la diminuta botella en su puño. Quedaba un poco de adelfa. Lo suficiente.

Cambiaso, confundido y enfurecido por ver bolsas de tela en lugar de cuerpos, liberó la bayoneta de la espalda inmóvil de Carlos Sanz y entonces la forzó en el bulto del catre contiguo. Quien sea que estuviese arremolinado ahí no acusó el golpe. Ni un gemido.

Entonces él gritó de rabia.

Caminó hasta Kleist justo a tiempo para evitar que sus planes terminaran de irse al carajo. La bayoneta sí le sirvió de algo esta vez: con ella hirió la mano derecha del doctor, obligándolo a soltar lo que sea que llevaba a su boca. La botella cayó al suelo, quebrajándose, y el veneno se escurrió en el barro.

Luego presionó el extremo puntiagudo del fusil contra el cuello del prusiano.

—No me interesan sus sucios enfermos y usted, de mártir, no me es útil —se burló, intuyendo el origen del líquido desperdiciado—, así que le vale cooperar. Entonces… —presionó más la bayoneta en la piel del doctor y apareció un hilillo de sangre—: ¿dónde están los *indios*?

Matthäus apretó los dientes.

—Pierde su tiempo —respondió, jadeando.

—Dónde… están… las tumbas —moduló Cambiaso, comenzando a exasperarse—. Despedazaré este lugar, lo convertiré en cenizas si es necesario. ¡Dónde están las malditas tumbas indias!

—Pierde… su… tiempo —lo remedó el prusiano, sosteniendo su mirada.

—Vine por el oro y no me iré sin él —le aseguró, y por un momento cambió la furia por una sonrisa de satisfacción—. ¿Dónde enterró a la india esa? Sé que murió no hace mucho. ¿Cuántas joyas dejó? ¿La sepultó con ellas?

El doctor Kleist sintió bilis subir hasta su garganta. Recordó el doloroso momento en que debió amortajar a la única madre que Odetta conoció y entonces dejó estallar, libres, por fin, las lágrimas que había contenido hace unos minutos.

—Jamás la encontrarás —lloró, alzando el mentón con firmeza.

Cambiaso bufó.

—No hay apuro en zarpar hacia el Atlántico… Tenemos tiempo para que cambie de opinión.

En términos de la milicia, sobre todo de la facción descarriada, *cambiar de opinión* significaba golpear, quebrar, cercenar. Torturar.

Matthäus llenó sus pulmones de ese aire frío. No lo pensó y se decidió. Le sorprendió con cuánta holgura y rapidez fue capaz de tomar el cañón del fusil de su oponente con ambas manos.

—*Allotoi uenenjeme Kooch* —dijo, luego bajó la bayoneta hasta su vientre y la empujó contra su propia carne. La sangre tibia comenzó a salir a borbotones. El dolor fue inconmensurable, aunque presenciar el rostro desencajado de Cambiaso le regaló unos segundos de satisfacción.

El general soltó el fusil. Abofeteó al doctor con tanta fuerza que su torso y cabeza se azotaron contra el suelo.

—Idiota extranjero —gruñó. Luego giró para gritar hacia las sombras que se movían detrás de la capilla, en los alrededores—. ¡Godoy! ¡Molina! —. Unos segundos después, dos jóvenes

soldados cruzaron el umbral. El más alto de ellos llevaba una antorcha. Su superior hizo sonar las hebillas de las botas para llamar su atención, apuntando luego al doctor—. Llévenlo a mi camarote y sánenlo. ¡Rápido! Si se muere, yo mismo los mataré a ustedes.

Se acuclilló para recoger su fusil. Liberó la bayoneta del malogrado estómago de Matthäus Kleist y dejó que sus subalternos lo levantaran, tomándolo cada uno de un brazo. Tendrían que arrastrarlo hasta el barco. Antes de que el doctor perdiera por completo el conocimiento, creyó oír una voz que decía "*Quémenlo todo*".

Al tiempo que removían el cuerpo lánguido del prusiano, Miguel José Cambiaso habría jurado, por un segundo, que la barrica de orina a sus espaldas se estaba moviendo. Quizá el reflejo de las llamas que se agitaban en las afueras estaba confundiendo su vista. Quizá simplemente estaba agotado por tanto ajetreo. No tenía el ánimo suficiente como para quedarse a averiguarlo.

La pequeña Odetta Kleist, hipotérmica, oculta de la barbarie y acorralada en el hedor a amoniaco de la madera húmeda, no había parado de convulsionar. Un grupo de ajenos comenzaban a instalarse uno a uno en su mente infantil, como eligiendo butacas en un teatro vacío. El eco de la frase aónikenk en voces y acentos distintos se había apoderado de su interior, donde ya no podía distinguir la propia, gritando de agonía. Era una niña con fuerza de huracán, sí, pero con un corazón de brisa.

Hasta que cayó inconsciente en el líquido nauseabundo. Dejó de resistir cuando recibió el octavo golpe en el pecho, al último nuevo morador.

Había perdido a su madre al nacer, luego a su otra madre… pero nunca más estaría sola.

Ahora eran nueve.

II

31 de junio de 1905
Vermouth
Punta Arenas, estrecho de Magallanes

El joven lacayo Sixto Garcés abrió la puerta del carruaje, desancló la escalerilla y estiró su mano para tomar el brazo de la anciana que esperaba en el interior. La baronesa de Biancavilla, doña Paula de Ferrari, lo fulminó con la mirada apenas él osó rozar la manga de organdí de su vestido. Sixto aguantó la respiración, como a quien se le escapan las gallinas del corral: había olvidado que sus instrucciones eran distintas. Sin moverse de su asiento, ella sacó la mano hacia afuera, sujetando su bastón. Lo probó varias veces contra el suelo de gravilla y, al comprobar que era tierra firme, bajó lenta y dignamente.

—¿Luzco cansada, Sixto? —lo desafió, alzando su ceja gruesa y cana apenas logró erguirse a un costado del coche.

—No, no. No es eso lo que yo…

—¿Me he quejado una sola vez durante el viaje?

—Disculpe, doña Paula. Olvidé que…

—¿Te parece que dos o tres escalones son una amenaza para mí? —siguió, sin sacarle los ojos de encima mientras abotonaba el cuello de su abrigo y acomodaba la pequeña cartera de terciopelo que colgaba de su antebrazo—. O peor, ¡crees que estoy vieja!

Lo que Sixto no había olvidado, dada la educación estricta recibida por parte de su padre, es que las respuestas sinceras no son las correctas en todo escenario. Este era uno de esos. No obstante, también recordaba que su patrona disfrutaba enfrentarse al mundo desde un sarcasmo que solo una posición tan privilegiada como la suya tenía el lujo de ejecutar.

—Únicamente debo ayudarla cuando usted me pida esa ayuda. No volveré a olvidarlo —le aseguró, mirándose los zapatos para que no se notara tanto su sonrojo. Paula alcanzó igualmente a ver su sonrisa.

—El Todopoderoso me provee de dignidad, solo Él podrá quitármela —terminó, y eso sí lo dijo muy en serio. Luego le sonrió de vuelta a su lacayo con los labios pegados—. ¿Hay alguna persona cerca de nosotros que sí pareciese necesitar esa ayuda que con tanto entusiasmo estás dispuesto a ofrecer?

Sixto alzó la vista y revisó tímido pero curioso los pocos metros a su alrededor. Primero a la derecha, luego a la izquierda. Así fue como se percató de que, en la parte trasera del carruaje, su hermana Marcia, también sirvienta de doña Paula, intentaba con mucho esfuerzo mover unas cajas de caridad que habían traído de Valparaíso —víveres no perecibles y algunas medicinas— desde el coche hasta una destartalada carreta de bueyes. El campesino a su mando trasladaría las donaciones hasta la Escuela Superior de Niñas Nº 2 en la calle Valdivia, donde la directora Laura Castro de Zelada las estaría esperando en persona.

El lacayo regresó los ojos hacia la baronesa y ella tenía ambas cejas levantadas, esperando que Sixto captara la obviedad. Él se inclinó en una pequeña reverencia para excusarse, casi divertido.

—A su servicio, doña Paula.

Se alejó y su patrona lo siguió con la mirada, agitando la cabeza como si hubiese regañado a un niño.

Ella aprovechó el momento para percatarse mejor de sus alrededores. El ajetreo en la plaza frente al Hotel Génova era el usual a esa hora de la tarde, pues estaban a pocas cuadras de la bahía y a pocos minutos del prematuro anochecer del extremo austral. Sin embargo, el frenético movimiento a orilla del mar tenía causas intempestivas: el vapor *Orita*, construido por Harland & Wolff especialmente para la ruta Liverpool-Valparaíso de la Compañía Inglesa de Vapores —con paradas programadas en quince puertos distintos de Sudamérica y Europa, entre ellos Punta Arenas—, había sufrido un desperfecto y llegó con casi dos horas de retraso a la ciudad. El muelle estaba hecho un caos de pasajeros, maquinistas, bolsas del *Royal Mail* y personeros de la Comisión de Sanidad Marítima, quienes debían desinfectar la embarcación por el control de la viruela. Por suerte el equipaje de doña Paula era suficientemente acotado como para escabullirse con gracia: apenas un baúl de cuero equino, más dos pequeños morrales que eran propiedad de sus criados. El resto de la carga a su nombre se trataba de varias docenas de cajas de caridad que tendría que separar prontamente para dos tipos muy distintos de destinatarios. Un carruaje reservado por su abogado con una semana de anticipación, a cargo del argentino don Abel Norambuena, había estado esperándola para trasladar todo hasta el hotel.

A su derecha escuchó fuerte y claro al sereno, mientras este encendía los faroles de aceite a lo largo de la calle. "¡Son las cinco y quince con viento sur!". Cualquier ciudadano podía pedirle más detalles al vigilante si le apetecía y, en este caso, lo detuvo un hombre de uniforme. La respuesta del sereno se escuchó hasta el otro lado de la avenida y el aparente capitán de barco lucía contento con el reporte: *celajado* con viento sudoeste y una sensación de 37 grados Fahrenheit. Paula arrugó la nariz. En realidad, no necesitaba oír esa información para darla por cierta; podía corroborar la temperatura actual tocando sus labios agrietados o tratando de mover los dedos de sus entumidos pies dentro de sus botas. Punta Arenas se jactaba de una vista hermosa al estrecho de Magallanes, donde los océanos Pacífico y Atlántico confluían, pero también del frío más frío del continente.

—¿Baronesa de Biancavilla?

La voz sonó a sus espaldas. Entornó los ojos antes de voltear.

—*Doña Paula* es suficiente —respondió ella, y al girar pudo ver a quien la había interpelado. Un hombre alto, en sus sesenta, de impecable corbatín de lazo y abrigo azul oscuro de cierre cruzado con botones y detalles dorados en mangas y solapas se había detenido muy erguido a un metro de ella. Su cabello engominado hacia atrás y patillas canosas abundantes contrastaban con el fino bigotillo bajo su nariz y sus mejillas enrojecidas—. Gobernador Ferrogués, presumo.

Paula de Ferrari le extendió su mano enguantada en algodón bordado. Él demoró unos segundos en reaccionar, no muy seguro de que esa persona de correcto castellano, pero acento indescifrable, fuese la noble italiana que esperaba. Siguiendo la inercia de sus modales, tomó la mano de la mujer para besarla, aunque ella lo detuvo. En sus ojos pareció que esa acostumbrada cortesía se había transformado en el gesto más impropio del planeta. Con un movimiento ágil, Paula giró la muñeca y apretó los nudillos del hombre con fuerza. Él se sobresaltó y se quitó del intercambio como si hubiese recogido brasas de la estufa.

—Jovino Alonso Ferrogués, a su disposición —tosió, haciendo una reverencia. Tenía la mirada

severa de un capataz, pero la confusión de un crío—. Perdóneme, no sabía que los códigos de etiqueta frente a la nobleza habían cambiado. No podría estrecharle la mano a una dama de su alcurnia. Llámeme anticuado.

—Ya que me lo pide: sí, es usted bastante anticuado —pronunció ella, combinando un tono altivo con un gesto amable—. Incluso los conservadores sucumben tarde o temprano a los cambios, gobernador, así que es mejor hacerse a la idea… A menos de que, claro, lo que le cueste aceptar es el abominable acto de estrechar la mano de una mujer.

Él no alcanzó a disimular su molestia.

—Una modernidad a la vez, baronesa. Recuerde que soy una autoridad regional.

—Es una autoridad del nuevo siglo —apuntó ella, e insistió—: y yo soy *Paula*.

Ferrogués comprendió que el sorpresivo gesto de mano de la anciana había sido tan solo una muestra de su *estilo*. No llevaba sombrero ni joyas, lo que era altamente inusual. Su vestido y abrigo de negro pulcro eran quizá demasiado sobrios para su gusto, al igual que su peinado de tocado bajo y rejilla. Le recordaba más a una ama de llaves que a una europea adinerada. Ni siquiera sus criados —quienes trabajosamente seguían bajando cajas de madera desde el carruaje — lucían los uniformes acostumbrados por la élite. Nada en la apariencia de la octogenaria revelaba su título nobiliario, pero sí evidenciaba su supuesto pasado como religiosa de claustro.

El chileno carraspeó y movió los hombros. Debía reconocer que los extranjeros progresistas y sus excentricidades le ponían los pelos de punta. Para él ya era suficiente con estar dispuesto a cambiar los candiles de la plaza central por el incipiente alumbrado eléctrico.

—Y como la autoridad que soy, he venido a darle la bienvenida a Punta Arenas. Siento mucho que el motivo de su visita sea tan agrio.

Paula exhaló y se persignó a la vez.

—Faltan palabras para describirlo. He presenciado las más diversas enfermedades en mi larga vida, pero pocas tan violentas como la viruela. Se expande como el viento. Los lazaretos no dan abasto, todos los días hay cuerpos abandonados en las quebradas y contaminan los cauces de agua; hasta prohibieron los velatorios para no aumentar los contagios. Ricos y pobres angustiados por igual… señal prístina de la debacle.

—Pero creí que las familias más connotadas del puerto tenían prioridad de acceso a la vacuna…

—Así es, lo que no tiene perdón de Dios —sentenció ella sin ocultar su enojo, lo que empeoró la incomodidad del gobernador—, porque no alcanza para todos. Si yo vivo, muere un niño. ¡Abominable escenario! Doné mi dosis, por supuesto. Quise quedarme a ayudar, pero a mi edad me consideran más un estorbo que un aporte, así que mi única opción era salir de Valparaíso por un tiempo. Espero que mi aislamiento sanitario por estos lados no complique su agenda.

—En lo absoluto. Me alegra poder ofrecerle a la nobleza una ciudad libre de epidemias.

—Asegúrese de poder ofrecérselo a todo viajero que busque refugio —le respondió Paula con una sonrisa de falsa simpatía.

Jovino Alonso exhaló, sin aflojar la postura.

—Por favor, continúe con lo suyo. No quisiera retrasarla más de lo debido, ya casi estamos a oscuras. ¿Y sus pertenencias?

—Ahí —señaló ella apuntando al recatado baúl de cuero que Sixto había dejado a un costado del carruaje.

—¿Eso es todo?

—Únicamente necesito aire en mis pulmones. Lo demás es bambolla —respondió serena, y él,

aunque estaba claramente en desacuerdo, no se atrevió a contradecirla.

—Imagino que le ofrecieron estadía en el palacio Braun…

—Sí, y decliné. Que la Santísima Virgen me libre de menuda suntuosidad —declaró. El palacio de los Braun Menéndez era la mayor representación de la élite europea que había sido pionera en Magallanes y así asentado su gran fortuna. La mansión neoclásica que unía a estas dos importantes familias se erguía en dos plantas emplazadas en un terreno de más de dos mil metros cuadrados, e incluía ventanales dobles, energía eléctrica, calefacción central a carbón y leña, además de agua caliente en los baños. Era de una ostentación y modernidad insuperables. Había empezado a construirse en 1903 y aún no concluía, dados todos los lujos que sus dueños se encaprichaban por manifestar—. He pagado por adelantado la noche en este hotel donde recibiré todas las comodidades, por si fuese esa su preocupación.

Ferrogués alzó la vista hacia la casona de madera y cerco de lenga, fachada del Hotel Génova, propiedad de un mercader italiano. Hizo una mueca: no era una pensión de mala muerte, pero tampoco el mejor hotel de la ciudad. Era una elección sospechosa, pero la razón era simple: a doña Paula le había parecido interesante recurrir a la hospitalidad de un coterráneo en suelo magallánico.

Él optó por una sonrisa forzada.

—Cuando mi asistente me comunicó que esta era la dirección de su arribo, pensé que habría algún error. Mis disculpas. Si llegase a cambiar de idea, envíe a su criado a la gobernación. Le conseguiremos la mejor habitación del Hotel de France o el Royal…

—Gracias, pero no será necesario.

—Como usted prefiera —dijo levemente ofuscado, lo suficiente para que fuese notorio—. Me quitaré de su camino, entonces. Únicamente he venido para recibirla y ponerme a su disposición, así como otros miembros de la aristocracia local que estarán encantados de recibir su visita. Espero que su descanso sea provechoso.

—Así será. Poseo la suerte de tener algunos contactos residiendo en esta zona, así que me mantendré ocupada. De hecho, mañana mismo muy temprano me acompañarán a un interesante lugar.

—Me alegra escuchar eso. ¿Irá a la biblioteca croata? ¿Al salón de té de los Balenciaga?

La sonrisa de Paula de Ferrari transmitió la satisfacción de quien espera pacientemente el momento correcto.

—Visitaré la *Vía Damna*.

Las mejillas del gobernador se enrojecieron aún más, y no por el frío. Hasta el ritmo de su respiración cambió.

—¿Cómo es que…? —No terminó su propia frase y carraspeó, ofuscado—. Si se refiere al Fuerte Bulnes, no me parece que sea el sitio más apropiado para que circule alguien de su abolengo.

—¿Qué le parece más apropiado para una baronesa? ¿Ir a misa? Asistiré a la primera del día y seré generosa en la colecta. Hasta podría dejar que el párroco bese mi mano, si eso lo tranquiliza.

Ferrogués tensó la mandíbula.

—Me refiero a que no es un lugar adecuado de paseo.

—¿Cree que iría *de paseo* a un asilo de desahuciados y alienados?

—No es un *asilo* en total conformidad con la regulación sanitaria —le advirtió, pasando súbitamente de irritado a nervioso—. Es una toma ilegal de terreno que será solucionada en los próximos días.

—Es un sitio en ruinas hace más de cincuenta años, abandonado por varias administraciones regionales, incluida la suya. ¿Y va a desalojar a sus moradores así sin más? ¿En qué le afecta su uso para loables fines?

—Esa es *mi* jurisdicción —replicó él, descompuesto, provocando una intensa lucha de miradas —, y estamos hablando de un trozo inhóspito de tierra. Las condiciones climáticas en esas coordenadas no dan tregua. No permite desarrollo de agricultura, tampoco calidad de vida suficiente para la ganadería ni para un asentamiento…

—… Y aun así, con todo en contra, vive ahí un grupo de personas hace décadas, pobres almas arrojadas a su suerte que encontraron cobijo a su dolor gracias a misioneros portugueses —lo encaró ella con las manos apoyadas en su bastón—. Dicho logro tan meritorio bien vale una visita, ¿no cree usted?

Jovino alzó el mentón, a punto de perder la paciencia.

—Esa visita es una mala decisión, créame. Es un potencial peligro para su salud. Viene usted aquí eludiendo la viruela, ¿no es así? Quizá haya un virulento entre ellos, o sepa Dios qué otra sucia plaga…

—Tomaré todos los resguardos del caso. Muchas gracias por su preocupación.

—También es una pobre inversión de tiempo. Es un viaje extenuante de varias horas para llegar hasta allá. ¿Y para qué? ¿Solo para atestiguar condiciones de miseria?

—Seguro se me ocurrirán acciones más creativas y útiles que simplemente sentarme a mirar.

—Debería asesorarse mejor. Sus contactos le han entregado información imprecisa sobre qué encontrará ahí…

—Tengo la impresión de que me han informado bastante bien —terminó doña Paula, al tiempo que su mirada se desviaba hacia las espaldas del gobernador. Él giró con curiosidad.

El hombre que se acercaba portaba una pequeña farola que alzaba a la altura de sus ojos. Tenía probablemente la misma edad que la autoridad puntarenense, pero sin duda no su misma situación social. Los surcos en su frente y sienes mostraban a alguien con tribulaciones desconocidas para los puestos de privilegio. Bajo una boina y un grueso abrigo de oveja apenas se vislumbraba su camisa de lino y unos pantalones de pana. Sus calcetines igual de gruesos le llegaban casi a la rodilla, y sus pies estaban protegidos con lo que parecían sandalias de cuero engrasado de nutria.

El gobernador mezcló un gesto de sorpresa y disgusto al verlo. No eran horas para encontrarse en la calle con un dirigente obrero, ya que el último turno aún no terminaba en ninguna de las estancias funcionales. Seguro había pedido un permiso especial para ausentarse en el último tramo. ¿Qué podía ser tan importante?

—Dagalhães —dijo Ferrogués entre dientes.

—Gobernador —saludó Bastiam de vuelta, sonriente, compartiendo con la anciana una mirada cómplice de varios segundos.

Jovino confirmó su peor sospecha, pero no alcanzó a interrogarlo. Algo lo distrajo. Sixto y Marcia se habían acercado con delicadeza hasta su patrona, deteniéndose silenciosos a un costado del carruaje. No pretendían interrumpir, pero su presencia era imposible de eludir, incluso con la escasa luz natural que quedaba en el ambiente.

—Doña Paula —le susurró su lacayo, cerca del hombro—. Los víveres seleccionados ya están listos para ser entregados. ¿Qué hacemos ahora? No ha venido ningún inspector a corroborar la donación. Ha caído la noche, el campesino amenaza con marcharse y…

—¿Dalmaza no está aquí? —se sorprendió el gobernador, escudriñando el movimiento de la

calle en ambos sentidos en busca de su asistente. Exhaló, molesto—. Está bien. No es el procedimiento habitual, pero yo mismo daré la autorización. Dispénseme unos minutos —pidió a la baronesa, haciendo una leve reverencia. La mirada que le dedicó al portugués iba cargada de desprecio, y se alejó luego en ruidosas zancadas sobre la gravilla, escoltado por los sirvientes.

Cuando Ferrogués estuvo a una distancia considerable, Bastiam retomó contacto visual con Paula. Entonces se quitó la boina e hizo una reverencia profunda, casi topando su cabeza con sus rodillas. Dejó la farola en el suelo.

—Baronesa de Biancavilla —moduló en un exagerado castellano con acento portugués.

—Oh no, tú no —se quejó la anciana, levantando su bastón y golpeándolo en el brazo con él—. Ven aquí ahora mismo.

Bastiam sonrió ampliamente. Se acercó, se inclinó y estrechó a Paula desde la cintura, levantándola incluso unos centímetros sobre el suelo.

—Sigues siendo el mismo mocoso.

—Y usted la misma mandamás.

Su comentario deslizaba una verdad estricta. La última vez que se vieron, Bastiam Dagalhães tenía apenas diez años y Paula de Ferrari era una carmelita descalza. Se despidieron en los tablones del puerto de California. Había terminado una guerra.

Recientemente huérfano y errante, Bastiam logró que lo aceptaran como aprendiz en la Orden de Canónigos Regulares de la Santa Cruz en su ciudad natal de Coímbra, justo antes de que se formara una misión humanitaria de diferentes congregaciones para asistir sanitaria y espiritualmente a los soldados de la Unión durante la guerra civil americana. Para entonces la Orden vivía su peor momento en más de setecientos años de existencia. El anticlericalismo como herencia de la Revolución francesa se había instalado en Portugal a fines del siglo anterior, y, lejos de disiparse con los años, se había agudizado. Una medida regalista restringió la postulación a los noviciados desde 1791 y ya entrado el siglo XIX la vida en los monasterios se encontraba en agonía. Con la victoria de Pedro IV en 1834 se recomendó, sin tapujos, la extinción de los religiosos, lo que condujo a un espiral de violencia que terminó en saqueos, pillajes, así como expropiación y abandono de las abadías durante décadas. Los pocos sacerdotes y monjes que sobrevivieron, negándose a abandonar la vida espiritual, decidieron partir al exilio, Norteamérica parecía un destino ideal. Eran necesarios allá. La llamada Guerra de Secesión estaba en un punto crítico. Corría el año 1864 y un pequeño y desnutrido Bastiam, junto a diecisiete crucíferos, tomaba un vapor que atravesaría el océanopara dejar atrás un conflicto armado y entrar en otro. Allá serían recibidos por algunas religiosas de las Hijas de la Caridad y un puñado de carmelitas descalzas que se habían sumado desde Italia y España. Sor Paula Elena de Ferrari, alta, fornida y de puño firme tras su hábito arremangado, le ofreció su primer plato de comida caliente en tierras ajenas. Nunca olvidaría su estampa, aquella que el resto de las religiosas llamaban “gentileza de hierro”.

Bajo las llamas titilantes de los candiles en el umbral del Hotel Génova, una anciana pero dignamente robusta Paula, cuyo destino la había obligado a dejar sus votos y abrazar el título nobiliario de su padre, tomó el rostro de Bastiam con ambas manos. Reconocería esa cara en cualquier parte y cualquier año. Estaba algo pálido y ojeroso, pero de buen ánimo.

—No te estás alimentando —se preocupó ella—. Dos comidas al día, Bas. Me lo prometiste en nuestra última carta.

Él se encogió de hombros y volvió a acomodar su boina.

—Las circunstancias son malas para todos. Hemos perdido varias cosechas por las heladas. En

la fila de la merienda, mujeres y niños primero —cerró, sereno. Doña Paula movió la cabeza.

—¿A cuánto está el jornal en San Gregorio?

—Ochenta pesos nacionales, si cumples con tu cuota en la esquila. Ya lo han rebajado tres veces. Hasta el año pasado eran cinco libras esterlinas.

La estancia ovina de San Gregorio era una de las más antiguas del territorio, instalada luego de que el gobernador Diego Dublé Almeyda trajese las primeras ovejas desde las islas Malvinas en 1876. Se producían ahí miles de kilos de lana al año y se había convertido en una de las principales proveedoras de la industria textil británica. La carne y grasa también se exportaban, mientras que se destinaba un mínimo porcentaje al consumo local. También se jactaba de poseer las mejores comodidades para sus operarios, como camarotes y letrinas limpias, pero los pagos seguían siendo escuálidos frente a las particulares exigencias de vivir en el extremo sur del continente americano. El cese en la explotación de las arenas auríferas —dado que nunca se logró el nivel de producción y ganancias que las sociedades concesionarias habían fijado como expectativas, en parte por los altos gastos técnicos— hizo que muchos trabajadores migraran hacia las faenas ganaderas, y en ese contexto de sobreoferta de postulantes, los patrones manipularon las condiciones de contratación sin escrúpulos. Acortaban el salario de sus obreros sin explicaciones ni previo aviso, arguyendo que la mayoría de ellos eran analfabetos —Bastiam sí sabía leer y escribir, razón principal por la que había aceptado ser dirigente— y descansando en la ruin idea de que su necesidad de sobrevivir fuera mayor que la dignidad de su supervivencia. Y las penurias para ellos no solo pasaban por no tener el dinero necesario, sino también por la escasez de víveres a disposición, ya que muchos campesinos habían visto con impotencia la muerte de sus siembras bajo nevascas intermitentes. Los alimentos en las bodegas de los barcos europeos solían ir directo a las grandes ciudades o se reservaban para el acopio particular de los terratenientes. Así, eran apenas los rastrojos lo que terminaba en el precario mercado a un lado del muelle, subastados al mejor postor entre un centenar de hambrientos hombres, mujeres y niños, donde a pocas horas del anochecer podía atestiguarse una lucha de puños de dos jornaleros por un mísero calabacín.

—Te dejaré dinero suficiente para algunos meses. Te has negado a mi ayuda en cada carta, pero ya estoy aquí, mirándote a los ojos para que no opongas resistencia. Iré yo misma a poner las monedas en manos de tu esposa si es necesario.

—No me he negado a *toda* su ayuda —se defendió él—. De hecho, si está aquí hoy, es justamente porque se la pedí… en un ámbito especial.

Doña Paula suspiró. Le concedió el punto.

—Resolvamos las dos comidas para tu familia, tu terco cuerpo incluido. Después nos preocupamos de la *Vía Damna*.

El portugués hizo una mueca y fijó la mirada en Jovino Ferrogués, quien, a unos veinte metros de distancia, inspeccionaba las cajas de donaciones con un papel y lápiz de grafito que Marcia le había proporcionado. Don Abel, el cochero, sostenía una farola sobre la cabeza del chileno para que no perdiera las cuentas.

—¿Ya le comunicó su visita de mañana? —preguntó Bastiam.

—Hace un minuto.

—¿E intentó disuadirla?

—Se puso pálido como la luna, tal cual me advertiste —confirmó ella.

Él hizo un gesto incómodo.

—No le gusta que se hable del lugar. Algunos dicen que les teme a los infecciosos, otros dicen

que les teme a los fantasmas. Otros dicen que lo odia porque su padre murió ahí.

—Eso no lo sabía —se interesó doña Paula—. ¿Murió hace poco?

—No, no. Hace muchos años, antes incluso de que mis hermanos se hiciesen cargo de los enfermos. El gobernador aún era un niño.

—Ya veo. Sin embargo, hoy es un adulto y bien entrado en años. Empatizaría con su dolor si él no se esforzara tanto en despreciar el de otros. No puede dejar que sus asuntos personales afecten a decenas de desvalidos que necesitan ayuda.

—Pienso como usted, y quizá también varios otros lugareños, pero hasta los soldados tienen prohibido acercarse a la *Vía Damna* sin su permiso. Igualmente ninguno se acerca, pues las historias sobre maldiciones y muertes inexplicables son más fuertes.

Ella bufó.

—¡Pero si es un recinto militar! Él mismo se apresuró en recordarme que me estaba refiriendo al *Fuerte Bulnes*, aunque ya no tenga cañones que disparar.

—Quedaban dos, pero mis hermanos los lanzaron por el acantilado hace unos años.

Si bien Bastiam jamás llegó a tomar los votos religiosos y vivía una vida común en Punta Arenas con su esposa chilena y dos hijos, cada sacerdote de la Orden era su *hermano*. Así lo sentía en su corazón. Los visitaba tanto como podía, generalmente una vez cada mes, y se preocupaba personalmente de sus necesidades. Podía arrancarse el pan de la boca por ellos.

—El hermano Liam está ansioso de verla nuevamente.

—Tengo el mejor recuerdo de él —sonrió la italiana—. Un líder encomiable. Con apenas unas palabras levantaba la moral de más soldados que cualquier otro misionero.

Suspiró, contrariado.

—Aún cree que sus palabras tienen el poder de interceder en un mal momento. Sigue orando para que el gobernador cambie de opinión sobre el desalojo.

—Los crucíferos siempre han sido muy optimistas. Ingenuos, pero optimistas —acotó Paula—. ¿Cuándo una situación éticamente cuestionable ha impedido que una dizque autoridad se salga con la suya?

Bastiam hizo un gesto de resignación.

—Ferrogués está en el puesto equivocado. Es un hombre de negocios, no un servidor público. No creo que sea un mal sujeto, pero el ansia de riqueza nubla el alma de cualquier hombre.

—¿Acumula alimentos mientras campesinos pasan hambre, ostenta trajes que bien valdrían la leche y hortalizas que necesita la escuela durante una semana, dejará sin hogar a pobres misioneros y enfermos… y “no es un mal sujeto”?

—Hay peores —sinceró él, arrugando el rostro— y no podemos desarropar a nuestra máxima autoridad cada vez que se congelan las cosechas.

—¿Por qué no? Si sostienes mi bastón me ocuparé de ello. Garantizo su abrigo y chaquetilla, pero presumo dificultad respecto de sus pantalones.

—Lo único que logrará es que me quite los míos para dárselos a él, y bueno, téngame piedad, que hace mucho frío por aquí.

Paula movió la cabeza, cálida.

—Eres muy bueno para este mundo.

Su gesto maternal duró apenas unos segundos, pues el retorno del gobernador a escena cambió estrepitosamente el ambiente.

—La donación para la escuela ya está registrada y autorizada. Muy abundante, por cierto —acotó él, mirando de frente a la noble italiana—. La ciudad se lo agradece. Pero hay más cajas en

el carruaje que sus sirvientes no han descargado. ¿Contempla usted algún otro beneficiario?

Doña Paula volvió a sonreír con satisfacción al tiempo que Bastiam desviaba su mirada hacia el suelo. Jovino Alonso Ferrogués entornó los ojos, sintiéndose estúpido. Permitió por primera vez mostrar su enojo a toda luz, arrugando el bigotillo bajo su nariz.

—Debí suponerlo —gruñó apuntando al portugués mientras enarbolaba su dedo índice—. ¿Cuántas veces debo repetírselo? ¡No se meta en este asunto!

—¿Y cuál es el asunto? —intervino la baronesa, subiendo la voz—. Le diré cuál es el asunto: el desalojo ilegal de una causa humanitaria.

—¡Eso no es cierto! —bufó el chileno—. No sé qué mentiras le habrá dicho el señor Dagalhães, pero puedo asegurarle a usted que esta gobernación no está cometiendo ninguna ilegalidad.

—Excúseme, utilicé el concepto equivocado —aceptó Paula—: el desalojo que usted pretende no es ilegal. Es *inmoral*.

Jovino abrió sus ojos al máximo, ofendido, mientras el portugués ocultaba los suyos tras una palmotada.

—Gobernador, le aseguro que nunca he dicho que…

—Sus *hermanos* fueron advertidos de la venta del predio con muchísima anticipación para que encontraran un nuevo aposento —lo interrumpió, brusco—. No se me puede acusar de intempestivo. ¡Habrase visto! Además, me comprometí a no presentar cargos si se retiran por propia voluntad. Es un acuerdo más que clemente dadas las circunstancias.

—Sé que son sus atribuciones, gobernador —explicó Bastiam, sincero—, pero usted también sabe que ellos no reciben más ayuda que la caridad, y están necesitando medicinas y harina y…

—Cualquier donación únicamente contribuye a que se *acomoden* —pronunció, sin esconder el desprecio—. No tiene sentido complicar un procedimiento inevitable con este tipo de… visitas turísticas. Entiéndalo, yo únicamente velo por la correcta aplicación de la ley, que es mi responsabilidad hacer cumplir.

—Y el deber de una millonaria sin hijos es la filantropía, como seguro sabe muy bien —replicó Paula, impaciente—. Donde haya necesidad, ahí estaré. Así que, si para la autoridad regional alimentar a los hambrientos es un delito, le sugiero que me detenga y escolte a la comandancia en este instante. Si no es así, hágase el favor de no obstruir mi paso.

Alguien carraspeó. En las sombras del anochecer sureño apareció un hombre alto y enjuto, de abrigo largo y boina gris, tras el pequeño portón del hospedaje. Era Carlino D’Angelo, el dueño del Hotel Génova. Se mantuvo a una distancia prudente y levantó su mano hacia la anciana, tranquilo, simplemente para hacerle saber su presencia, inclinándose sutilmente después. Luego hizo señas a Sixto y Marcia, quienes tomaron el baúl de cuero equino de su patrona e ingresaron con él hasta la recepción.

El gobernador exhaló, cansado. La fachada protocolar había terminado.

—El cierre de la puja oficial será en tres días. El Fuerte Bulnes tendrá nuevo dueño, les guste o no, y los moradores ilegales tendrán que salir por las buenas o por la fuerza. Así que aliméntelos con pan, doña Paula, pero no con ilusiones —sentenció, quizá en el tono más agrio desde que se apersonó para conocer a una aristócrata italiana y en su lugar encontró a una anciana insolente.

—*Baronesa de Biancavilla* para usted —lo corrigió, áspera y en un volumen tan alto como el grito del sereno.

Jovino Ferrogués hizo el gesto de partir, pero volteó y le habló de cerca, con el dedo índice en el aire.

—No cruce el umbral. No será responsabilidad de esta gobernación si no logra salir.

Subió las solapas de su abrigo azul marino para proteger su cuello de la brisa gélida que los rodeaba. Lanzó una última mirada de desprecio hacia el portugués, se inclinó hacia Paula en una cortesía más automática que genuina y se alejó a paso raudo, subiendo por la avenida entre los desperdigados transeúntes que iban y venían del muelle.

Paula arrugó la frente. Siguió la figura del gobernador con la vista mientras se desvanecía en la penumbra, y entonces volteó hacia el portugués. No le gustó su gesto de estupefacción y culpa.

—¿A qué se refería el gobernador? —le preguntó. Tuvo un mal presentimiento—. ¿Bas?

Bastiam acercó lentamente su farola de aceite al rostro de la anciana.

—Pido su perdón, *madrecita* —farfulló, bajando la mirada. Sabía que ya no podía nombrarla de esa manera, que esos días habían terminado, y aun así le salió del alma—, pues no le he contado toda la historia.

La excarmelita no estaba preparada para la sorpresa —y enorme fastidio— de aceptar que el gobernador podría tener razón en su advertencia.

—Qué me escondes, hombre, por Dios…

Él se persignó. La miró con temor.

—Algo en lo que no creo que Dios esté involucrado.

III

31 de junio de 1905
Noche
Hotel Génova, Punta Arenas

El señor D'Angelo estaba tan feliz con la presencia de la baronesa en su recinto que no se percató del cambio en el semblante de la anciana —o ella disimuló muy bien— cuando salió a la calle por segunda vez a rogarle que ingresara. Sin importar que el reloj dijera que eran poco menos de las seis de la tarde, si caía la luna en la región de Magallanes, caía el hielo. Era importante buscar refugio. Al escuchar la voz del italiano, ella se limitó a asentir en silencio, rumiando la última frase de Bastiam y exigiéndole que la escoltase hasta el hotel, porque no podía marcharse así como así.

Luego de pagarle al cochero y liberar a sus criados de cualquier actividad adicional, instándolos a descansar en sus habitaciones —porque sí, había pagado habitaciones corrientes para ellos en el mismo hotel, cuando lo acostumbrado era que la servidumbre aristocrática alojara en hostales de tercera si el viaje de sus patrones era temporal—, Paula de Ferrari se sentó en el sillón floreado del salón común. Estaba incómoda y no pudo ocultarlo. Marcia ni esperó instrucciones y se apresuró en llenar una almohadilla de agua caliente para su espalda. En rigor era una bota española para transportar vino, regalo añoso de la superiora de las Hijas de la Caridad, pero la excarmelita, dada su conocida aversión a cualquier líquido de fermentación alcohólica, descubrió que podía utilizarla para otros fines. De cuero caprino cosido a mano, recubierta en su interior por piel de pescado y con brocal de asta de toro torneada, podía retener el calor del agua hirviendo por casi una hora, ideal para calmar el dolor en algunas extremidades. Sus décadas de claustro habían moldeado su cuerpo y espíritu a las más duras condiciones, podía jactarse de tener un estado físico envidiable para alguien de su edad, pero el camarote que le asignaron en el vapor *Orita* había sido una verdadera tortura y le dejaría secuelas por varios días, aunque no lo reconociera jamás, mucho menos en público.

Bastiam se sentó en un poltrón normando frente a ella. Había suficientes candelabros a su alrededor como para iluminar la avenida República y tres braseros con protecciones de metal entibiaban el ambiente desde las esquinas. Dejó su boina sobre las rodillas y se frotó las manos para no perder temperatura. Marcia apareció con la bota española, ayudó a Paula a ubicarla en su baja espalda y se fue luego en silencio, cerrando tras ella las puertas de *vitraux* del salón. El señor D'Angelo había asegurado al portugués y la italiana que tendrían privacidad.

—Entenderé si después de lo que va a escuchar ya no quiera poner un pie en el fuerte.

La anciana bajó los hombros, expectante.

—No me asustes. Habla ya.

El cálido ademán de Bastiam se había ensombrecido.

—¿Guarda aún el recorte de periódico que le adjunté en mi última carta?

Doña Paula extendió su brazo hacia la derecha, donde había dejado su bastón y su cartera aterciopelada. La puso en su regazo y la abrió con un ágil movimiento de dedos, sacando un sobre cuadrado con varios sellos postales. La letra manuscrita de Bastiam lucía en tinta azul en el anverso y reverso, fijando el remitente en la ciudad de Punta Arenas y su destinataria en Valparaíso. Del interior, Paula extrajo un trozo doblado de papel amarillento, algo traslúcido, cuyas pequeñas letras mecanografiadas en líneas muy delgadas y juntas daban cuenta de un folletín un tanto precario en su maquinaria, pero laborioso en su contenido. *El Magallanes*, fundado a principios de 1894, era dirigido por el doctor y bombero Lautaro Navarro y se imprimía en una casona de calle Concepción, propiedad del empresario alemán Juan Bitsch, dueño de un importante aserradero en bahía Catalina. Aunque de distribución limitada y regional, era uno de los periódicos más estables del país.

Desplegó el recorte y volvió a leer lo que ya había leído hacía meses. El artículo, fechado el 11 de febrero de 1905, comunicaba el anuncio del gobernador regional Jovino Alonso Ferrogués sobre la venta del otrora ícono del poder colonizador chileno en el extremo austral del continente americano: el Fuerte Bulnes, "primer establecimiento permanente en la vastedad patagónica". Fundado en 1843, abandonado por sus moradores en 1848, destruido *ex profeso* en 1852 por soldados amotinados y olvidado por la administración central desde entonces, ya no contaba con infraestructura ni munición militar, estaba literalmente en ruinas, pero su ubicación estratégica en el corredor natural que unía al océano Atlántico con el Pacífico lo hacía un terreno muy valioso para cualquier inversionista extranjero. Especialmente en las zonas extremas del país, más despobladas e indómitas, el Estado de Chile no tenía reparos en vender parte del territorio nacional al mejor postor. Desde 1893 se habían autorizado numerosas concesiones y arriendos a algunos colonos provenientes de Croacia, Alemania, Francia y España, lo que a los pocos años se transformó en una presión constante de los terratenientes por conseguir el título legal de las hectáreas. Para inicios del nuevo siglo, el ochenta por ciento de la superficie magallánica ya estaba en manos de un puñado de familias que lideraban el progreso económico de la región gracias al desarrollo ganadero y el auge mercantil por el ajetreado flujo de vapores de carga a través del Estrecho. La venta del Fuerte Bulnes, así entonces, no sorprendía a nadie. La cifra que se pedía por él parecía exagerada, pero los empresarios inmigrantes ahora millonarios —y algunos chilenos de larga tradición aristocrática— no dudaron en integrarse a la puja por la propiedad. No obstante, el artículo de *El Magallanes* era enfático: la gobernación central ya había declarado una de las ofertas como seguro adjudicatario y provenía, pomposamente, desde el mismísimo Imperio austrohúngaro. El cierre y firma se anunciarían con fecha tres de julio al mediodía.

El artículo continuaba, pero la información quedaba trunca: el trozo de papel había sido recortado a propósito.

—Supongo que en la pieza que falta hay información importante —masculló Paula, regañando a Bastiam como en sus días en Norteamérica.

Él apretó los labios.

—El potencial comprador del fuerte es… el Hospital General de Viena.

—¿Un hospital? ¿Y tienen suficiente dinero? —se sorprendió la anciana, arqueando una ceja —. Bueno, no parece una mala idea. Supongo que les interesa convertir el asilo improvisado en uno bien constituido, quizá con espacios clínicos adecuados para que…

—No realmente —la interrumpió Bastiam, serio—. No están interesados en todos los enfermos, sino más bien en una. —Tomó aire, dejó pasar tres segundos de pesado silencio y

añadió—: Le dicen *Nueve*.

Metió una mano al bolsillo de su chaquetón de lana y extrajo un papel amarillento doblado en cuatro. Ni siquiera hizo contacto visual con la baronesa: simplemente extendió su brazo y se lo entregó, avergonzado. Paula lo recibió con preocupación.

Era una página rota de *El Magallanes.* Al desdoblarla, calzaba con su recorte: era la segunda parte del artículo.

Leyó con avidez y en voz alta. El texto describía, justamente, el interés de la corona austrohúngara en el Fuerte Bulnes a través del prestigioso hospital, el cual era además su principal centro de investigación médica y uno de los más importantes de Europa. En un inusual acuerdo bilateral de cooperación, la gobernación de Magallanes en nombre del Estado chileno les cedería una "completa libertad de acción" en la zona para controlar "el preocupante problema sanitario del asentamiento ilegal de infecciosos y alienados en las ruinas del antiguo fuerte militar". No obstante, lo que seducía principalmente a las autoridades chilenas era que los europeos se ocuparían de lo referido al conflicto clínico-legal de Odetta Kleist, apodada *Nueve* por los navegantes. Hija de inmigrantes prusianos y acusada de al menos seis asesinatos pero sin pruebas concluyentes, la apuntaban como "víctima probable de un grave cuadro de *hysteria disociativa* y cuyas fechorías son reiteradamente encubiertas por miembros de la Orden de Canónigos Regulares de la Santa Cruz, también moradores ilegales del recinto abandonado". Un famoso médico vienés, un tal Sigmund Freud, había liderado un grupo de avanzada hacia Chile el año anterior para visitar el fuerte militar, luego de que un corresponsal de la revista británica *The Lancet* —quien había cruzado el Estrecho a bordo del *Oravia I,* proveniente de las islas Falkland— le hablara sobre el caso de una mujer de perturbador comportamiento que aterrorizaba a los marinos circundantes de la zona austral chilena. "Aun cuando es un médico de carrera privada, actúa como asesor del Departamento de Salubridad de la gobernación de Viena en el área de enfermedades mentales, con especialidad en trastornos nerviosos. Inició recientemente una nueva corriente en su país de origen, el *psicoanálisis*, tan celebrada como polémica", explicaba *El Magallanes*. El artículo finalizaba asegurando que, de concretarse la transacción territorial, "el Hospital General de Viena se encargaría de la repatriación, claustro y estudio de la alienada bajo la custodia del doctor Freud".

Paula subió rápidamente la mirada al terminar de leer. Bastiam se la sostuvo, a pesar de que hubiese preferido huir muy lejos antes que recibir la furia de la excarmelita. Su gesto era de impacto pero aún más de incredulidad.

—El gobernador Ferrogués dijo que, si los crucíferos salían por las buenas, no presentaría cargos… Pensé que se refería a violación de límites de propiedad, ¡no a esto!

—Lo sé, lo sé…

La baronesa apretó los párpados un segundo, tratando de entender.

—Me explicaste que la residencia de tus hermanos peligraba, que necesitabas de mi ayuda para relocalizarlos urgentemente en alguna otra congregación. Que hacían una desinteresada labor cuidando de marginados que los barcos lanzaban al mar en la zona del cabo Froward…

—Es cierto, cada palabra.

—… Pero consideraste *prudente* omitir que estaban protegiendo a una supuesta asesina —recapituló, inquieta—. ¿Es por ella que el gobernador me advirtió que no entrara al fuerte?

—Sé que suena horrible —respondió él, cubriéndose el rostro con su mano derecha—, pero mis hermanos no están haciendo nada malo. Puedo jurárselo.

—No me *jures* nada. Explícame —pidió ella, más brusca de lo que pretendía—. ¿Quién diablos

es esta *Nueve*?

—Es complejo de explicar…

—Soy una turista en el fin del mundo, tengo tiempo de sobra.

Bastiam movió la cabeza.

—Ni yo conozco todos los detalles. El hermano Liam podrá proveerle mañana de cuanto requiera saber. Necesito que escuche la historia de primera fuente.

—Sí, sí, muy conveniente, pero no puedes dejarme así. Recibir información por bocados es para infantes, me toma de los nervios. ¿Crees que podré conciliar el sueño?

En términos generales, cuando doña Paula daba rienda suelta a su ironía es porque estaba de buen humor. El corazón de Bastiam se tranquilizó un poco ante la posibilidad de que no hubiera empezado a odiarlo. Aún.

—Si algo puedo asegurarle es que, si me preguntan a mí, digan lo que digan… Esa mujer no está loca —afirmó, asustado. Se persignó dos veces mientras inspiraba profundo—: Está poseída.

Durante su extensa trayectoria como religiosa, sobre todo en puestos de alta jerarquía tanto en la Orden de los Carmelitas Descalzos como en misiones extranjeras —dado que, por su privilegiada educación, a sus talentos se sumaba la habilidad de dominar cuatro idiomas—, Paula de Ferrari escuchó muchas veces las más asombrosas historias sobre posesiones demoníacas. Jamás creyó en ninguna completamente, pero sí le producían una tremenda curiosidad. En este caso, lo más curioso era el miedo evidente de Bastiam; aunque lo consideraba un alma cándida, quizá un tanto influenciable, no lo describiría como un hombre fácil de asustar, o al menos no era así el chiquillo resiliente que ella recordaba y con quien compartió escenarios ciertamente complejos en plena guerra civil. Si Bastiam sentía miedo tan solo al nombrar a esa persona, la primera reacción de Paula era tomarlo en serio. Muy en serio.

—*Hysteria disociativa* —repitió la baronesa, pronunciando lentamente—. Es un diagnóstico muy altisonante. Sobre alienados declaro mi ignorancia, pero voy a intuir: le dicen *Nueve* porque… ¿demuestra nueve personalidades?

Él negó.

—Porque nueve personas viven en ella.

—Ajá, eso dije. Nueve personalidades. Cambios drásticos de humor, o en sus preferencias, y así pareciera que…

El portugués volvió a negar, más sombrío que antes.

—No —enfatizó. Tragó saliva, seguro de que la baronesa lo tomaría también por demente—: Nueve *personas,* con nombres y apellidos. Con historias, familias… hasta partidas de nacimiento.

Doña Paula de pronto se olvidó del cansancio. Ya ni siquiera le dolía la espalda. Se irguió para sentarse al borde del sillón.

—¿Personales reales?

—Sí.

—¿Les consta esa información?

—Muy a mi pesar… sí.

—¿Documentos? ¿Testimonios?

—*Madrecita,* créame que sería el primero en alegrarme de que todo fuese un gran embuste.

—Aún puede serlo —matizó ella—, pero sería el embuste más ingenioso que he escuchado en años, sobre todo si ha logrado aterrorizar a lugareños y navegantes.

—¿Ingenioso? ¡Tétrico!

—No son categorías excluyentes —sonrió, más interesada de lo que Bastiam habría esperado.

Él se sintió derrotado.

—No puedo creer que esto le *entusiasme*. El asunto es muy grave…

—Claro que lo es, claro que lo es —aceptó ella, cambiando el gesto, obligándose a contener la súbita adrenalina—. No he querido sonar insensible, disculpa a esta vieja necia. Simplemente adoro corroborar mi intuición.

—¿Qué intuía?

—Que había algo más en todo esto que un simple problema de desalojo —subió las cejas—. He perdido la gracia al caminar, pero no el buen olfato.

—¿Y por eso aceptó venir?

—Vine porque necesitabas mi ayuda —le aseguró, sincera—, porque de verdad creo que puedo ser de utilidad para los crucíferos en desgracia y porque, bueno, abrazarte antes de morir de viruela parecía una buena idea —sonrió, aunque más recatada—. Pero no iba a viajar miles de kilómetros por menos que una gran aventura, ¿no te parece?

El portugués, aunque contrariado, parecía aliviado después de todo.

—Bruto de mí al pensar que, si le contaba todo esto, se rehusaría a interceder…

—¿Rehusarme? ¡Habría viajado antes! —lo regañó la anciana. Luego sacó todo el aire de sus pulmones, mirando a Bastiam con la seriedad que él demandaba—. Créeme, *danadinho*, que he presenciado muchas cosas imposibles de explicar en esta larga vida mía. Nueve almas en un cuerpo no es la locura más grande que la Virgen Santísima me haya hecho atestiguar.

Y era cierto. Desde extrañas presencias flotantes en el pasillo de su claustro en el carmelo María Maddalena de Pazzi en Florencia; una imagen en porcelana de San Francisco de Asís que atraía más animales que feligreses a la capilla del santuario de La Foresta, en el valle de Rieti; un funeral en Petersburg, Virginia, con un muerto que se levantó cual Lázaro en plena ceremonia —estaba cataléptico, no muerto, pero *mató* del susto a sus familiares—; pasando por las sesiones espiritistas que dejaron varios desmayados en el vapor que tomó en 1870 con destino a Sudamérica; hasta una fotógrafa especializada en retrato *post mortem* que escuchaba a los cadáveres que posaban en su estudio en la zona costera central… Sí, la otrora *Sor Paula* tenía tantas historias truculentas que contar como el mismísimo Henry James.

Bastiam se dio cuenta de que nadie lo llamaba *danadinho* hacía décadas. Casi lo hizo sonreír.

—Mi único propósito es que el hermano Tadeu y el hermano Liam no queden a la deriva. Se esfuerzan mucho en brindar un buen pasar a los arrojados, en proveerles dignidad al morir. No merecen este desprecio, necesitan un nuevo cobijo seguro.

—Haré lo que esté a mi alcance para que lo tengan —le prometió—. Entonces, ¿cuento contigo para mañana?

Él asintió, agradecido.

—Por estos lados los días son más breves, como ya se habrá percatado —explicó, moviendo sus dedos hacia el cielo. En el último trozo del continente sudamericano, pasadas las cinco de la tarde caía una oscuridad digna de las ocho en Valparaíso—. Si partimos al alba tendríamos un margen para ir y volver. Estamos a unas cinco horas en carruaje.

—¿Será más rápido ir por mar? En alguna embarcación menor…

—El mar es para osados o ingenuos. Yo no soy ni lo uno ni lo otro —se negó, nervioso—. Si le parece muy extenuante el trayecto por tierra, podemos esperar unos días más hasta que se sienta recuperada de su reciente viaje.

—¿Esperar? —se extrañó la baronesa, arrugando la nariz—. No veo por qué. Estoy lista

cuando tú lo estés.

—¿Podrá resistirlo? ¿Y con este clima? Ha recorrido un trecho muy largo hasta aquí y no quiero presionarla.

Paula de Ferrari subió el mentón.

—¿Cuándo fue la última vez que sostuviste las entrañas calientes de un soldado en tus manos, las devolviste a su vientre a fuerza de puño y cerraste la herida con whisky e hilo de algodón? —lo desafió. Bastiam trajo esa escena a su mente y ni siquiera pestañeó. La creyó olvidada, pero ahí estaba, intacta en sus recuerdos: una joven carmelita operando a un herido, escondidos en un establo abandonado, y él, constreñido a su lado, tapándose los oídos para no escuchar el silbido de las balas afuera. Le revolvió el estómago—. Jamás pongas en duda qué o cuánto soy capaz de resistir.

Él aceptó el regaño sin mirarla directamente. Sentía sus mejillas ardiendo.

—Me comunicaré con el cochero. Le pediré que nos recoja a las siete.

—Estará aquí a las seis y media.

—¿Cómo? ¿Ya lo citó? —dijo el portugués, impresionado—. Pero lo hizo aun sabiendo que yo le había ocultado información…

—No puedo volver con todas esas cajas de alimentos a Valparaíso. ¿Qué dirían de mí las distinguidas señoras de la aristocracia en la próxima tertulia? Además, el gobernador Ferrogués fue majadero con cuánto le disgustaba mi visita a la *Vía Damna*. Lo tomaré como una invitación.

Bastiam Dagalhães sonrió abiertamente por primera vez desde que se sentó en ese poltrón.

—Usted disfruta más creando enemigos que amigos. No lo niegue.

La excarmelita, satisfecha, le sonrió de vuelta.

—No lo haré.

IV

31 de junio de 1905
Noche
Vía Damna, estrecho de Magallanes

El hermano Liam se apresuró a través del bosque de lengas tan rápido como se lo permitían sus rodillas achacosas y sus sandalias gastadas. Los troncos blancos de los árboles nativos, forzados a doblegarse a causa del inclemente viento patagónico, permitían que la luz de luna en la vasta noche se expandiera por la hierba y le indicara el camino correcto para no tropezar. No podía darse el lujo de caer por el risco. Cuando por fin vio frente a sí la ruta de gravilla que rodeaba el morro y descendía hasta los roqueríos, también vio las luces de un barco desapareciendo en las entrañas del estrecho de Magallanes.

Habían lanzado a alguien al mar.

La campana de alerta en la cumbre del fuerte seguía replicando y pronto los pasos del portugués comenzaron a igualar el ritmo del *clang, clang, clang*. Sus pulmones se congelaban. El morral de tela le pesaba más que nunca. Puso una mano al costado de su cuerpo encanijado, sintiendo sus costillas. Le costaba respirar. Ya no estaba en edad, pero tenía que seguir corriendo. Había recorrido esa bajada empinada un centenar de veces en cuatro décadas, pero desde hacía tiempo que las alertas eran cada vez más intermitentes. En este año apenas llevaban dos. Escuchar las campanadas disparaba su ansiedad, pero también su entusiasmo, aunque no pudiese confesarle tamaña aberración a nadie más que directamente a su Dios. No se sentía así desde que recibieron a cuatro supervivientes tras la varadura de la goleta chilena *Montgomery*, cerca de la isla Dawson, en 1899.

Si aparecía un arrojado a la vista del fuerte, el septuagenario Liam Fonsêca, prior de la Orden de Canónigos Regulares de la Santa Cruz en el extremo austral chileno, se sentía útil. Vivo.

Apenas llegó al último tramo de tierra firme que daba a las rocas, tomó la antorcha encendida al final del sendero. Siempre, siempre encendida, para que fuese una luz de esperanza si alguien cercano debía nadar por su vida…

El prior se detuvo. Aguzó el oído para escuchar más allá del campanil. Algunos arrojados gritaban desesperadamente por ayuda, lo que sin duda facilitaba mucho su rescate, pero no era una actitud regular. Muchos se ahogaban en mitad del nado y sus cuerpos aparecían hinchados y violáceos entre las rocas durante la mañana. Para otros, la desesperanza del abandono mermaba sus fuerzas y optaban por dejarse llevar por la corriente, lo que terminaba con sus cráneos destrozados contra el risco. Varios no resistían el golpe de frío del mar austral, aunque tenían más suerte aquellos lanzados con un flotador de caucho en la cintura. Algunos incluso lograban acarrear unas pocas pertenencias privadas, hasta comida. Cada caso era distinto. Liam hubiese querido que siempre gritaran, gritaran fuerte, aunque fuese de dolor. El silencio era para él la puñalada más dura.

Avanzó a pasos cortos por la piedra que llamaban *altar* —era amplia y la única lo suficientemente plana para servir de descanso o tarima en todo ese roquerío empinado— hasta donde el agua apenas salpicaba sus pies. Fijó la vista en el mar y en pocos segundos detectó un bulto a lo lejos. Se le apretó el estómago, como tantas veces. Gritó hacia la oscuridad, agitó sus brazos, pero no obtuvo más respuesta que el silbido del viento y las olas chocando entre sí. Gritó otra vez, y otra vez, dejando su vaho en la gélida atmósfera… hasta que el bulto levantó un brazo por unos segundos, luego el otro. Parecía que intentaba bracear hasta las rocas.

El viejo crucífero sonrió, tratando de recuperar el aliento.

—¿Está vivo?

Una mujer apareció unos pasos tras el misionero portugués. Su cabello cano era tan largo que le llegaba hasta las rodillas, pero unas cejas oscuras muy pobladas en su rostro, que no tenía demasiadas arrugas, hacían muy difícil concluir su edad. Iba descalza y no parecía importarle. Sus pies fuertes contrastaban con las grietas sanguinolentas en sus labios y las uñas carcomidas de sus manos. Sus ojos turquesa eran hermosos, pero inexpresivos. Vacíos.

Liam volteó y, al verla, le hizo un gesto para que se detuviera. Alzó la antorcha. Dudó segundos eternos.

—¿Quién me acompaña esta noche? —le preguntó, atento.

Ella habló con la mirada perdida.

—Empecé a correr apenas el hermano Tadeu dio la primera campanada. Debería haber llegado aquí antes que usted, padre.

El religioso bajó los hombros. Ese sonsonete dulce y nervioso era su respuesta.

—Estamos a tiempo, Perpetua, no se preocupe. Sí está vivo, pero no por mucho. Por favor, dígale a Euclides que lo necesitamos.

Ella asintió.

Apretó los párpados. Los músculos de su cara saltaron en pequeños espasmos, así como sus puños. Algo crujió en su columna y la obligó a llevar su cabeza hacia el pecho en un movimiento de látigo. Al levantar la vista, sus ojos grises parecían desorientados. También levantó el mentón, inquieta, olisqueando la humedad en el aire.

—¿Esas son campanadas?

La voz carrasposa de Euclides Cifuentes era la de un fumador empedernido. Había comenzado a robar los puros de su padre a los siete años y nunca pudo dejar el vicio, ni siquiera cuando entró al servicio activo del Ejército.

—Sí, capitán —confirmó Liam, presuroso. Apuntó con la antorcha hacia su izquierda—. Al mar, se lo pido. Rápido. Salvemos a alguien hoy.

Ella juntó sus talones y asintió. El crucífero inmediatamente le dio la espalda, pues sabía que se desnudaría y debía aceptar que jamás llegaría a acostumbrarse a aquello. La figura esbelta de la mujer pasó rápida a su lado y se sumergió en las aguas gélidas con la comodidad de una esponja en una tinaja.

La campana dejó de sonar.

Por un momento, Liam la perdió de vista. Odiaba esos minutos tensos en los que no sabía si ganaría una vida o perdería dos.

Caminó de lado a lado en el *altar* agitando la flama humeante para que ella supiera hacia dónde debía regresar. En esa angosta península llamada Santa Ana —la cual terminaba de forma abrupta en un acantilado sobre el mar, sin muelle posible, ideal para un sitio de defensa naval militar como el Fuerte Bulnes— no había ninguna otra luz que le sirviese de guía: el faro más

cercano estaba a treinta kilómetros al sur, recién inaugurado, en la isla San Isidro, pero era muy pequeño y de corto alcance, mientras que el faro principal del sector —el primero en erigirse en todo el estrecho de Magallanes, en 1865— estaba muy lejos, sesenta kilómetros hacia el norte, en Punta Arenas…

A unos veinte metros de Liam, la mujer emergió por fin con un sujeto al hombro. Ambos braceaban. El portugués agradeció al Todopoderoso en voz baja. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Liam enterró la antorcha entre dos rocas, se acercó hasta el borde, donde las olas cubrían sus sandalias, y aguantó el dolor en los huesos. Extendió sus brazos para recibir al alma anónima.

Empapado y semi inconsciente, el arrojado se tendió en el *altar* y el veterano se acuclilló junto a él. Abrió su morral, introdujo la mano, tomó un puñado de tierra y lo esparció sobre el cuerpo del joven. Más y más tierra, frotándola en su espalda, brazos y piernas. Los crucíferos habían descubierto hace años que era un buen método para controlar la hipotermia.

—¡Suéltenme!

El sujeto intentó levantarse, pero en lugar de huir, resbaló en la roca húmeda y terminó de vuelta en el piso. Tosió y tosió hasta escupir toda el agua salada que había tragado batallando entre las olas por su vida. El hermano Liam puso una mano en su hombro, tratando de confortarlo, pero el recién llegado la rechazó al instante. Esta vez, y con un poco más de calma, logró sostenerse en sus pies.

—Tu nombre, hijo —murmuró el religioso, sereno, insistiendo en la postura de consuelo—. Ya estás a salvo.

—¿A salvo? —repitió el recién llegado en tono de burla. Hizo un gesto de repulsión al no poder librarse de la tierra pegada en toda su ropa. Se golpeó la oreja izquierda para destaparla, dejando ver un grotesco tatuaje en su nuca. Le faltaban varios dientes y una de sus botas—. Me lanzaron a la *Vía Damna*, carajo. ¡Aquí llegan los *malditos* a morir!

—Dinos tu nombre y tu pecado. Todo está bien. Te recibimos en el nombre de Nuestro Señor.

Mirando en todas direcciones, tambaleante y aún destilando, el arrojado soltó una carcajada forzada.

—No traigo plagas, anciano. Tampoco estoy loco. Solo soy bueno con los dados y al cocinero no le gustó perder su dinero —dijo abrazándose a sí mismo al sentir que su temperatura volvía a bajar violentamente producto del viento polar—. Leandro, ese es mi nombre, y más te vale que me arropes y alimentes ahora mismo. Seguro guardas algún licor por ahí, ¡ve por él!

—Alimento tendrás, no dudes, y cerveza caliente. Me temo que no guardamos nada más de valor en este paraje…

Leandro endureció la mirada.

—Salvo el oro de la india esa, ¿no?

Un par de cargados segundos de silencio fueron suficientes… La voz de Euclides se escuchó nítida desde la penumbra.

—¿Eres otro miserable robatumbas?

El hermano Liam exhaló, cerrando los ojos. Siendo sinceros, su peor escenario en cada alarma no era perder dos vidas, sino que la vida ganada no fuera suficientemente meritoria. Y ese mérito no lo definía él. Para la mujer que solía arriesgar su integridad por la de los arrojados, el primer filtro de idoneidad era descartar mercenarios y profanadores. El religioso sabía que no había misericordia posible para ese perfil. Jamás tendrían acceso a ese predio mientras ella siguiese con vida.

Leandro volteó agitado hacia donde había provenido el sonido de la pregunta. No había ninguna otra persona cerca más que el viejo y su singular rescatista. Se sentía aturdido.

Liam levantó sus manos con suavidad.

—Hijo, te pido que mantengas la calma…

El polizón creyó que simplemente se había golpeado muy fuerte en la cabeza. Lo único que la luz menguante de la antorcha le permitía ver frente a él era a una mujer desnuda de cabello extenso y edad mediana, empapada pero sin temblar, con el ceño fruncido por la furia.

La escudriñó con atención hasta que sonrió, lascivo. Cogió sus testículos en un gesto grotesco.

—¿Me deseas, golfa? Diviértete mientras el abuelo va y hace lo que le ordené.

Sin poder todavía dar dos pasos firmes, se acercó a tumbos hasta ella y la tomó desde la entrepierna. Extrañamente, ella no retrocedió ni emitió sonido, pero apenas un segundo después, agitó su cabeza de golpe.

Su columna crujió. Sus ojos cambiaron de color. Luego, con un movimiento raudo, volteó a Leandro, apretó su garganta con el interior del codo y torció su brazo izquierdo hasta que el sujeto gritó de dolor.

—*Bâtard.*

Al oír la voz de Louis, el misionero portugués contrajo el rostro, aguantando la respiración a su lado. Se congeló en su sitio como las estalactitas de las cuevas aledañas. Después de tantos años, había refinado su rol en esas situaciones: debía evitar cualquier movimiento en falso que pudiese darle a *Nueve* el mensaje equivocado. Siempre esperaba, no se inmiscuía. No se adelantaba.

Con más fuerza que agilidad, la mujer empujó al polizón hasta que cayó de rodillas, tomó su cráneo y lo giró. Partió su cuello con la facilidad con la que se parte una nuez. El cuerpo inerte de Leandro se desplomó entonces contra las piedras, quebrándose su nariz y mandíbula. En su boca abierta comenzó a juntarse un pocillo de sangre fresca mientras la espuma de las olas lo arrastraba hacia el fondo.

Nueve movió la cabeza hacia adelante y atrás. Parpadeó varias veces. Ahora tenía los ojos ámbar.

—¿Puedo irme ya a dormir, hermano Liam?

—Puedes —respondió el crucífero, ocultando su taquicardia y escalofrío tras una sonrisa amable que nunca fallaba—. Buenas noches, Odetta.

Ella le sonrió de vuelta, indiferente al cadáver fresco a sus pies que, en complicidad con la marea, sería pronto devorado y retenido en la profundidad del océano. Tampoco mostró interés en buscar sus ropas desperdigadas entre las rocas. Simplemente se acercó al sendero de gravilla y comenzó a subir el risco, ligera, tarareando una extraña tonada que, después de tantos años, el portugués seguía sin comprender.

Un aullido rompió la noche y obligó a Liam a alzar la mirada.

En lo alto del acantilado, entre líquenes y arbustos, diversas voces cuchicheaban sobre lo ocurrido. Eran presencias, pero no había rostros. Humanos tras gruesos velos blancos, ajados, sucios, todos con un número escrito en carboncillo. Uno de ellos, gimiendo y riendo, daba vueltas en un zigzagueo errante alrededor del hermano Tadeu, quien sostenía su propia antorcha. Aparecieron uno a uno a mirar, formando una hilera de fantasmas a contraluz. Atestiguaban el deceso de un absoluto desconocido porque, al final del día, las consignas se respetan. Puedes entrar, pero de la *Vía Damna* nadie sale.

V

1 de julio de 1905
Matinée
Península de Santa Ana, estrecho de Magallanes

La muerte encontró su rostro en el fin del mundo. Eso solían decir los navegantes sobre el famoso y temido estrecho de Magallanes, le contó Bastiam a doña Paula durante el trayecto hacia el Fuerte Bulnes a través del sendero costero. Se decían muchas cosas sobre el mar del sur, pero este trozo de mar era distinto. El escandaloso número de naufragios en este corredor natural era evidencia prístina de que los océanos Pacífico y Atlántico vivían en una lucha constante que ninguno podría ganar, y, en esa guerra, los humanos suficientemente intrépidos —o estúpidos— para surcar esos angostos y sinuosos canales se transformaban en verdaderos héroes cuando lograban llegar hasta el otro extremo. Expediciones científicas, asentamientos coloniales, desvíos de combate, relevo de carbón o víveres… Sin importar el objetivo del navío, solo unos pocos salían airosos mientras la mayoría parecía correr la misma mala suerte. Paula pudo observar a través de la ventanilla de su carruaje numerosos restos de mascarones, mástiles y quillas entre las olas, cerca y lejos de la orilla, como un escabroso desfile de errores de cálculo y maniobra. Bastiam había memorizado su ubicación en el transcurso de los años. "Esa es *Jean Amelie*, una fragata francesa varada en 1876… Ahí está el *Cauning*, un bergantín inglés que se incendió en 1847…".

Desde el descubrimiento mismo del Estrecho en el año 1520 y en adelante, los barcos que lograban la travesía de cruzar de un océano al otro solían destacarse en las bitácoras navales o folletines locales de cada puerto, las mercancías en sus bodegas doblaban su valor y sus tripulantes generalmente tenían acceso a jornales más suculentos que sus pares de rutas menos traicioneras. Una retribución justa por arriesgar la vida, si bien ya inaugurado el nuevo siglo esos riesgos se mesuraron considerablemente y había cada vez menos titulares que lamentar. Los diversos buques que desde el 1900 aparecían en la zona habían evolucionado, por lo que resistían más los embates geográficos y climáticos que en los siglos anteriores, generando menos hundimientos. Eran más grandes y más rápidos, sobre todo los destinados a transporte de pasajeros, pero nada de eso mermaba el miedo en quienes debían conducirlos o abordarlos, pues nunca había garantías. Existía un respeto inherente por el último trozo del continente americano, aquel lugar del planeta que llamaban "fin del mundo", que bien podía ser el fin del propio.

El extremo de la península de Santa Ana, donde se había erguido el antiguo Fuerte Bulnes, no era exactamente el fin del mundo, pero sí el final del camino.

Se trataba de un morro rocoso con una privilegiada vista al mar del Estrecho y rodeado de acantilados, como una cárcel natural. No tenía muelle; la bahía más cercana estaba en *Port Famine* o "Puerto del Hambre" y, de hecho, la ruta trazada desde Punta Arenas terminaba justamente ahí. A partir de esa posición, les esperaban dos kilómetros de barro y musgo hacia el sur hasta que divisaran el cerco perimetral de coigüe instalado por soldados chilenos en 1843, y

que fue de lo poco que quedó en pie luego de la destrucción del fuerte a manos de amotinados en 1852. Paula comprendió rápidamente que no era un sitio que un viajero regular pudiese encontrar al paso o por casualidad; si llegabas a él es porque *ibas* hasta él, porque lo estabas buscando, con alguna intención…

O porque te habían condenado a él.

Gracias a que habían comenzado el viaje de madrugada, al llegar a destino aún restaban algunas horas de luz para cumplir con el cometido y regresar a la ciudad. Ella agradeció que Bastiam le hubiese advertido sobre el viento: mientras más al sur, más glacial, más ruidoso, más violento. Las lengas torcidas del paisaje —o *árboles bandera*, como solían llamarlos por su brusca inclinación horizontal a causa de las corrientes— eran prueba de aquello. Proteger su cabeza era una preocupación principal, pero como jamás sucumbió a la moda de los sombreros no se le ocurrió poner ninguno en su baúl de viaje. Además, ya no tenía permitido utilizar la cofia de su antiguo hábito que, en este caso, habría sido de la mayor utilidad, pues no solo cubría su coronilla sino especialmente sus orejas. Por esta vez tuvo que conformarse con un largo pañuelo de lino que su criada Marcia pudo conseguir para ella con las dependientas del hotel. Llevar la cabeza envuelta en tela había despertado una nostalgia agria escondida en su pecho, sentimiento que hace años decidió no alimentar para no caer en un pozo hondo del que después no pudiese escapar. Una decisión inútil.

Recorrieron algunas lomas suaves hasta que la inclinación del terreno hacía imposible que el carruaje siguiera avanzando. Caminarían en subida los últimos metros. Frente a ellos estaba la cerca de madera húmeda y cubierta de líquenes. Ya podía escucharse a lo lejos el crepitar de las olas contra el risco.

—¡Hermano Liam!

Bastiam alzó sus brazos, alegre, haciendo señas al hombre que apareció en el horizonte tras los límites del predio.

No era especialmente alto. Su hábito marrón le quedaba largo y muy holgado, evidenciando su delgadez, y las dos motas rizadas de cabello tras sus orejas acentuaban su calvicie. Tenía un poncho corto de piel de guanaco sobre sus hombros, el que también cubría su cuello, y protecciones de lana de oveja bajo las mangas. Las arrugas en su frente eran tan profundas como su mirada, la que cruzó con doña Paula a una distancia de varios metros. Tenían una edad similar, pero el prior de la Orden de Canónigos Regulares de la Santa Cruz, Liam Fonsêca, demostraba una zancada fuerte y segura que ella, asida por necesidad a su bastón, lamentablemente no podía imitar. Lo envidió por eso.

Se detuvo justo a la altura de la valla de coigüe, esa que alguna vez tuvo un grueso portón de troncos, infranqueable, con junturas de hierro y cadenas de cierre. Ya no quedaba nada de esa imponente compuerta más que el vacío de un umbral por donde décadas atrás entró la miseria, ufana, a reclamar tumbas y vidas.

—Madre maestra —la saludó el religioso, sonriendo e inclinando la cabeza en un gesto de respeto. Tomó la mano enguantada de Paula entre las suyas, desnudas, enrojecidas y ásperas. Ella puso su mano libre sobre las de él.

—Sabe bien que ya no más, hermano Liam —lo corrigió, sonriendo apenas—, pero tampoco se dirija a mí como *baronesa*, se lo pido. *Paula*, Paula Elena.

Liam no desarmó su sonrisa tibia.

—Una vez carmelita, carmelita toda la vida —afirmó él, sosteniendo la mano de la anciana y también su mirada por algunos segundos más. Ella sintió su mentón temblar sutilmente. No había

caso en discutir una verdad tan grande como el océano.

Bastiam, quien llevaba su usual boina de lana, se la quitó de un tirón. Luego se arrodilló en el césped húmedo.

—*Abençoe-meu, pai.*

El prior se acercó a él y puso sus manos sobre su cabeza con cariño. Murmuró una bendición en latín. Se sonrieron. Luego volvió la vista hacia la italiana.

—No creí que volveríamos a cruzar nuestros caminos, Paula de Ferrari. En el paraíso de Nuestro Señor Jesucristo, quizá.

—Nunca se sabe qué le traerá la marea —bromeó ella. Liam hizo un gesto incómodo pero sutil.

—Por estos lados, solo rechazados y desahuciados —respondió con calma. La baronesa entendió inmediatamente su desatino, pero no tuvo tiempo de enmendarlo, ya que él siguió hablando. Apuntó hacia el carruaje—. Por ahora me intriga qué nos ha traído el sendero.

Unos metros tras Bastiam, el conductor del carruaje había comenzado a bajar con cuidado algunas cajas de madera y luego las ordenaba en una fila en el suelo. Parecían pesadas.

—Harina, cerveza, remolacha, cebolla, manzanas, higos, nueces… Todo lo que el vapor me dejó embarcar. También obleas de anilina, láudano, matico y otras cosas que me proveyó mi boticario en Valparaíso.

El religioso se persignó, contento.

—Veo que su generosidad no ha cambiado.

—Tampoco mi sarcasmo. Le ofrezco disculpas por mi debilidad. Si me permite seguir hablando libremente tendré que pedirle el sacramento de Penitencia antes de irme.

Bastiam sonrió con pudor. Liam con serenidad.

—Seré indulgente con la suya si usted lo es con la mía. Mi debilidad es la tozudez.

Paula movió la cabeza.

—Déjeme adivinar. Bastiam quiere que usted deje este lugar… pero usted no quiere irse.

Los portugueses se miraron. Bas se rascó una sien, incómodo. El prior era comprensivo con las preocupaciones de terceros, pero era más fuerte su convicción.

—Este es nuestro hogar.

—El gobernador Ferrogués no está de acuerdo —le recordó— y está vendiendo *su hogar* al mejor postor.

—Rezamos en laudes y vísperas para que aquello no prospere.

—No me malinterprete, yo también creo en los milagros de Nuestro Señor, pero tengo mis dudas de que aquí pueda ocurrir uno —dijo, sincera, aunque tuviese que aterrizar las expectativas del crucífero de forma brusca—. En fin, no se preocupe: hay varias congregaciones que podrían recibirlos en otros asentamientos de la región. Le comentaré las opciones y le ayudaré a contactarles.

El anciano misionero inspiró profundo mientras pensaba en la mejor manera de expresar su siguiente respuesta. Subió la mirada hacia la copa de los árboles que los rodeaban y entonces lo notó. El silbido del viento había cambiado de tono. Algo se arrastraba en la hierba.

Su rostro se enserió.

—Sé que no nos habíamos visto en muchos, muchos años, pero, en honor a los viejos tiempos, quiero pedirle que confíe en mí.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Por qué lo dice?

—Simplemente… no se mueva.

A Paula no le gustó la recomendación del prior. Aguzó el oído en un súbito temor paranoide. Escuchó pisadas sobre los rastros de agua que la lluvia matinal había dejado en el césped. Tras Liam había una pequeña colina que escondía las precarias construcciones de madera que los misioneros y sus enfermos utilizaban como aposentos, y desde ahí aparecieron las figuras. Primero borrosas, indefinidas. Se movían tan lento que parecían levitar sobre la hierba. Velos blancos gruesos, sucios, se arrastraban zigzagueantes hasta la cerca. Unos tenían diminutos orificios en la tela simulando ojos, aunque no era posible detectar qué había detrás de la tela, mientras que otros solo tenían una pequeña hendidura al frente, emulando una boca. No había forma de adivinar la posición de sus manos o pies; eran fantasmas tangibles que no se tocaban entre sí. Uno murmuraba algo inentendible. Otro aguantaba una carcajada aguda, o quizá era un lamento de agonía…

Paula buscó a Bastiam con la mirada y el rostro sombrío del portugués fue muy elocuente.

—Qué es esto…

Liam, sin voltear ni hacer ningún movimiento destemplado, dando la espalda a quienes comenzaban a apersonarse en los límites del fuerte, levantó una de sus manos como un signo de sosiego hacia la anciana.

—Mantenga la calma.

—Pero… —balbuceó la excarmelita, moviendo su mano derecha sobre su cabeza, sin saber cómo gesticular para darse a entender. El religioso la comprendió muy bien.

—No se preocupe, ellos no representan peligro para usted —aclaró, aunque eligió mejor sus palabras un segundo después—… No *todos*.

Entre la media docena de velos ajados y amarillentos por los años, la lejía y la orina, apareció una mujer. Esquivó sus figuras como una serpiente en busca de presa. No ocultaba su rostro ni su cuerpo como los demás. Su largo cabello cano goteaba y dejaba huellas de agua en sus pantalones de pana. Usaba una delgada camisa de cáñamo, sus labios agrietados tenían rastros rojizos e iba descalza. Ningún caucásico vestido así resistiría física y psicológicamente un clima como el del extremo austral de Chile, pensó doña Paula, y esa sola imagen acentuó el frío que aguijoneaba sus huesos.

Nadie, no... quizá alguien con *hysteria disociativa*.

El crucífero habló sin voltear, como si supiera perfectamente quién se erguía tras él.

—¿Quién me acompaña?

La mujer hizo crujir su cuello y parpadeó varias veces.

—Preséntemе a sus visitas, hermano Liam.

El fuerte acento prusiano en la voz de un hombre adulto hizo que Liam se tensase un poco, pero la reacción de sus interlocutores fue muy diferente. Bastiam se persignó repitiendo un rezo en latín, bajó la mirada y retrocedió tres pasos calculados. Hubiese corrido lejos si no fuera porque temía que ella fuese tras él. Paula, por su lado, tenía la boca semiabierta y el pecho agarrotado por las fuertes palpitaciones. Oír una voz tan discordante a lo que se podía esperar tras ese anguloso rostro femenino horrorizaría a cualquiera. Era un estupendo truco de ventrílocuo, extraordinario, en realidad, pero nadie aplaudía en esa particular audiencia. No había nada que celebrar.

El hermano Liam señaló suavemente con su brazo a la baronesa.

—Dominik, te presento a Sor Paula Elena de Ferrari, madre maestra de la Orden de los Carmelitas Descalzos. Enfermera también, nos conocimos en la Guerra de Secesión

norteamericana. Vino desde la ciudad de Valparaíso especialmente a visitarnos. A Bastiam ya lo conoces, por supuesto.

Nueve avanzó con lentitud, con los ojos fijos en la anciana, hasta tocar el hombro del prior. Bastiam dio otros pasos hacia atrás. Paula no se movió un centímetro, expectante, tal como el crucífero le había sugerido.

—Buenos días… *Dominik* —pronunció la baronesa, luchando por mantener la compostura y buscando reafirmación en los ojos de Liam. Él asintió sutilmente.

—No lleva hábito —expuso *Nueve*, apuntando al abrigo negro de piel y botines a la vista de la baronesa.

—No, ya no puedo vestirlo —respondió, con más precaución de la acostumbrada y sin atreverse a mirarla directamente—, pero estuve a la orden y servicio de la Virgen Santísima por seis décadas. Ahora llevo el título heredado de mi padre, baronesa de Biancavilla.

—¿Renunció a sus votos?

—Fui expulsada.

Bastiam y el prior arrugaron sus rostros al unísono. La sinceridad de doña Paula era tanto un gran atributo como un gran lastre dependiendo de la ocasión.

—Lo importante hoy —alzó la voz Liam, algo nervioso— es que Sor Paula nos ha proporcionado una cantidad muy generosa de…

—¿Y qué busca?

Ignorando al misionero portugués, *Nueve* dio otro paso adelante y mantuvo sus ojos en la octogenaria como si no hubiese nadie más en todo el predio. Ya estaba al borde de la cerca.

Doña Paula se atrevió por fin a sostener su mirada. Sus ojos eran de un azul oscuro, opaco. Entonces apretó la mandíbula y el arco de su bastón. Jamás pensó en la posibilidad de defenderse con él hasta ese día. La sensación de víctima era algo desconocido para ella.

—Busco ayudar —dijo, midiendo cada sílaba—, ayudarles a encontrar otro hogar. ¿No le gustaría irse de este inhóspito aposento, *Dominik*?

Nueve se congeló varios segundos en los que Paula no podía distinguir si respiraba o no. Entonces movió su cabeza como un látigo, adelante y atrás, y volvió a pestañear con rapidez. La excarmelita se sobresaltó, pero disimuló lo mejor que pudo.

La mujer descalza mejoró su postura, separó un poco las piernas y puso los brazos tras su espalda. Escudriñó su alrededor hasta que dio con el hermano Liam.

—¿Dónde quiere que ubique las cajas, padre?

El religioso también parecía haber aguantado la respiración por unos instantes, ya que exhaló fuerte, y aliviado, al escuchar el tono carraspeado de Euclides Cifuentes.

—Adentro del establo, si fuese tan amable. Gracias, capitán.

Tan pronto *Nueve* puso un pie fuera de los límites del fuerte, los cuerpos tras los velos se inquietaron. Volvieron los murmullos, los gemidos. La mujer pasó junto a Paula a tranco raudo, ignorándola. A su espalda, el cochero se alejó inmediatamente de la carga de víveres y buscó escondite tras el carruaje mientras veía a esa aterradora mujer levantar una, dos cajas de madera con la facilidad de un luchador circense.

Al regresar sobre sus huellas, ella volvió a pasar junto a la anciana. Esta vez se detuvo. A pocos metros, Liam moduló sin sonido un “No se mueva”. Paula asintió de forma imperceptible.

—No somos desertores —le habló *Nueve* cerca del oído, con la voz grave y desgarrada—. Gracias por su *ayuda*, madrecita.

En la proximidad de sus cuerpos, la baronesa inclinó todo el peso del suyo en su bastón con tal

de disimular que temblaba. Rezó para que no se quebrara y se diera de bruces contra el suelo. La mujer siguió caminando con seguridad, hizo un gesto de cabeza al prior, cruzó la cerca de coigüe y pasó entre los fantasmas inmóviles, perdiéndose en el interior del fuerte.

Unos segundos después, Bastiam relajó los hombros en un gesto exagerado pero entendible. Se apresuró en acortar la distancia entre él y la baronesa. Tocó su brazo para confortarla.

—Volverá por el resto de la carga en cualquier minuto. Creo que no fue una buena idea haber venido, después de todo… Deberíamos irnos…

Paula no lo escuchó. Su mirada había quedado anclada en los movimientos de la extraña mujer atravesando el cuadro anómalo de seres sin rostro ni extremidades bajo tela maloliente.

Inspiró profundo.

—¿Qué está haciendo?

Apenas la baronesa de Biancavilla hizo el ademán de intentar cruzar la cerca, tanto Bastiam como el prior la detuvieron. Liam puso todo su cuerpo en frente, obstaculizando su paso.

—Quiero entrar —declaró ella, subiendo el mentón.

—No lo haga —le rogó Bastiam—. Llegar hasta aquí es suficiente. Si el hermano Liam lo consiente, podemos continuar la conversación en el carruaje…

—Tengo tantas, tantas preguntas —confesó ella mirando luego al crucífero, sin saber dónde terminaba su expectación y comenzaba el pánico.

—Lo imagino. Intentaré darle esas respuestas. El sol nos acompaña y podemos seguir conversando aquí.

—Pero… quisiera conocer el predio… Atestiguar sus condiciones de vida para ofrecerle mejores soluciones. Por esa razón estoy aquí, ¿recuerda? Para ayudarles frente al desalojo.

—Y se lo agradezco con mi corazón —le aseguró Liam, agitado—. Sin embargo, esta vez concuerdo con Bastiam.

La anciana subió una ceja. Su curiosidad aplacaba el nerviosismo.

—¿Va a *negarme* el ingreso al fuerte, hermano Liam?

—Negarle, no —replicó él—. Aquello no está en mi poder.

Paula intuyó.

—¿Es el poder de quién? ¿De *ella*?

Liam no tuvo que asentir. Había sido más una afirmación que una pregunta.

—En este caso, reconozco que no estoy tan seguro de cuál fue su decisión, si bien sus veredictos negativos suelen ser muy… elocuentes.

Bastiam sabía a qué se refería. Se persignó. Paula recordó la conversación en el hotel y sacó sus propias conclusiones.

—Si me permite entrar, correré el riesgo —concluyó ella.

Entre los fantasmas, la murmuración ininteligible que había escuchado hace unos minutos comenzó a tomar forma. Forma y volumen. Solo había que poner atención. Venía de una voz joven, cándida como la de un niño, quien cantaba tras su velo una suerte de mantra: “*Si entras, no sales… Si entras, no sales… Si entras, no sales…*”.

Había algo de miedo en los ojos del prior.

—Este es, según cada navegante, autoridad y explorador de esta región, un lugar *maldito* —le recordó él, sombrío pero expectante—. Tendrá que seguir rigurosamente mis instrucciones. No es un riesgo vano el que está por correr.

Paula tragó saliva.

—Me doy por advertida.

Bastiam retrocedió, preocupado y quizá decepcionado. La oscuridad caería en algunas horas.

—Por favor, no demore. Estaré aquí esperando su regreso.

En ese sitio y contexto, esa frase tan trivial adquiría un significado con otra trascendencia…

Liam titubeó un segundo, pero no insistió. Se movió a un costado para no seguir obstaculizando el umbral vacío del Fuerte Bulnes. Unos metros más allá, los fantasmas aguardaban. Entonces ella ajustó su abrigo y arremangó su vestido unos centímetros. Asió bien su bastón. Tomó aire frío y avanzó uno, dos, tres y más pasos en dirección sur. Cruzó el añoso y putrefacto cerco de coigüe con la incertidumbre de Teseo entrando al laberinto del minotauro.

Sin aviso, las figuras blanquecinas se deslizaron despacio hacia atrás. Poco a poco voltearon y volvieron a sus escondites de origen, internándose en el predio, arrastrando el borde de sus velos por el barro. La baronesa esperaba una reacción tan diferente del inquietante grupo que de pronto se sintió mareada. El silencio que se instaló a su alrededor abombó sus oídos.

—¿Ya está arrepentida de su decisión? —preguntó el religioso, tan serio como le fue posible.

—Diría que sí —confesó ella, arrugando con su puño el trozo de abrigo que cubría su pecho.

El crucífero Liam Fonsêca se persignó primero, lentamente, y luego, con el pulgar en alto, hizo la señal de la cruz en la frente de Paula de Ferrari.

—Bienvenida a la *Vía Damna*.

VI

1 de julio de 1905
Matinée
Vía Damna, estrecho de Magallanes

Más de cincuenta años habían pasado desde que el Fuerte Bulnes sufrió la furia de soldados amotinados, pero doña Paula podía jurar que el aire aún olía a pólvora. Había rastros de fuego impregnado en la tierra. Las islas nevadas en el horizonte y la inmensidad del océano eran una postal inigualable que debería traer felicidad o al menos calma a quien mirara, pero era imposible no sentir que una gruesa neblina de infortunio flotaba sobre sus cabezas, sobre todo si lo primero que aparecía al subir el lomaje eran dos sembradíos abandonados de unos treinta metros de largo. Entre ellos se extendía el sendero que llevaba hasta el interior del fuerte. Más al fondo y a la izquierda había un sembradío más, junto a lo que parecía ser el establo… Terrenos de arena gris y maleza ocre creciendo entre surcos de picota que alguna vez quisieron ser trigo o cebada. Campos muertos. A la distancia, coronando el cuadro, descubriría más construcciones de las que apenas quedaba la huella negruzca de sus cimientos. En ese escenario, personas viviendo bajo sábanas sucias no era tan disparatado…

Paula no podía asegurar que fuese un lugar *maldito* —aún—, pero la presentación inquietaba el alma de cualquiera.

—*Damna* viene del latín *damnatio*, la condenación al castigo eterno del infierno. Desde 1852 que "Fuerte Bulnes" ni siquiera aparece en las cartografías. Es simplemente la península de Santa Ana… o la *Vía Damna*, según los navegantes. Reconocen el lugar a lo lejos desde sus barcos, por las siluetas fantasmales deambulando en el acantilado. Un *camino de perdición*, aunque para los arrojados sea el único camino que les quede —comentó Liam mientras atravesaban los primeros sembradíos y doblaban a la derecha, rodeando el límite oeste del predio en dirección al sur. Así no se toparían con *Nueve*, al menos por unos minutos más—. No me lo ha preguntado, pero supongo que es lo primero que quería saber.

—En realidad —comenzó ella, aún tensa, ladeando su cabeza para luchar contra la ventolera—, lo primero que quiero saber es por qué sus enfermos usan esos espeluznantes velos. Ha sido de lo más macabro que he visto en mucho tiempo y bien sabe que no soy alguien fácil de impresionar.

El crucífero apretó los labios, concediéndole el punto.

—Es algo así como su "uniforme" —le explicó—, herencia de las recomendaciones dejadas por Matthäus Kleist, higienista de la colonia original que pobló este fuerte desde 1843.

—Es una extraña sugerencia sanitaria, no la había escuchado jamás. ¿Es para prevenir contagios? ¿Evita alguna transmisión infecciosa?

—No tiene un fin sanitario, no —aclaró, mirando a la anciana a los ojos—: Protege el alma.

Paula arrugó el mentón.

—No sé si entiendo lo que…

—El velo protege a los residentes de los *gualichu*, espíritus malignos que deambulan buscando cuerpos vulnerables para provocar la muerte súbita. Son sordos, solo atacan lo que ven, así que si cubrimos a los arrojados de pies a cabeza, quedan protegidos. La idea es asegurar que logren un deceso natural o, al menos, voluntario.

Se produjeron algunos segundos de silencio entre ellos.

—¿Está bromeando? —preguntó ella, pasmada, pero la seriedad de Liam no dejaba lugar a dudas—. No está bromeando.

—No poseo su don del humor tan a flor de piel —dijo, y aunque se escuchaba como un reproche, en realidad era un cumplido—. Es una creencia indígena, del pueblo aónikenk, también llamados *patagones*.

—¿Y por qué usted no usa velo?

—Porque soy un hombre sano, gracias a Dios —se persignó—. Viejo, pero sano. Si no estás enfermo o gravemente herido, no eres vulnerable, entonces no lo necesitas. Hace unos años tuve una gripe muy fuerte y deambulé por el fuerte durante dos semanas cubierto de blanco —recordó. Apuntó a la baronesa—. Espero que su salud también esté a buen punto o tendré que pedirle que se cubra.

La baronesa movió la cabeza con energía, rechazando de plano la posibilidad de respirar bajo tela de dudosa procedencia.

—Como un roble. Si mi cadera no tuviese ochenta años, podría echarle una carrera hasta la cumbre.

—No dudo que su convicción la ha hecho llegar a lugares insospechados —sonrió.

Ella no le devolvió la sonrisa, no por descortesía, sino porque su mirada captó, a poca distancia, a dos figuras espectrales vigilándola tras las lengas. No pudo evitar un escalofrío.

—Perdóneme por insistir, pero me parece que esto de los velos es una creencia muy inusual para ser considerada…

—El doctor Kleist era un luterano devoto. Si él llegó a creerla y sugerirla durante su estadía aquí, no soy quién para descartarla.

Ella bajó los hombros.

—Entiendo. Estoy segura, sin embargo, de que debe haber pasado por este lugar más de algún virulento o alienado que no estuvo dispuesto a seguir esa instrucción…

—Sí, por supuesto. Varios.

—¿Y qué sucedió con ellos?

—Obtuvieron un lugar en nuestro cementerio mucho antes que sus compañeros.

Paula estaba tan genuinamente sorprendida por la naturalidad de la aseveración del prior que seguía sin pestañear. Se olvidó del viento por un momento.

—Y se supone que soy yo la rebelde y progresista de esta Iglesia —ahora sí sonrió, aunque agridulce—. Roguemos a la misericordia del Todopoderoso para que al arzobispo nunca se le ocurra hacerle una visita.

—Ni el arzobispo ni los hermanos salesianos —apuntó, bajando la mirada. La excarmelita reaccionó al instante.

—Cuando Bastiam escribió pidiendo mi ayuda para relocalizarlo a usted y al hermano Tadeu en alguna abadía de otra ciudad, me pareció muy extraño. ¡La misión salesiana está aquí mismo en Tierra del Fuego!, cruzando el Estrecho. ¿No era más fácil unirse a ellos?

Paula pudo notar la evidente incomodidad en Liam. Él movió hombros y cuello, dolorido.

—No quiero hablar mal de su labor, han viajado por el mundo igual que nosotros para expandir

la gloria de Dios…

—*Pero*…

—Pero —recogió él—, no armonizamos en nuestras maneras. Entendemos la evangelización de formas muy distintas. Somos más útiles para Nuestro Señor en un camino propio.

La Misión Salesiana de San Rafael, instalada en la isla Dawson, había sido fundada por el sacerdote italiano José Fagnano Vero en 1889 gracias a la concesión gratuita del terreno a la Congregación Salesiana de Don Bosco por veinte años, mediante decreto supremo del presidente José Manuel Balmaceda. Exponían como razón principal de su asentamiento religioso el establecer un reducto que pudiese proteger a los aborígenes selk'nam y kawésqar de la violencia desatada por los estancieros de ganado ovino, ligados a la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego que lideraba la compañía británica Williamson & Balfour. La expansión y explotación comercial por parte de privados había desplazado a los indígenas de sus aposentos originales, lo que condujo a años de resistencia y luchas que dejaban centenares de muertos. Los religiosos buscaban ofrecer a los nativos sobrevivientes un lugar neutral de paz, evangelización y civilidad, así que construyeron casas, galpones, talleres y, por supuesto, una gran capilla —con patrocinios millonarios de muchas familias católicas de Magallanes, chilenas e inmigrantes—, para así vestirlos y educarlos a la usanza occidental, además de, por supuesto, convencerlos de abandonar su cosmovisión y convertirlos al catolicismo, para hacer de ellos "hombres y mujeres honorables para la sociedad moderna".

Era una buena causa. O así parecía.

—Intuyo que los crucíferos portugueses no son entusiastas de la educación forzosa.

—Mi congregación está extinta por decisión de un rey —le recordó, aunque Paula lo sabía muy bien—. Sabemos qué se siente ser desplazado y odiado. No dejé que nadie me convenciera de renunciar a mi Dios y por eso tuve que abandonar mi país… Jamás cometería dicho vejamen contra otro ser humano que elige defender al suyo.

Paula sonrió, aliviada.

—Y eso lo convierte en mi nuevo mejor amigo.

Su aprecio era real. Una de las muchas diferencias que Sor Paula Elena de Ferrari tuvo con las autoridades eclesiásticas en su momento fue que ella creía en la convivencia ecuménica, algo que había desarrollado con alegría tras ciertos hitos en su vida religiosa —nada une más a creencias distintas que la crueldad de una guerra—, pero por sobre todo mientras estuvo apostada con sus novatas en las ruinas del monasterio de la Orden de San Agustín en la localidad de Atlas, a unos pocos kilómetros del puerto de Valparaíso. Al ser un poblado de carácter *aduanero* —creado específicamente para ser destino temporal de inmigrantes mientras resolvían su papeleo de entrada o salida del país—, debía haber un respeto irrestricto por las múltiples nacionalidades que llenaban sus calles, así como por los múltiples credos. La capilla de Atlas estaba segmentada por horarios para ser utilizada por anglicanos, judíos, presbiterianos y católicos, si bien también se realizaban ciertos ritos compartidos. La misma Sor Paula había asistido a una ceremonia budista una vez, a un costado de la estación de trenes, por pura curiosidad. Era el tipo de situaciones que volaban a oídos del prelado de los carmelitas en la casa central de Santiago y que se acumularían por años en su hoja de vida, sin contar los consejos poco ortodoxos de los que algunas novicias se quejaban —"La dicha absoluta de elegir en libertad no se compara con la dicha limitada de seguir una orden"—, las salidas del claustro fuera de todo protocolo —la mayoría por emergencias médicas, en lugares donde no había médico disponible— o el dizque "abuso de autoridad" que desató su expulsión: cuando asistió la autopsia de una joven suicida

que Paula conocía de cerca. Junto a un médico de Quilpué comprobaron que en realidad había sido víctima de un asesinato, y si bien eso fue una buena noticia para su familia, generó un escándalo en los pasillos del clero. "¿Una carmelita descalza jugando a los policías? ¿Qué vendrá después? ¿Aplaudir zarzuela en el teatro Victoria?", le había enrostrado el comité eclesiástico que le arrebató los hábitos.

A menos de un mes de su expulsión estaba sentada en el mencionado teatro, en la tercera fila de butacas, lista para aplaudir la zarzuela *El pasaporte*, de Guillermo Blest Gana.

—Es un honor que me considere entre sus amistades —sonrió el prior, con su serenidad acostumbrada y con la vista al frente. Recibía agradecido los exiguos rayos de sol en el rostro, pero no alcanzaban a aliviar el escozor de los sabañones en su nariz—. Sé que nuestros métodos pueden no ser muy ortodoxos, pero echamos mano a todo lo posible con tal de proveer consuelo, tranquilidad y muerte digna. Si alguna tradición nativa nos ayuda en eso, será bienvenida.

La excarmelita asintió. Concordaba en que la compasión siempre iba por delante de la razón.

—*Gua-li-chu*. Espíritus malignos. No son precisamente un aliciente turístico… ¿Por eso los navegantes dicen que este lugar está maldito?

—Por eso y mucho más que eso —respondió, misterioso—. Es un cúmulo de experiencias reales, pero también de prejuicios y habladurías que comenzaron desde la fundación del fuerte en 1843, alentadas por los mismos soldados y colonos…

—Entiendo que no fue un asentamiento muy exitoso —comentó ella—. Bastiam me explicó que a los pocos años ese grupo decidió moverse hacia un valle más al norte. Que así nació Punta Arenas.

—"Decidir moverse" es una forma muy limpia y diplomática de explicarlo. "Huyeron" es más fidedigno. Cinco años después de instalarse aquí en la península, en 1848.

Paula lo miró con ojos ávidos.

—¿Huir… de qué?

—De la miseria —respondió él—. La colonia original contaba con cerca de treinta personas entre militares y civiles, chilenos y algunos europeos. Tenían ilusiones, era la primera muestra de soberanía del Gobierno de Chile en una zona inexplorada como el extremo austral, pero nada salió como esperaban. Los víveres que dejó la primera goleta se hicieron insuficientes. Plantaron muchos tipos de semillas, pero nada creció. Por ignorancia o candidez, subestimaron lo riguroso del clima y no aseguraron ropajes adecuados, tampoco construcciones que soportaran bien el viento y la nieve. En el transcurso del primer año murieron casi todos los niños.

La baronesa se persignó y estrechó más el cuello de su abrigo.

—Es una zona inhóspita, qué duda cabe —aceptó—, pero todo lo que me cuenta tiene una explicación razonable…

—Cuando se analiza con perspectiva, ciertamente, pero cuando recibes una calamidad tras otra en tan poco tiempo, no es raro comenzar a considerar explicaciones *no tan* razonables.

—¿Como cuáles?

Liam se detuvo un segundo. Miró a su alrededor. La parte baja de su hábito bailaba con el viento.

—Siempre se dice que esta era un área desierta, despoblada… pero, en realidad, solo despoblada de hombres blancos. Por aquí vivía mucha gente… gente que ya no está, que fue desplazada o asesinada para que el fuerte militar tuviese lugar. Un hecho de sangre tan violento no solo pesa en la conciencia de sus perpetradores, sino también en la tierra que fue testigo, y esta península carga con dos.

Paula concluyó lo evidente.

—¿Estamos en tierra *aónikenk*?

Él asintió.

—No se consideraban a sí mismos *dueños* de la tierra, pero ellos eran los moradores originales, sí. Eran clanes nómades y esencialmente cazadores, no guerreros. Los pocos que se quedaron a pelear sucumbieron ante los fusiles, mientras otros lograron marcharse hacia Argentina. Los colonos mantuvieron a algunas mujeres y niñas para distintas tareas domésticas, pero la mayoría escapó o atentó contra su propia vida. Desde el origen todo se hizo mal —concluyó, abatido.

—¿Y el gobernador Ferrogués sabe esto?

—Por supuesto. Lo sabe cada navegante, colono o autoridad en la región de Magallanes. Este fuerte nunca debió existir.

Llegaron a la esquina del predio donde alguna vez estuvo la llamada "Casa Fuerte", una de las edificaciones principales del Fuerte Bulnes que, gracias a su altillo, permitía una vista de la península en casi 360 grados. Desde ahí se solía controlar la ruta de cualquier navío que apareciese por la costa norte y sur. Hoy era una sombra en ruinas.

Giraron y siguieron en dirección al este. El prior apuntó a la única construcción que seguía en pie en esa parte del predio: la capilla. Estaba al fondo, por lo que primero había que pasar por el cuartel, el almacén, la cárcel y la secretaría… o donde alguna vez estuvieron, pues todo estaba reducido a cenizas. Era un escenario desolador con vista al mar.

—Imagino que, cuando las cosechas no prosperaron o el frío se volvió cruel, fue inevitable que los colonos lo atribuyeran a algún tipo de *castigo divino* —continuó Paula, siguiendo los pasos del prior entre las ruinas.

—*Ganken kosten* —pronunció el hermano Liam—. Algo así como "viento del mal" o "viento enojado". Los nativos lo habían advertido. Decían que la tierra abusada se resistiría, que liberaría a *ganken kosten* para regar desgracia entre los usurpadores… A los pocos años se estaban cumpliendo todas las promesas: tierra incultivable, nevazones continuas, plagas de roedores que arrasaban con los pocos víveres que almacenaban, muerte de ganado, enfermedades extrañas que diezmaban hombres y mujeres sanos…

—En esas condiciones, cualquiera huiría —empatizó la anciana.

—Pero no todos pudieron —aclaró él—. Dejaron atrás a quienes siempre suelen *quedarse* atrás: los enfermos.

Doña Paula sentía una conexión especial con el dolor del ser humano. Si ella podía aplacarlo, para quien fuese, algo haría, sin dudar. Siendo apenas una adolescente creyó que el rezo intenso curaba todas las heridas, añoraba el claustro para poder orar por cada persona sufriente en el mundo, hasta que en su formación en primeros auxilios descubrió el alcohol, los ungüentos, los cabestrillos, las hierbas medicinales, el éter. Descubrió la enfermería. Su misión personal se volvió cada más terrenal. Sus acciones también.

Al llegar, el crucífero hizo un gesto para que Paula entrara a la capilla antes que él. Cruzaron el umbral. Entre sus paredes no hallaban un ambiente precisamente más cálido, pues el frío se colaba igual entre los troncos de lenga ensamblada, pero al menos podrían eludir la peor parte de la ventolera. Era un galpón mediano con una docena de catres a ras de suelo, tapados con mantas de lana de oveja y piel de guanaco, donde alguna vez hubo un altar, banquillos de confesión y cuadros de San Antonio de Padua o Clara de Asís. Ya no existían rastros de aquello. Hoy un destartalado brasero crepitaba en una esquina. En la otra, había una mesita con un crucifijo, un

reloj que a su vez era una brújula, algunos libros y una vela gruesa de cera de abeja. El hermano Liam la tomó para acercarla al brasero y encenderla.

La baronesa se sentó sobre un enclenque banquillo de madera junto al muro lateral.

—Por favor, dígame que el doctor Kleist se quedó con ellos, y así también puedo profesarle el gran aprecio que usted parece tenerle.

Él hizo un gesto cálido.

—Lo hizo —confirmó—. Todos abandonaron el fuerte salvo él, su pequeña hija y su cuidadora, una mujer aónikenk. Con el tiempo siguió recibiendo enfermos desde Punta Arenas. Para el momento del ataque quedaban ocho postrados a su cuidado. Eran los únicos moradores… y estaban, precisamente, aquí dentro.

Doña Paula enderezó de pronto su postura, como si le hubiesen comunicado que sus pies estaban sobre tierra santa. Hasta cuidó dónde apoyaba su bastón.

—Que el Señor los tenga en su santo reino —se persignó ella. Los muros tenían rastros de fuego, con algunas esquinas chamuscadas, pero los troncos parecían seguir fuertes en su posición —. No sé si quiero enterarme de cómo fallecieron…

Liam la miró de forma comprensiva.

—Me temo que es el trozo más importante de esta historia, si es que realmente le interesa comprender la *Vía Damna*… y por qué no quiero abandonarla.

Hace una hora, Paula le había dicho que su debilidad era su sarcasmo. También lo era su curiosidad.

—¿Hay algún culpable identificado?

—Sí. Un barbárico mercenario, el teniente chileno Miguel José Cambiaso.

—¿Y qué buscaba? ¿Medicinas? ¿Armas?

Liam exhaló con tristeza.

—Buscaba tumbas.

Paula no había terminado de asimilar esa respuesta cuando el crucífero decidió continuar la explicación diciendo que debía partir desde el principio, y que su conocimiento de los sucesos se lo debía, en buena parte, a lo constatado por el senador y también historiador Benjamín Vicuña Mackenna en su libro *Cambiaso: relación de los acontecimientos i de los crímenes de Magallanes en 1851*, escrito en 1877 y publicado por la Imprenta de la Librería del Mercurio. Bastiam lo había conseguido gracias a los nexos que poseía el periódico *El Magallanes* con imprentas santiaguinas y el prior cuidaba dicho ejemplar tanto como a su Biblia.

Tomó el empaste de papel amarillento y agrietado, y fue hasta una de las primeras páginas…

Quienes lograron salir del Fuerte Bulnes a fines de 1848 encontraron suelo propicio para instalarse sesenta kilómetros al norte. Tenía una playa perfecta para recibir navíos, había suelo cultivable y, aun en el mismo entorno gélido, mejores condiciones generales. Así nacía Punta Arenas. Barcos chilenos y extranjeros que surcaban el estrecho de Magallanes comenzaron a recalar ahí como pausa intermedia que sirviese de aprovisionamiento de carbón y otros elementos que se requerían para un largo tiempo en los océanos. El poblado adquirió un movimiento tal que para 1851 ya era una colonia próspera con más de setecientos habitantes entre europeos y chilenos, donde se contaba una escuela, un gobernador propio —el capitán de fragata don Benjamín Muñoz Gamero—, una iglesia y un cuartel militar que también servía de cárcel, con una guarnición de setenta soldados al mando del capitán Gabriel Salas. También había un hospital, pero solo trataba afecciones menores. Los enfermos graves y contagiosos se derivaban al Fuerte Bulnes, más que como una medida de aislamiento, como un castigo. Sabían

que era muy poco probable que alguno de ellos sobreviviera y regresara a la nueva colonia. Desde entonces se comenzó a escuchar la frase, como un sutil secreto a voces, de que quien entrara en el terreno indio de la península de Santa Ana, jamás saldría…

Como faltaba mano de obra para la construcción de viviendas y la extensión del muelle en el poblado, se dispusieron algunos insólitos beneficios para los presos a cambio de su asistencia en carpintería y herrería, como dormir un par de noches fuera del cuartel o incluso alejarse algunos kilómetros sin escolta si se integraban a grupos de recolección de madera. Era un plan osado que dio excelentes resultados durante varios meses, por lo que el capitán Salas no creyó necesario someter a los reclusos a demasiada vigilancia —que por lo demás no habría podido cumplir, por falta de dotación— y dispuso para esa tarea a solo uno de sus subordinados: el teniente de artillería Miguel José Cambiaso, polémico soldado que había sido recién trasladado desde Ancud a Magallanes. Arrastraba consigo una seguidilla de borracheras, riñas, fraudes y provocaciones a sus mandos directos; poseía denuncias ante la gobernación central que lo describían como "de una perversidad rayana en la locura", "ambición desmedida", "carente de moral", "seductor de menores" y hasta sospechoso del asesinato de su propia esposa, pero el siempre correcto y diplomático capitán Salas creía en la reivindicación de todo hombre, de modo que lo dejó a cargo de los presidiarios con una fe ciega que pagaría en carne propia muy pronto.

"Desdeñado tras el velo de tenue disimulo por sus camaradas en su nueva posicion, recojiendo cada dia desaires mas o ménos acerbos en medio de la sociedad en que el deber le condenaba a vivir, cada dia, cada hora, destilaba su mala índole dentro de las paredes de su corazon, la ponzoña del odio, que poco a poco, incubaría al monstruo, al asesino, al incendiario, al ladrón cobarde i aleve".

En octubre de ese año llegó a Punta Arenas un buque que venía desde Valparaíso. Traía a siete reos de categoría especial: eran sargentos del regimiento Valdivia, apresados tras protagonizar una rebelión fallida y condenados a nueve años de cárcel en el extremo austral. Como era de esperarse, Cambiaso estableció amistad con ellos desde el inicio y alimentó en ellos la ilusión de lograr un motín que les trajera riqueza y la autoridad perdida. Antes de un mes ya había convencido del plan a buena parte de la dotación militar apostada en la ciudad e incluso a varios de los otros reos. Así, en la noche del 24 de noviembre de 1851, decidieron tomarse el cuartel. Y funcionó.

Cambiaso se autoproclamó coronel y, unas horas después, general, designando a los siete sargentos como capitanes. Liberó a todos los presos y ordenó incendiar las barracas militares. Asesinó al capitán Gabriel Salas, desmembró su cuerpo y lanzó sus extremidades al mar. Su siguiente objetivo era el gobernador Muñoz Gamero, para así tener el control administrativo y económico de la ciudad, pero la máxima autoridad había sido alertada del motín justo a tiempo para pedir refugio al buque norteamericano *Florida*, de doscientas toneladas y cuatro cañones, el cual había fondeado en Punta Arenas unas horas antes buscando provisiones. Se escondió ahí junto al sacerdote católico Licencio Acuña y un par de colonos españoles, lo que desató en Cambiaso una furia inusitada. Las llamas en las barracas aún ardían y amenazaban con llegar hasta la iglesia; él, en lugar de evacuar a los feligreses, mandó tapiar las puertas, quemando vivos a casi veinte mujeres y niños en represalia.

“Jamas la mano de la ciega imprevision habia acumulado en un solo sitio, sin amparo ni socorro humano, tantos elementos para producir una de las mas horribles catástrofes consignadas en los anales de la depravacion humana. Faltaba solo el soplo de un jenio maléfico para que aquella pira ardiese en el desierto, iluminando con sus rojas llamaradas la figura del monstruo abominable que se llamó Miguel José Cambiaso”.

También saqueó y quemó la casa del gobernador, y no contento con eso, intentó lo impensable: tomar por la fuerza al buque *Florida*. Con todos los soldados magallánicos de su lado, superaron ampliamente las fuerzas defensivas de los estadounidenses y obtuvieron el control del navío en la madrugada. El capitán Brown fue fusilado en presencia de su tripulación mientras el gobernador Muñoz Gamero era quemado vivo en una pira. Al padre Acuña se le dio a elegir y escogió el agua: lo ataron a una red con rocas y lo lanzaron a las profundidades del Estrecho, frente al cabo Monmouth. Ese inesperado triunfo selló por completo la ambición de Cambiaso, y les comunicó a aliados y capturados sus planes siguientes: armar una flota, imperar en el mar del sur y convertirse en pirata. No era tan descabellado si se consideraba que la piratería era una de las ocupaciones más lucrativas a mitad del siglo XIX.

La mañana del 1 de diciembre divisó a un bergantín goleta de bandera británica, el *Elisa Cornish*, cruzando el Estrecho con dirección al Atlántico. No desaprovechó la oportunidad. Falseó banderas blancas de auxilio desde la cubierta del *Florida* y los europeos cambiaron de curso para ir en rescate. Tan pronto se acercaron lo suficiente, los amotinados chilenos saltaron a bordo y tomaron el control del barco, encontrando en las bodegas un cargamento de oro macizo. Eso confirmó a Cambiaso que su decisión sobre la piratería era correcta. Como muestra de su reciente poder y a modo de advertencia por posibles sublevaciones, hizo colgar al capitán británico de un roble junto al muelle, dejando pudrir su cuerpo a vista de todos. Luego exigió crear una hoguera para quemarlo, y sobre las brasas de los restos humanos ordenó cocinar un ternero.

“Desde el mas osado de los jefes de la guarnicion hasta el mas vil de los presidiarios, todos se inclinarían en adelante, sumisos i respetuosos, en presencia del jóven-monstruo que comenzaba a levantar la cabeza de uno de los mas famosos criminales de la historia, en un apartado rincón de los mares australes, vecino de los polos, i para el cual la horca i la hoguera serian solo un simple accesorio de su engrandecimiento en el mal i en el exterminio frio i sistemático de sus semejantes”.

Ese fue el día, dicen, en que se enteró de las tumbas aónikenk.

Los sargentos valdivianos convertidos en capitanes, ansiosos por continuar con las fechorías y sintiéndose invencibles con dos buques a su haber, presionaron a Cambiaso para salir de Punta Arenas y atravesar el Estrecho en dirección a Brasil. Hacia el Atlántico era más probable encontrar otras goletas con tesoros parecidos al del *Elisa Cornish*. Creían haberlo convencido, pero, antes de ejecutar la orden, llegó a su oído que algunos soldados chilenos hablaban de otros tesoros aún más cerca: los escondidos en las tumbas de los nativos patagones. La leyenda hablaba de que ciertas tribus australes, especialmente los aónikenk, sepultaban a los suyos con todo lo necesario para transitar hacia el otro plano: abrigo, comida, armas y diversos objetos de valor, como perlas y vasijas hechas de oro magallánico. La dificultad radicaba en ubicar esas tumbas. Solían ser marcadas con un *chenke*, túmulo de piedra sobre la fosa, pero la profanación sistemática de los sepulcros por parte de colonizadores blancos en la región había obligado a los

indígenas a modificar sus tradiciones en las últimas décadas. Comenzaron a realizar sus ritos funerarios en secreto, camuflando las sepulturas en roqueríos, bosques y pampas, sin dejar rastros. Podrían estar en cualquier parte.

Un soldado de bajo rango al que llamaban *El Herrero*, queriendo congraciarse con el ahora general Miguel José Cambiaso, le proveyó información de primera mano: unos sesenta kilómetros al sur, cerca de Puerto del Hambre, se encontraba un sector que los locales reconocían como aquel de mayor presencia aónikenk: la península de Santa Ana, donde estaba el abandonado y *maldito* Fuerte Bulnes que ahora servía como sanatorio temporal para Punta Arenas, a cargo de un higienista prusiano. Le explicó que era casi un "cementerio indígena" por la cantidad de tumbas encontradas en años anteriores, que todos los mercenarios sabían que habría al menos una docena más por encontrar, y que la más valiosa era una posiblemente reciente: la de una curandera aónikenk que había abandonado su clan para quedarse junto al doctor al cuidado de heridos, enfermos y desahuciados. El soldado confirmó —ya que él mismo había estado ahí días antes, recuperándose de una fractura en el hombro— que la india estaba agonizando por alguna plaga y que a estas fechas seguro ya había muerto. Era una mujer con poder; su riqueza sería acorde. Podía apostar a que, si emboscaban el fuerte, el doctor cooperaría y no opondría resistencia, pues no tenía armas ni escoltas, solo un puñado de inútiles postrados. Le dijo a Cambiaso que, si lo nombraba sargento, él mismo guiaría a los amotinados hasta allá.

—Pérfido infame, rata mugrosa —soltó doña Paula de repente, golpeando el suelo de tierra con su bastón. Liam pausó su voz y entonces ella arrugó la frente, contrariada—. Excúseme, hermano. Imagino lo que dirá: penitencia de tres avemarías por cada insulto.

Él hizo un gesto de regaño.

—En cualquier caso, testimonios aseguraron que *El Herrero* murió ese mismo día. A Cambiaso le pareció presumido, una potencial amenaza de rebeldía a su autoridad. Dicen que lo lanzó por la borda. —Esperó unos segundos y añadió—: ¿Está haciendo un esfuerzo sobrehumano para no sonreír, *Sor* Paula?

—Dos avemarías más. Anotado.

El prior suspiró.

—No crea que esa vida compensó en algo todas las otras que se perderían. El *general* ya era inmanejable a esas alturas.

—¿Se refiere a los que murieron aquí, en el fuerte?

—Me refiero a los cientos que fueron sacrificados *en el camino* hasta aquí.

Si abandonaba Punta Arenas para siempre, Cambiaso debía dejar la menor cantidad de testigos posibles, pero el gastadero de pólvora en tantas cabezas le pareció un desperdicio. Tuvo una mejor idea. Tomó a toda la colonia de rehén, salvo un puñado que alcanzó a huir hacia la pampa interior. Embarcó a mujeres y niños en el *Elisa Cornish* junto a algunos de sus hombres de confianza, mientras que los colonos varones y el grueso de su tropa se instalaría en el *Florida* como buque principal de la flota. Bajo amenaza de muerte, las tripulaciones extranjeras de cada navío regresaron a sus puestos de navegación con tal de estar listos para zarpar hacia el Atlántico, considerando un breve desvío hacia el abandonado Fuerte Bulnes. Entonces ordenó encender las antorchas y comenzar el pandemonio en tierra, la destrucción total de una ciudad que se había erigido como una segunda oportunidad de asentamiento austral y que le había dado a él una segunda oportunidad en su cuestionada vida. Era el 29 de diciembre de 1851.

Reservó algo de furia al entrar a la península San Ana. Recaló con el *Florida* en Puerto del Hambre y recorrió a pie los dos kilómetros hasta el fuerte en plena penumbra. Botaron portones

y cercas, buscando que el estruendo fuese suficiente para horrorizar a los pocos moradores y perdieran cualquier atisbo de ganas de luchar. Ordenó quemar toda construcción, que no quedase nada en pie y que saqueasen lo que fuera que encontraran. Algunos de sus seguidores, frente a autoridades marciales meses después, confesarían que fueron obligados a cavar durante toda la noche en distintas esquinas del predio buscando la fosa de la india Hakái. Jamás la encontraron. Cegado de ira, Cambiaso tomó de rehén al médico del fuerte para incorporarlo a su tripulación y zarpó con las manos vacías en la madrugada.

Pero había un premio de consuelo. Avanzó con sus dos barcos hasta la bahía Wood, un sector despoblado e inhóspito en el corredor Pacífico del Estrecho, muy cerca del fuerte, con la excusa de recuperar un gran cargamento de licor atrapado en la coraza del *Garonne*, una goleta francesa naufragada a fines del año anterior. Hizo desembarcar del *Florida* a todos los colonos puntarenenses para dicha faena y los amenazó con fusil en mano a encontrar y cargar hasta la última botella. Entonces ordenó izar los botes y dejar a los hombres en tierra, a la deriva. Algunos intentaron nadar de vuelta al barco, pero murieron de hipotermia. A otros el mismo Cambiaso les disparó desde cubierta, pidiendo a un general que le llevara la cuenta, como quien cuenta cerdos faenados. El resto sucumbió de inanición, como sucedería con la tripulación completa del *Elisa Cornish*, la cual fue abandonada unas horas después en la nevada isla Clarence sin víveres a propósito ni ningún medio de supervivencia.

“Presa su alma de las serpientes de la venganza, que lo inquietan en su faccion i en su sueño, como reptiles voraces que estuvieran royendo a mordiscos sus entrañas, Cambiaso se sacia con el deleite que le produce el desarme, el castigo i la humillacion de sus enemigos que le rodean hechos ya cadáveres, o cautivos por su brazo que los abruma de fierros. Pero despues del festin de los cráneos congelados o calcinados, aparécesele el fantasma deslumbrador de la fortuna, calzada su frente de resplandeciente diadema; i murmurándose a sí propio su destino, «Seré rico!» se dice, i luego agrega a media voz para no ser escuchado ni del viento: ‘I si para serlo necesito matar, mataré hasta quedarme solo en la tierra’”.

—En total, cerca de trescientos muertos directo a la lista de Cambiaso, una que el Todopoderoso se encargaría de cobrarle más temprano que tarde —terminó el hermano Liam.

Paula se persignó con rabia.

—¿Fue atrapado? ¿Encarcelado?

—Fusilado —respondió el anciano, agrio— junto a siete de sus secuaces.

Algo que Miguel José Cambiaso no sabía es que unas horas después de que incendió y arrasó Punta Arenas, el vapor británico *Lima* entró por el umbral atlántico del Estrecho y recaló en ese puerto. Venía desde Liverpool, y entre sus pasajeros se contaba al capitán de fragata de la Armada de Chile don Santiago Jorge Bynon junto a un grupo de jóvenes oficiales que volvían de sus estudios profesionales en Francia, como Alberto Blest Gana y Félix Blanco. El desastre que atestiguaron los horrorizó. Bajaron a tierra y verificaron que, de las cincuenta y dos viviendas originales de la colonia, solo quedaban catorce en pie. La iglesia y la escuela eran cenizas. Su primera conclusión fue atribuir el hecho a una emboscada indígena, pero antes del anochecer aparecieron los pocos colonos que habían logrado huir, quienes informaron al capitán de lo que en realidad había sucedido. Bynon pidió a la tripulación del buque continuar el viaje de inmediato hacia el norte, forzando las máquinas para llegar cuanto antes a Valparaíso y dar informe de la tragedia a la gobernación central. En la bitácora del *Lima* dejaron por escrito, con

fecha 3 de enero de 1852, que vislumbraron a lo lejos extrañas llamaradas en la península de Santa Ana, pero que no tenían tiempo para detenerse a investigar…

Arribaron a Valparaíso el 7 de enero. La noticia consternó hasta al propio presidente de la república, don Manuel Montt, quien personalmente anunció que el insurrecto y todo su séquito sería perseguido, cazado y juzgado. Designó al propio capitán Bynon como jefe de una división naval especialmente dedicada a estos fines. Vapores como el *Cazador*, *Meteoro*, *Infatigable*, además de la corbeta *Constitución* y buques extranjeros de gran potencia como el *Virago*, surcaron todos los canales y recovecos de Talcahuano al sur con tal de dar con el paradero de Cambiaso. No fue fácil, pero obtuvieron pequeños triunfos en el trayecto. El 28 de enero el *Virago* encontró al damnificado *Elisa Cornish*, del cual pudieron rescatar con vida a una veintena de almas.

Aunque el rumor que manejaba Bynon era que Cambiaso se dirigía al Atlántico, los supervivientes le aseguraron que vieron alejarse al *Florida* en dirección norte, hacia la isla Desolación, en la apertura del Pacífico. De cualquier modo, el capitán prefirió asegurarse y lideró la flota que recorrería de cabo a cabo todo el estrecho de Magallanes durante dos semanas en busca de los desalmados, aprovechando de pasar por Punta Arenas para ofrecer ayuda y consuelo al puñado de hombres que habían eludido la muerte, pero que debían reconstruir una ciudad sobre las marcas de ella. También cumplió con dar noticia a la corbeta *Constitución* —la más cercana en millas náuticas— sobre el trágico destino del Fuerte Bulnes, del que acababa de enterarse mediante el testimonio de los rescatados del buque inglés. Siendo la máxima autoridad competente de la misión en curso, Bynon asignó a la pequeña tripulación de la corbeta la tarea de inspeccionar el estado del reducto militar y realizar con apremio el informe correspondiente. Se convertiría en evidencia indispensable para un juicio posterior, si es que algún día lograban dar con el paradero del desquiciado general Cambiaso.

De vuelta al océano Pacífico y moviéndose hacia el norte, el *Virago* gritó *eureka* el 15 de febrero. Fondeado en Ancud, el buque americano *Florida* estaba listo para firmar su rendición. Sus propios subalternos habían reducido a Cambiaso. El abandono de cientos de hombres y mujeres a morir de hambre en los “desiertos de hielo” era una idea brillante en la mente trastornada del dizque general, pero no obtuvo el aplauso del resto de los amotinados. Muchos se replantearon sus acciones tras dejar atrás al *Elisa Cornish*. Después de fuertes discusiones sobre a qué dirección navegar y de la intempestiva muerte de uno de los sargentos a puñaladas por mano del propio Cambiaso, el resto de los soldados planeó la rebelión definitiva. Atacaron su camarote de madrugada, dejándolo herido y atado a su propia litera. También apresaron a sus cómplices de mayor rango y decidieron entregarse a las autoridades sin condiciones.

“A Cambiaso lo colocaron luego en la bodega, con esposas en las manos, un balde con agua, otro para sus necesidades, medio saco de galleta i un poco de charqui crudo; la misma operación se hizo con los mas peligrosos de sus jefes, que eran ya carne predestinada del patíbulo, asegurados con pesadas cadenas y poniéndolos en distintos lugares enteramente incomunicados. Cambiaso i los otros demostraron mucha cobardía cuando los tomaron, porque despues de haberles sacado las mordazas, lloraban i suplicaban con lágrimas en los ojos, pidiendo que por Dios no los fusilaran”.

El 23 de febrero la justicia militar inició el proceso. Cambiaso únicamente aceptó su responsabilidad en el motín de Punta Arenas y la posesión forzosa de los buques extranjeros,

pero culpó a sus cómplices del resto de los crímenes, incluido el ataque al Fuerte Bulnes. Mediante algunos documentos y sobrados testimonios —bitácoras, diarios personales de soldados, periódicos locales y confesiones firmadas— pudo comprobarse la verdadera autoría y condenar a quien correspondía. El Consejo de Guerra confirmó la pena de muerte para él y siete de sus sargentos, así como el presidio perpetuo en la isla Juan Fernández para sus sublevados de primera línea. El 4 de abril de 1852, en uno de los muros externos de la cárcel de Valparaíso —visible desde el mar y los cerros vecinos—, Miguel José Cambiaso fue fusilado a múltiples disparos ante la atenta mirada de cientos de chilenos. Luego lo colgaron contra la pared de ladrillo para su degradación pública y fue descuartizado a hachazos días después, con tal de sentar precedente en la justicia naval.

“La clemencia no fué echada en el fondo de nuestro sér por la mano de los ánjeles para otorgarla a los reos de eterna maldad, i será por esto, i para escarmiento i aviso saludable de venideras edades, que la imájen, la memoria i el nombre de Miguel José Cambiaso quedarán eternamente suspendidos, en el dintel de fuego en que aguardan los malos el fallo definitivo i misericordioso del único que posee, rodeado de temerosos e indescifrables arcanos, la omnipotencia del perdón. Solo Dios puede perdonar a Cambiaso. Los hombres, que tienen solo la delegación limitada de su misericordia, jamas por jamas!”.

—Se ordenó la reconstrucción de Punta Arenas casi inmediatamente después del juicio —explicó el hermano Liam—, pero el Fuerte Bulnes fue omitido de cualquier empresa consiguiente. Hicieron inventario del desastre y revisaron los escombros por supervivientes. Nada más.

—¿Cómo se explica tamaña negligencia? —se indignó Paula.

—Es mi parecer que el ataque cobarde al doctor Kleist y sus enfermos, más el escabroso reporte que hizo la Armada *a posteriori*, confirmaba las supersticiones sobre la *maldición* que pesaba en la península —aventuró, cerrando el relato— y por eso la gobernación eludió su responsabilidad de recuperarla. Prácticamente la eliminó del mapa. Nadie volvió aquí jamás.

La baronesa de pronto sintió que había escogido muy bien a su nuevo mejor amigo.

—Mayor mérito el suyo y de sus hermanos, entonces, por haber decidido una zona tan hosca y un lugar tan condenado como este para llevar a cabo su misión cristiana.

El prior, de pie junto a un grueso pilar de madera que contenía un sagrario de mármol, negó sutilmente con su cabeza.

—Éramos ignorantes sobre la existencia de este fuerte. Jamás fue nuestra intención quedarnos en el extremo sur de Chile, únicamente cruzábamos el Estrecho. Íbamos en buque hasta Montevideo, en Uruguay.

Paula se desconcertó.

—¿Y cómo es que terminó aquí?

Liam Fonsêca inspiró profundo.

—Acogemos a hombres y mujeres arrojados a morir en el mar austral… porque nosotros, un día de 1865, también lo fuimos.

VII

1 de julio de 1905
Matinée
Vía Damna, Estrecho de Magallanes

Paula de Ferrari se sobresaltó por enésima vez desde que había decidido poner un pie en la *Vía Damna*. No tenía conocimiento de la tragedia que el hermano Liam estaba a punto de relatarle.

Tras el término de la guerra civil norteamericana, once de los diecisiete crucíferos que fueron parte de la misión sanitaria —incluido Bastiam— tomaron la decisión de regresar a Portugal. Suponía un gran riesgo, aún era una época incierta para religiosos exiliados tras el decreto de extinción canónica, pero querían intentarlo. A mediados de 1865, en el puerto de California, Paula y Liam se despidieron: ella se quedaría un tiempo más, pero no volvería a su Italia natal pues probaría suerte en Sudamérica, específicamente en Valparaíso, una emergente ciudad en Chile cuyo puerto ya era un favorito de los británicos y donde la Orden de los Carmelitas Descalzos requería una religiosa con experiencia para la formación de novicias. Una madre maestra. No volvieron a saber nada uno del otro hasta que Bastiam dio con el paradero de Paula en 1904. Así se enteró ella de que los crucíferos habían decidido instalarse finalmente en la gélida región de Magallanes, al sur de Chile, aunque jamás supo qué poderosa razón los había llevado hasta allá.

Ahora lo sabía.

Hizo un gesto de auténtica aflicción.

—¿Su barco naufragó, hermano Liam?

El crucífero asintió suavemente. Era un recuerdo complejo, pero no tendría que atravesarlo en solitario. Su refuerzo llegó justo a tiempo.

Una sombra distorsionó la luz que entraba desde el umbral de la capilla, provocando que ambos voltearan. Un ruido agudo y reiterativo se hizo cada vez más prístino alrededor de los ancianos. Dos personas entraban al espacio compartido sin aviso.

—Besayún —saludó el religioso, sonriendo—. El paseo al sol de hoy fue breve, veo.

Lo que para el religioso era una imagen cotidiana, para Paula era material recogido directo de alguna pesadilla. En una muy rudimentaria silla de ruedas, de madera carcomida y pequeñas ruedas de hierro oxidado, una persona envuelta en un grueso velo blanco, sucio de barro y orina, con incluso algunas marcas de sangre, asentía en un cadente vaivén de cabeza. Hizo un sonido gutural que solo el prior descifró, mientras un hombre de hábito y poncho de lana empujaba la silla con esfuerzo. La baronesa aguantó la respiración con los párpados apretados hasta que una mano en su hombro la hizo reaccionar.

—Ya se acostumbrará —le dijo el hermano Tadeu, sonriente y comprensivo, acuclillándose junto a ella—. Dichoso soy de que Nuestro Señor me permita estar nuevamente en su presencia, madre.

—Preferiría no acostumbrarme nunca, hermano. Muchas gracias —suspiró la anciana, dándole unas palmadas en el rostro—. Y por favor, *Paula*, *Paula*. Hace años que soy una simple laica.

—Lo sé, pero es más conveniente *Sor* o *madre maestra*, mientras siga de visita por aquí.

Tadeu da Costa era un crucífero de risa fácil, manos grandes y barba abundante. En la guerra se había jactado de sus dotes carpinteras, construyendo desde cabestrillos hasta camillas y techos, así que lo más probable es que esa curiosa silla móvil, endeble pero útil, fuera de su autoría. Tenía dieciséis años cuando ingresó a la Orden de Canónigos Regulares de la Santa Cruz en Coímbra y también era huérfano, como Bastiam. Así lo conoció la excarmelita, como un chiquillo largo y enjuto pero muy vital, corriendo entre las tiendas de campaña. Ahora lucía la piel agrietada de un hombre de sesenta y tantos años que había vivido más tragedias de las que quisiera recordar.

—Le presento a Besayún, nuestro residente más antiguo —habló Liam desde su esquina.

La misteriosa figura cubierta por el velo movió su cabeza hacia Paula. No había agujeros en la tela, ni para los ojos ni para la boca, lo que lo hacía aún más escabroso. Era imposible saber qué o quién estaba ahí abajo, siquiera si seguía respirando.

Paula apretó los labios, concentrada en no hacer un papelón.

—Buenos días, señor Besayún —lo saludó ella, con las sílabas trapicadas. El segundo de los crucíferos no pudo evitar una leve sonrisa y ella lo apuntó con su bastón—. No es gracioso, Tadeu.

—Excúseme, madre. No creí ver jamás a Sor Paula Elena de Ferrari… asustada. Ni imagino cómo reaccionó frente a Odetta.

—No estoy asustada —negó, con el ceño fruncido—. Simplemente estoy… alerta.

—Alerta es la actitud más correcta en este lugar —la confortó Liam—, y el hermano Tadeu debería recordar que nosotros llevamos cuarenta años aquí, mientras que Sor Paula aún no cumple el par de horas. Esperaría, en adelante, más humildad en sus comparaciones.

Tadeu acusó la reprimenda y bajó la mirada. Se enserió en el acto. Arrastró la silla de ruedas de Besayún hasta la esquina donde estaba el brasero encendido y, una vez ubicado, ambos religiosos caminaron hasta la esquina contraria, donde doña Paula seguía anclada al banquillo de madera. Hablaron en voz baja.

—Usualmente toma una siesta a esta hora. No la molestará —le explicó Tadeu, algo cohibido.

El prior entrelazó sus manos sobre su regazo.

—Es un exsoldado. Debe tener ochenta o noventa años… Es un milagro que siga con vida en sus particulares condiciones. Es uno de los dos únicos sobrevivientes tras la destrucción del fuerte.

Paula tuvo que contener la ira.

—¿Es un amotinado de Cambiaso?

Antes de que Tadeu preguntara a la baronesa cómo es que se había enterado sobre el malnacido de Cambiaso, notó el preciado libro de don Benjamín Vicuña Mackenna en las manos del prior. Dedujo que él ya le había adelantado buena parte de la historia del fuerte.

—Probablemente —aceptó Liam, más preocupado de que la baronesa no se alzara de repente para golpear al *fantasma* con su bastón—, pero nunca lo sabremos con certeza.

—Lo encontraron semidesnudo, balbuceando incoherencias y abrazado a un fusil sin balas —continuó el segundo crucífero, sentándose luego lentamente en el banquillo de madera junto a la anciana—. Intentó quitarse la vida con él.

Le explicó que, en la madrugada del 30 de enero de 1852, casi un mes después de la

destrucción intencional del Fuerte Bulnes, la corbeta *Constitución*, al mando de su capitán José Anacleto Goñi, recaló en Puerto del Hambre. Una brigada de tres guardiamarinas, un alférez y un *oficial detall* tenían la orden y autorización del jefe de la división naval, capitán Santiago Jorge Bynon, para inspeccionar las ruinas, realizar inventario de las existencias a la fecha —desde humanos hasta animales, armas o víveres— y proceder a maniobras de rescate o recuperación si ameritaba el caso. El diario del oficial Francisco Hudson Cárdenas, con veintiséis años recién cumplidos y más de siete al servicio de la Armada de Chile, fue esencial para comprender la magnitud del desastre y lo profundo de la desolación en el lugar. Extractos de sus crudos pasajes serían incluidos como testimonio y prueba fehaciente en el juicio contra Miguel José Cambiaso meses después.

Hudson fue el primer hombre en entrar al Fuerte Bulnes tras la tragedia y jamás lo olvidaría. Fue el primero en ver a una mujer desnuda ahorcada en el risco, a un hombre delirante con el cañón de un fusil en su boca y a una niña llorando en distintos tonos e idiomas, todo como sacado de un versículo del Apocalipsis.

Paula se persignó con los ojos cerrados. Liam retomó el relato.

—Hallaron a Besayún escarbando entre la madera calcinada. Desvariaba, no recordaba su propio nombre. Estaba apenas protegido por la chaquetilla de la milicia y unas botas, nada más. No saben cómo no murió de frío. Buscaba morir por una bala, en realidad, pero no pudo encontrar ninguna en todo el predio para cargar el fusil, y la brigada de la Armada tampoco le proporcionó una, por cierto.

—¿Recordó su nombre después? ¿*Besayún*? —asumió ella.

—No, no. Jamás volvió a sus cabales… De hecho, hace un tiempo dejó de hablar por completo. Tenía una tos muy grave y creo que afectó su garganta de forma irreversible.

—*Besayún* es lo único que repetía —le explicó Tadeu—. *Besayún, besayún.* Así lo bautizaron. Quizá se negó a cumplir alguna orden, se peleó con algún compañero o fue testigo de algo que no debía… Hudson encontró a varios soldados muertos en el predio, al parecer por riñas internas, así que no habría sido raro. Lo único cierto es que el hombre fue abandonado aquí por su tropa y eludió la ayuda de la Armada. No pudieron subirlo a la corbeta. Es nuestro residente cero.

El crucífero apuntó a la figura tras el velo, quien ya roncaba sentado en su silla, con la cabeza ladeada hacia la izquierda. Tras su hombro podía verse un número cero dibujado en carboncillo.

—¿Y la mujer…? —preguntó Paula, algo nerviosa.

Los portugueses compartieron una mirada de reticencia. Finalmente fue Tadeu quien se decidió a hablar.

—Greta Alcázar —dijo, nombrándola lentamente, como un sacerdote presidiendo un funeral—, la enfermera española que acompañaba al doctor Kleist. La encontraron cerca del acantilado de la costa sur… en… —dudó—… en un…

—Puede decirlo con claridad —le aseguró la baronesa, si bien sentía como suya la incomodidad del religioso.

Él inspiró entrecortado.

—La encontraron con una soga al cuello, colgada de un ñirre centenario al borde del risco —detalló, descansando los ojos en un punto muerto—. Desnuda… con cortes y golpes por doquier. Le faltaban sus orejas, sus uñas. Había signos de evidente vejación sexual. Su cuerpo sí fue llevado hasta Valparaíso para su examinación y luego repatriado por petición de su familia en Granada.

—Aunque Cambiaso negó involucramiento… varios de sus traidores lo delataron —agregó el

hermano Liam, sacando fuerzas de flaqueza—. Confesaron que interceptaron a la joven subiendo el morro desde el roquerío, que la torturaron para que revelara la ubicación de las tumbas aónikenk, del sepulcro fresco de Hakái… Se sumó a la lista de crímenes que la justicia naval tendría que ajusticiar.

Paula de Ferrari había perdido la cuenta de cuántas veces se había persignado en los últimos minutos. Se sentía como un acto reflejo que ayudaba a contener la angustia y dirigir al cielo algo de compasión. Le era muy difícil aceptar que entre la misma humanidad capaz de la bondad, generosidad y sacrificio más grande que ella misma había atestiguado muchas veces, también había especímenes dispuestos a la maldad, violencia y crueldad más oscura. Una humanidad de pecadores donde los imperdonables, esperaba, serían tachados y exiliados sin conmiseración de la lista eterna de San Pedro.

Tadeu la miró con expectación.

—¿Ya sabe que estamos en territorio indígena?

—Sí, el hermano Liam me ha puesto al corriente —respondió ella. Apuntó levemente con el mentón hacia el viejo Besayún—. Me ha explicado el asunto de los *gualichu* y los velos. Y no se preocupe, no soy quién para juzgar.

Tadeu asintió, internamente agradecido.

—¿Y también sobre *jamenke-kaañi*?

Paula, interesada, buscó la mirada del prior. Él entonces giró sobre su eje, caminó hasta el fondo de la capilla y se detuvo junto al grueso pilar. Puso una mano sobre el sagrario.

—Originalmente había nueve o diez construcciones muy sólidas de roble y lenga en el fuerte. Cuando llegamos quedaban dos a punto de desplomarse: la capilla y el establo. Tuvimos que reconstruirlos con restos chamuscados de las otras casas, más champa y paja… y entonces descubrimos esto.

Acarició suavemente el borde de lo que parecía un cubo de mármol negro jaspeado. Tenía algo similar a una cruz de malta tallada en la tapa delantera.

—El mármol es capaz de soportar altísima temperatura —comentó ella, curiosa—. Intuyo que se quemó todo ese muro, pero el sagrario resistió. Bendito sea el Señor.

Liam asintió, contento.

—El oficial Hudson no lo incluyó en su reporte. Estaba bajo mucho escombro, suponemos que no lo detectó. Permaneció escondido por más de diez años, hasta que nosotros lo descubrimos.

—¿Y tenía algún elemento santo a resguardo?

—*Santo*, no, pero sí muy valioso.

Abrió el contenedor con cuidado. De adentro sacó una gruesa libreta, muy antigua, tomándola con ambas manos y estrechándola luego contra su pecho con la suavidad que merecería un trozo de cristal. Al acercarse de regreso a doña Paula, le ofreció el objeto para su observación, porque algo saben los italianos sobre confección artística.

Ella admiró la pieza atentamente: era una pila de papel grueso de Fabriano con exquisita encuadernación inglesa, es decir, cosida a mano con cubierta en tela de percalina sobre cartón, adornada con impresiones doradas. En la esquina inferior derecha de la tapa había dos letras grabadas: M y K.

—¿Matthäus Kleist?

Los religiosos asintieron al unísono.

—Es su bitácora —confirmó el hermano Liam—. Posee un relato intermitente de sus días al servicio de la República de Chile, desde su llegada con los colonos originales en 1843 hasta el

día mismo del ataque al fuerte, pero su uso principal fue sanitario. Hizo fichas muy minuciosas de cada paciente que trató en todos esos años; incluyó ilustraciones, documentos, todo lo que sirviese para complementar.

Con delicadeza, Paula abrió la libreta en una página al azar. La letra del médico prusiano era de trazos gruesos pero elegantes, en líneas más bien separadas con una leve inclinación hacia arriba. Estaban escritas con carboncillo, lo que ensuciaba muchísimo el papel. Si hubiese tenido pluma y tinta a su disposición, su caligrafía habría podido apreciarse de mejor manera, pensó la anciana, así como algunos de sus garabatos en los márgenes o sus ilustraciones, toscas pero claras, las cuales exhibían rasgos físicos de sus enfermos o procedimientos quirúrgicos.

La excarmelita recordó el comentario de Bastiam.

—El padre del gobernador debe estar en alguna de estas entradas. Él murió aquí, ¿no?

—Eso dicen —confirmó el prior—. Octavio Ferrogués, un soldado de tercera orden. Fue un paciente del doctor Kleist en 1851, sí, pero su ficha está trunca. Solo consta el tratamiento de una fractura, pero no dice si fue dado de alta o si regresó con otro tipo de dolencia. La página fue arrancada.

Con su dedo índice, pasó varias hojas hacia atrás hasta uno de los primeros registros. Efectivamente, ahí estaba el susodicho, pero el papel de enfrente estaba rasgado.

—Hay varias fichas en ese estado. Quizá el doctor cometía algún error en la información o en las ilustraciones y simplemente prefería no dejar rastro. De cualquier modo, me alegro que haya dejado algunas hojas remanentes al final, pues ahí hemos ido escribiendo las pequeñas fichas de nuestros arrojados desde 1865 —le mostró Tadeu, adelantando algunas páginas.

—Pero lo más interesante de la bitácora —se apresuró Liam en agregar— son las anotaciones del doctor sobre la cultura aónikenk. Y sobre Hakái, la mujer que decidió quedarse aun después de que su tribu fuese diezmada y desplazada de la península. Era una *shoikn*, una experta curandera.

Aún con la gruesa libreta en manos de Paula, el prior movió varias páginas hasta llegar a las iniciales. Todas las entradas tenían fecha y su desarrollo era desigual. A veces había apenas un párrafo de descripción por día, otras veces ocupaba varias planas. Liam puso su dedo sobre una línea en particular: era la entrada del 30 de diciembre de 1845.

Los ojos de la excarmelita empezaron a leer aun cuando el crucífero no había dicho ni una sílaba. El relato la atrapó de inmediato: ocupaba solo tres cuartos de la página y estaba curiosamente manchado por unas marcas redondeadas que difuminaban las letras, si bien se mantenían suficientemente legibles. Parecían gotas de lluvia.

Siguió leyendo.

Eran lágrimas.

Con palabras desgarradoras, en un champurrado de castellano y alemán, el doctor Matthäus Kleist narraba un episodio terrible: su esposa Liesel, con ocho meses de embarazo, había comenzado trabajo de parto en mitad de una dura tormenta de granizo. El bebé venía volteado y todo se complicó. Perdió mucha sangre. Odetta nació el 30 de diciembre, cuando el reloj marcaba las diecinueve con cincuenta y seis. Su madre murió a las veinte en punto.

Hakái estaba ahí. Había ostentado un rango de liderazgo en su clan por sus habilidades sanadoras —los aónikenk no reconocían a cabecillas ni escalafones piramidales, ya que las decisiones eran comunitarias, pero sí se escogían líderes para actividades puntuales, como la dirección de la cacería o la curación de dolencias—, lo que evitó que tras su captura por los militares del fuerte fuese reducida a una simple esclavitud doméstica. Les era más útil como

asistente del doctor. Además, su cercanía a Liesel Kleist le dio ciertos beneficios. La prusiana era la única mujer embarazada del asentamiento y por lo tanto se le asignaron cuidados especiales. Hakái se transformó en su sombra. Mientras otras mujeres aónikenk aprovechaban descuidos de los guardias para escapar —o sacrificarse, lanzándose al roquerío—, ella decidió quedarse, no solo por los enfermos que ayudaba a sanar, sino porque profundizó un extraño lazo con el matrimonio europeo que solo después de la muerte de Liesel cobraría sentido…

La criatura tenía apenas unos minutos de nacida, amoratada y con rastros de sangre y placenta, cuando la *shoikn* se la quitó al doctor de las manos y la posicionó sobre el pecho desnudo del cadáver de su madre. Al contacto de la piel aún tibia, estalló en llanto por primera vez. La niña se aferró al seno de Liesel buscando alimento, y mientras la prusiana de a poco tomaba un tono más azuloso y marchito, la niña adquiría rubor. *"Me abrumó el desconsuelo, mi mente se nubló, pero donde yo solo vi muerte, Hakái vio vida"*, escribió Matthäus.

—Hakái es la única madre que Odetta conoció —comentó Tadeu.

—Y Odetta es la única residente original del fuerte que sobrevivió al desastre —dedujo Paula, parafraseando luego al oficial Hudson—: La niña que gritaba…

El hermano Liam asintió.

—El reporte dice que la niña declaraba nueve nombres diferentes, y de sus arrebatos, el oficial Hudson reconoció al menos cinco idiomas, incluida una lengua nativa que no supo identificar. Tiempo después se estableció que era el aónikaish.

—Aprendida de su *madre* —añadió Tadeu.

Desde ese trágico día de muerte y vida, Hakái tomó como prioridad la supervivencia de la recién nacida y acaparó una cabra del establo para asegurar su provisión de leche, a pesar de la tirria de los pocos colonos que quedaban. Matthäus le exigió que estuviese con Odetta bajo su vista a todo momento. Comenzó a pasar cada vez más tiempo con él, primero en la abandonada capilla cuidando a los enfermos que llegaban desde Punta Arenas, y luego en su cabaña. Compartieron meriendas, lecciones de alemán, castellano y aónikaish, y hasta discusiones médicas. También la cama.

Casi cinco años más tarde, el 27 de noviembre de 1851, la *shoikn* Hakái decidía terminar con su agonía por fiebre tifoidea, enfermedad que había matado ya a otros dos pacientes, y pedía al doctor Kleist su asistencia para ese fin. Confió en él cierta información y precisas instrucciones respecto de lo que tendría que hacer, con tal de asegurar el paso de la indígena al siguiente plano.

Paula arrugó la frente.

—¿*Decidió* terminar? ¿Qué instrucciones?

—Era su derecho tribal —explicó Liam—. *Jamenke-kaañi*. El ritual de la muerte asistida.

Según la cosmología aónikenk, *Kooch* era el ser supremo, todopoderoso, creador de todo lo existente, y había otorgado pleno libre albedrío a sus criaturas, condenándolas a ser las únicas dueñas de las consecuencias de sus decisiones. Entre ellas, la muerte voluntaria era una decisión habitual, pues estaba conectada al honor. Agonizar de una dolencia restaba serenidad y una vida mal vivida dejaba de ser digna. La decisión debía tomarse en pleno uso de los sentidos y comunicarse al familiar más cercano o a alguno de los liderazgos del clan. Una vez notificados, se preparaba todo lo necesario para el *Jamenke-kaañi*.

El primer paso era desnudar a la persona y quemar todas sus pertenencias que la ataran a lo terrenal. No debía quedar huella de su paso. Si tenía algún animal doméstico bajo su responsabilidad, como un perro o caballo, este también debía morir, ya que se esperaba que acompañara a su amo en el camino al siguiente plano. Luego se acostaba sobre un manto de

cuero de guanaco y se encomendaba a *Kooch* para ser recibido por él en el plano espiritual. Para eso, había que llamarlo: *Allotoi uenenjeme Kooch.* Como no se permitía la presencia de niños en la ceremonia —por ser cuerpos extremadamente vulnerables a movimientos espectrales—, eran los primeros en despedirse. También podían restarse los más ancianos. Recién entonces alguien de confianza extendía a la persona recostada lo que debía beber: cicuta, adelfa, ricina… Había varias plantas venenosas y mezclas de sustancias vegetales que provocaban parálisis o asfixia, y se procuraba manejar la dosis para que el efecto fuese lo más rápido posible. Una vez ingerido y sabiendo que el deceso era inminente, familiares y amigos rodeaban a la persona, despidiéndose por turnos y cantando *Allotoi uenenjeme Kooch* mientras alguien se encargaba de una importante acción: poner al cuerpo en posición fetal, a veces asegurando sus talones o muñecas con cuerdas de tripa de guanaco, para luego envolverlo de forma ajustada, como un capullo. Así se le velaba durante un día completo, pues se creía que cuando el alma abandonaba el cuerpo, deambulaba por los alrededores en confusión y podía tanto partir al otro plano como volver al pecho. Si el alma se alejaba definitivamente, a la siguiente salida del sol se procedía al entierro.

En una fosa no muy profunda se esparcía arcilla roja, el cuerpo ya amortajado se posicionaba con el rostro mirando hacia el oriente y se le mullía con comida o utensilios que pudiese necesitar en el otro plano. En las tumbas femeninas era usual añadir vestimenta ritual y joyas; en las masculinas, boleadoras o cuchillos. El sepulcro debía estar lo más alejado posible del área de vivienda o uso común del clan, con tal de que la actividad de los vivos no perturbara a los muertos, y proteger asimismo las sepulturas de posibles violaciones. Una tumba profanada significaba que esa alma demoraría en *cabalgar* hacia *Kooch*… o nunca lo haría. Por último, el nombre de la persona fallecida no volvía a pronunciarse jamás: la identidad era otra forma de lazo con lo terrenal, y por lo tanto debía morir, al igual que el cuerpo.

En las circunstancias de Hakái, sabía que no podían cumplirse con minuciosidad todos y cada uno de los detalles, pero se aseguró de que el doctor realizara lo mínimo necesario para que funcionara, y que, por supuesto, jurase nunca revelar la ubicación de su sepulcro.

Paula calculó las fechas en su mente.

—Pues suerte tuvo de tomar su *decisión* antes de que sucediera el ataque. Murió en paz, no como el doctor y los otros…

Tadeu iba a hablar, pero el hermano Liam lo detuvo con la mirada. Había que hacer una pausa.

Inspiró profundo y atisbó rápido hacia el umbral de la capilla. Dos arrojados bajo sus velos pasaron raudos por ahí, curiosos, pero quizá más asustados por la baronesa que ella por ellos.

Quedaba un sitio importante que mostrar y había que aprovechar las horas de luz.

—Venga. Demos un paseo.

El prior, con un gesto amable, pidió a la baronesa que le regresase la bitácora. Ella la cerró lentamente y se la entregó. Una vez que el crucífero la hubo reubicado en su cubículo de mármol, obviaron los ronquidos de Besayún y salieron, regresando al viento fuerte y el sol esquivo de Magallanes.

VIII

1 de julio de 1905
Vermouth
Vía Damna, estrecho de Magallanes

Al oriente de la capilla y con vista despejada hacia la costa norte, había otro gran terreno de cultivo fallido. Los primeros colonos intentaron de todo, usando semillas que habían seleccionado y traído desde Ancud. Durante años plantaron en distintas épocas, experimentando, ilusionándose, asesorándose por observaciones meteorológicas, tratando de ganarle al frío y la nieve… Pero fue un derroche enorme de dinero, tiempo y energía. El historiador Vicuña Mackenna lo había dicho de forma certera en su libro: el Fuerte Bulnes era una pequeña Siberia. Y justo ahí, donde nada quiso crecer, topando en la cerca del lado este del fuerte, los residentes armaron un espacio de tristeza y calma a la vez: su propio camposanto. Era el único trozo de todo el predio que la furia de Cambiaso no arrasó; él era un declarado cristiano, como muchos de su tropa, por lo que habría sido una imprudencia difícil de perdonar.

Doña Paula no dudó en meter sus botines y su bastón al barro para avanzar. Era un terreno con cierto desnivel y había que pasar algunos charcos para llegar a la planicie donde estaban las tumbas. Sobre ellas, dos grandes canelos actuaban como guardianes de la sombra e interceptores de nevazones, aunque no lograban ofrecer demasiado cobijo, pues el silbido incesante de la ventolera no dejaba a nadie mantenerse en pie ahí durante mucho tiempo.

Al detenerse frente a las hileras de pequeñas cruces descoloridas e irregulares, los tres se persignaron. Eran al menos unas treinta o cuarenta. En algunas de ellas había nombres tallados, en otras solo fechas. En otras había pequeñas flores de largos tallos y pétalos estrellados salpicados de púrpura: azucenas. Podían apreciarse algunos objetos colgando de los trozos de madera: un reloj de cadenilla, un zapato con tacón, un botón de cobre, una cinta de seda, un camafeo, un monóculo. Desteñidas y quebrajadas reliquias de sus dueños que se habían transformado en talismanes, recordatorios fuertemente simbólicos de todos aquellos expulsados y rechazados que encontraron en ese fin del mundo un refugio frágil, pero refugio después de todo, para pasar los últimos días de sus vidas.

—Al correrse la voz de que la gobernación no haría intento de recuperar el fuerte después del reporte de la Armada, y que además habían quedado ahí un hombre delirante y una niña *poseída*, es cuando empezó realmente a correr el nombre de “Vía Damna”. Ya era costumbre abandonar infecciosos en lugares desolados, pero desde 1852 este lugar se convirtió en la esquina *oficial* del estrecho de Magallanes para que los buques de carga o pasajeros se liberaran de sus indeseados: virulentos, alienados, polizones… Cuando nosotros llegamos, había tres arrojados tratando de sobrevivir entre las ruinas. En cuatro décadas hemos recibido a más de setenta marginados de todo tipo. La mayoría descansa aquí.

Entonces Liam alzó su brazo y pidió a la baronesa que se fijase en las filas del fondo. Se acercaron. Parecían ser las más antiguas del cementerio. Apuntó al grupo de la esquina norte:

eran ocho cruces medianas, perfectamente iguales, con el mismo trazo en los tallados. No podía ser coincidencia.

—Euclides Cifuentes —apuntó a la primera tumba, alzando la voz para competir con el viento. Paula observaba atentamente mientras intentaba sujetar el pañuelo en su cabeza. Él se fue moviendo hacia las restantes, señalando una a una—: Perpetua Díaz, Louis Marchiset, Jane Campbell, John Campbell, Ana Carmen Sanz, Carlos Sanz, Dominik Rudi.

La excarmelita asintió suavemente.

—Me alegro de que al menos la Armada les diera santa sepultura.

—Eso es *medianamente* cierto —dijo el hermano Tadeu—. La brigada del oficial Hudson enterró los cuerpos amortajados cuando los encontró, sí, pero las tumbas ya estaban dispuestas desde antes. —Dio unos pasos hacia adelante, se inclinó y tocó la cruz de Perpetua Díaz con su dedo índice—. ¿Reconoce el trazo del doctor?

Sorprendida, se inclinó también y buscó similitudes. Aunque escribir con lápiz de carbón de leña no se comparaba a tallar madera, sí había coincidencias clarísimas en los recovecos de las letras *p, d* y *z*. Era sin duda el puño de Matthäus Kleist.

—Preparar fosas con antelación es la pérdida de toda esperanza —comentó Paula, sombría—. No juzgo el pesimismo del doctor, creo comprenderlo, pero…

—La esperanza, sí, pero no la dignidad —le aseguró el hermano Liam— … pues siguieron a Hakái poco después.

Paula demoró un segundo en entender. No pestañeó.

—¿Cometieron… suicidio? ¿Todos?

—Voluntario y consentido —complementó el hermano Tadeu, en un tono suave para confortarla—. La mejor solución que creyeron hallar.

Desde que se enteraron de la toma del poblado de Punta Arenas por soldados amotinados —gracias a la llegada intempestiva al fuerte de una enfermera española, Greta Alcázar, quien había alcanzado a huir—, el clima se enrareció. Algunos de los convalecientes, entre ellos un par de militares de bajo rango, dejaron el fuerte para unirse a la causa de Cambiaso. Para Hakái, quien en esas fechas ya llevaba días en agonía, era evidente que los *shauealenk* arrasarían con Fuerte Bulnes en cualquier momento, pero el doctor Kleist se resistía a creerlo. ¿Para qué un desalmado como Miguel José Cambiaso querría perder tiempo en unas cuantas casas abandonadas y un puñado de enfermos? Hace años que ya no había nada valioso ahí y ninguno de los últimos moradores, ocho pobres postrados, eran una amenaza para el soldado. ¿Qué caso tenía? Fue entonces cuando Hakái, antes de su *Jamenke-kaañi*, confió a Matthäus lo que él ignoraba: que en la península de Santa Ana existían muchas tumbas indígenas escondidas, especialmente de fines del siglo XVIII, y que por la leyenda de oro contenido en ellas, eran blanco constante de navegantes cazafortunas. La construcción del fuerte chileno, paradójicamente, había contribuido a ahuyentar a los mercenarios, pero ahora que ya no había colonos ni milicia ni ningún obstáculo, las historias regresarían a los oídos incorrectos, a las mentes de los soldados equivocados, y destruirían, quemarían, matarían a cualquiera que se interpusiese. Era imposible saber cuándo vendrían, pero vendrían, y él debía estar preparado para luchar o entregarse… o una tercera opción.

Antes de su propia muerte concertada, el doctor pidió a la *shoikn* que hablase con los postrados sobre *Jamenke-kaañi.* Era una figura querida y respetada por ellos; atendieron cada palabra y no lo dudaron. A Matthäus le sorprendió cuán rápido todos expresaron no solo su aceptación sobre ese posible ritual, sino también su agradecimiento por permitirles tomar esa decisión. No quería

ser responsable de la condena eterna de sus enfermos y lo repitió en su bitácora en distintas entradas, como si buscase cerciorarse de que confiar en la sabiduría indígena era la única salida. Ya había accedido a protegerlos de los *gualichu* mientras vivieran y ahora protegería sus almas al morir, aunque tuviese que partir con ellos. La enfermera Alcázar no estaba de acuerdo, intentó disuadirlo hasta el final, pero su convicción era inamovible. Al aprender la cosmología local, para él muchas cosas sobre la vida cobraron un nuevo sentido. Y sobre la muerte. La de los otros. La suya.

Hakái preparó solución de adelfa para ella y dejó suficiente para el resto. Ya todos sabían qué hacer. Llegado el momento, Greta escaparía con Odetta hacia el sur, explicó el prior. "Han llegado tras el último arrebol. Estamos listos. *Allotoi uenenjeme Kooch"*, fue lo último que escribió Matthäus Kleist en vida, con fecha 2 de enero de 1852.

Paula apretó su bastón. No solía permitirse las lágrimas en presencia de otros. Las enjugó con su pañuelo.

—Drásticas escenas nos deparará siempre la guerra —pronunció, volteando para disimular su gesto. Sin ser partidaria de tomar la vida por mano propia, no se atrevía a condenar tal acto tan tajantemente como su credo lo imponía. ¿Acaso esa decisión no era parte del libre albedrío, uno de los mayores regalos que el Todopoderoso había entregado a sus criaturas?—. En tiempos atribulados, decisiones complejas. No seré yo quien les llame pecados.

—Ni nosotros. Por eso, en la *Vía Damna* la voluntad del enfermo se respeta. Si espera su muerte natural, estamos con él hasta su último aliento. Si elige una muerte voluntaria, estamos para acompañar y bendecir su partida —respondió Liam. Recordaba con precisión más de un caso en Norteamérica, con adolescentes en uniforme llorando antes de salir a la línea de lucha. Algunos prefirieron la muerte por propia mano que la violencia de la muerte súbita, y en esas crueles circunstancias, el prior no dudó en otorgar la extremaunción a muchos que temblaban con su fusil cargado, sin importar si lo usaran contra otro ser humano, o contra ellos mismos…

La baronesa pensó un momento. Se echó hacia atrás para ver los sepulcros en conjunto. Contó en silencio. Revisó hacia los lados, las otras cruces, los otros nombres.

—¿Dónde sepultaron al doctor?

—En ningún lado —respondió el hermano Tadeu, con calma—, pues no hay cuerpo que sepultar.

La anciana cerró los ojos, conmocionada. Liam apoyó su mano en la cruz de Euclides. Algunas nubes densas comenzaban a tapar el sol.

—Por confesiones de algunos subalternos de Cambiaso, sabemos que el doctor opuso algún tipo de resistencia, pues fue trasladado muy malherido al buque *Florida* —explicó el prior—. Desde ahí se le pierde la pista. Puede que haya estado en el grupo que fue abandonado en la bahía Wood. Y si falleció por complicaciones en el camino, su cuerpo fue lanzado al mar con seguridad, a la usanza habitual. Cuando se recuperó ese barco meses después y se pasó lista de toda la tripulación, incluidos amotinados y rehenes, él ya no estaba. Figura oficialmente como "Sin paradero conocido", pero la Armada le otorgó una Medalla al Valor póstuma que, entiendo, fue derivada a su familia por el embajador del reino de Prusia.

Ella se persignó, imaginando que el dolor inconmensurable de perder a un ser querido se duplicaba o triplicaba al no tener un lugar donde rezarle o dejarle una flor. Las tumbas simbolizaban eso: un final concreto, tangible. Un cierre formal de ciclo. Cuando no hay cadáver ni tumba, ¿cómo se cierra? ¿Es posible realmente? Pensaba en todos aquellos cuerpos que, durante la guerra, quedaban tumbados en tierra enemiga y no podían recuperarse. Había esposas,

hijos, hermanos esperando por restos que jamás llegaban. ¿Puedes llorar lo que no ves, lo que no te consta? ¿Se puede ignorar una herida que jamás cicatriza?

Al bajar la mirada, captó un apellido familiar por el rabillo del ojo.

—Pero su esposa sí está aquí —apuntó.

En la misma hilera de los ocho, pero en el otro extremo, había una cruz un poco más delgada y alta, con un tallado tosco, aunque claro en su cometido: Liesel Adeline Kleist, 1825-1846.

—Y su hija —agregó Tadeu. La mirada cómplice que compartió con el prior hizo que Paula arqueara las cejas.

—El escape de Greta y Odetta no funcionó, es obvio. Pero ¿por qué no mataron también a la niña?

Liam frotó sus manos. Bajaba la temperatura.

—Porque nadie la vio —explicó, encogiéndose de hombros—. Ningún amotinado dijo haber visto una niña en el fuerte. Quizá mintieron, quizá no… Pero el hermano Tadeu tiene una teoría.

El más joven de los crucíferos presentes apretó los labios.

—Usted ya la conoció, ¿no? La escuchó. Bastiam dice que está poseída por demonios… Yo creo que Odetta estuvo presente en el *Jamenke-kaañi* de los postrados, y bueno, de alguna manera… no sé cómo, pero de alguna forma…

Paula llenó los vacíos.

—¿Piensa que, de verdad, esas almas abandonaron sus cuerpos y tomaron el de Odetta? —le dijo regresando la mirada hacia las ocho tumbas iguales. Los ocho de *Nueve*.

Tadeu asintió, aunque no con especial vehemencia.

—Entiendo lo extraordinario que suena, pero después de todo lo que he visto… Es que, si supiera…

—No, por favor. No es su labor convencerme. Usaré la frase del hermano Liam: ustedes llevan cuarenta años aquí, yo solo unas horas. No hay forma de que mi perspectiva del asunto sea más precisa que la vuestra —declaró con parsimonia y sinceridad—. Sin embargo, si se permite, tiendo a pensar que la explicación puede recaer en algo más simple.

—Más simple que la necesidad de un exorcismo, espero —se preocupó el hermano Liam. Ella hizo una mueca parecida a una sonrisa nerviosa.

—¿No han pensado que se trata nada más que de una niña, y ahora adulta, profundamente trastornada? Vio arder su hogar, probablemente vio el ataque a su padre, es posible que haya presenciado la muerte de todos esos enfermos a los que conocía muy bien. Recrear sus voces y personalidades quizá le trae algún consuelo —aventuró, recordando luego el artículo de *El Magallanes*—. Los austríacos que quieren comprar este lugar hablan de *hysteria disociativa*. No soy ninguna experta en alienados, pero consideraría el diagnóstico.

Paula de Ferrari solía jactarse de tener muy buena memoria. Aun con sus avanzados años creía no haber perdido el don, pero este tipo de momentos era de aquellos que sembraban dudas sobre el inicio de su senilidad, pues no recordaba haber visto, en todo su año juntos en la Guerra de Secesión, un gesto tan iracundo en el rostro del prior como aquel que estaba presenciando ahí, ahora, con el viento magallánico levantando su abrigo.

—Es una absoluta vergüenza que un hospital, ¡un hospital supuestamente serio! y sus prominentes doctores crean que pueden diagnosticar a una persona con tan solo pasar un breve momento con ella —se enojó Liam, agitando la cabeza—. Cuando vinieron aquí apenas hablaron con nosotros. Ninguno de la comitiva sabía una palabra de castellano. La observaron desde lejos, sin siquiera cruzar la cerca, y no indagaron en ningún antecedente. El gobernador Ferrogués

también ha venido varias veces, pero jamás se ha detenido más de unos minutos y no deja que nadie lo acompañe… De todo mi tiempo aquí, es usted quien más tiempo se ha quedado y más información ha recibido. Me niego a creer que, con todo lo que ha oído en las últimas horas, llegó a la misma conclusión que esos extranjeros.

La excarmelita sintió que la incomodidad y la culpa le apretaban el pecho. No era una sensación usual. Ante cualquier otra persona habría sacado de la manga sus mejores argumentos, una labia pulida en cientos de discusiones con laicos y clérigos… pero, curiosamente, no tenía ahora el brío para hacerlo. La situación era inusual: creía que su interlocutor tenía razón.

—No ha sido mi pretensión ofenderlo, hermano Liam. Excuse mi atrevimiento y olvide, por favor, lo que dije… No estoy aquí para diagnosticar a nadie.

El prior respiró hondo. Relajó las arrugas en su frente.

—Perdóneme. Podrá notar que es un tema sensible.

Ella intentó distender el lío en que se había metido.

—¿Puedo preguntarle cuál es su teoría? ¿Coincide con el hermano Tadeu?

—Sinceramente… no tengo ninguna. No pretendo explicar quién es, sino aceptar quién es, aunque aún no lo logre del todo y me tome los pocos años que me quedan.

—Pero los lugareños le temen… Dicen que está loca, que es una asesina… Contribuye a que piensen que este lugar está maldito…

—Aun así, para los arrojados es un refugio libre de juicios, una morada segura —se defendió el anciano—, y eso es, en buena parte, gracias a Odetta. Ella es quien ha salvado a muchos de morir en el mar.

Paula asintió sin protestar. Era evidente el compromiso afectivo entre los crucíferos y la mujer que llamaban *Nueve*, y no había caso en cuestionarlo, pero sí necesitaba terminar de comprenderlo. Había una pieza faltante. Obvia, a estas alturas.

—¿Fue ella quien los ayudó a ustedes tras el naufragio?

Tadeu había guardado respetuoso silencio durante el último trozo de conversación, pero ahora levantó el rostro como si lo hubiese golpeado un rayo. Miró al prior y él movió su mano derecha, serenándolo. Luego giró para caminar entre las tumbas. La baronesa lo siguió por instinto.

Llegó a un espacio donde había tres de similares características. Cada cruz blanquecina de coigüe tenía solo un nombre de pila tallado, sin años consignados de nacimiento y deceso, y con un rosario enredado en la parte superior. Eran sepulturas libres de maleza, antiguas pero cuidadas.

—El hermano Gael, hermano Stefano, hermano João —apuntó. Tadeu, más atrás, se persignó lentamente, apesadumbrado—. Éramos once crucíferos a bordo del buque *Pacific* en 1865. A último minuto decidimos no volver a Portugal, era aún muy peligroso, así que conseguimos una invitación a Uruguay, donde nos acogerían los frailes capuchinos en el convento de San Antonio. Comenzamos el viaje en California, pasamos por Valparaíso y debíamos atravesar este estrecho hasta Montevideo, con una parada programada en Punta Arenas… —Hizo una pausa profunda. Su mirada se perdió en un punto vago—. No resistimos la tormenta del 13 de agosto al pasar frente al canal Magdalena. ¿Ha visto el casco de un barco partirse en dos? Es aterrador y espectacular al mismo tiempo…

Paula se mantuvo expectante. No quería decir nada inapropiado frente a un recuerdo tan duro. Tadeu tomó la palabra.

—Debíamos recalar en Puerto Montt, pues es muy peligroso navegar de noche, pero el capitán no respetó las advertencias. Aceleró en el peor momento. Estábamos muy cerca de Punta Arenas,

a una hora más o menos…

—Tengo recuerdos difusos —aceptó el prior—, solo algunas imágenes. El primer sacudón dejó las literas de cabeza. Los siguientes quebrajaron las paredes y el mar entró por todos lados. Sí, recuerdo los gritos, la sal en mi boca… No sé cuánto tiempo estuve a la deriva. No lo sé. Mi siguiente recuerdo es un brazo muy fuerte que me levantó desde el pecho y me sacó a flote. Unos segundos más bajo el agua y hubiese muerto.

La anciana miró a Tadeu. Él negó.

—Encontré al hermano Liam horas después, cuando él ya estaba en tierra. Me aferré a lo que pude y llegué nadando hasta el roquerío de San Isidro.

—No me salvó ningún hombre —aclaró el prior—: me salvó una joven.

Tenía la tez blanca como la leche y el pelo largo y muy oscuro como la noche. Demostraba una fuerza descomunal para tener dieciocho años. Cuando Liam recuperó completamente la conciencia, ella se presentó, primero como Euclides, luego como Ana Carmen. Luego un acento prusiano le preguntó cómo se sentía. El crucífero tenía tanta agua en los pulmones y tantos golpes en la cabeza que le costó un par de días reaccionar completamente a lo que estaba atestiguando.

—Ni puedo imaginar el miedo que debe haber sentido la primera vez frente a ella…

Liam hizo un gesto suave.

—Confieso una mezcla perfecta entre miedo y *fascinación* que no ha cambiado hasta hoy —sinceró.

Paula creía entender esa sensación.

—¿Y pudo salvar a alguien más?

—Éramos unas cuarenta personas a bordo… la mayoría desapareció en el mar. De nuestros once hermanos, hay siete que nunca más volvimos a ver. Del resto solo recuperamos tres cuerpos, y sobrevivimos también tres: el hermano Tadeu, yo y Bastiam.

La anciana se sobresaltó. *Bastiam*. Había olvidado completamente que él era parte de la ecuación.

—Alabado sea Nuestro Señor Santísimo. Ahora entiendo por qué le teme al mar —se afligió ella.

—Él terminó en la costa de la isla Dawson —explicó Tadeu—. Una goleta lobera lo encontró y lo llevó a Punta Arenas. Pensó que había sido el único superviviente… Nos reencontramos varios meses después, gracias a que el capitán de un bergantín llegó contando al muelle que había visto a lo lejos a dos “frailes” en la *Vía Damna*…

El anciano trató de sonreír.

—La Providencia lo había acompañado. Fue acogido por unos colonos y pudo ir a la escuela. Punta Arenas es su hogar. Tenerlo hasta estos días tan cerca de nosotros es una bendición.

Las palabras del crucífero apaciguaron el corazón de doña Paula, pero también la empujaron a sacar conclusiones.

—Entonces Bastiam quiere que salga del fuerte, probablemente le ha ofrecido comodidades, pero usted quiere quedarse a toda costa.

Asintió.

—Y le repito lo que le respondí: este es mi hogar. Le debo mi vida a Odetta y el *sentido* de mi vida a cada arrojado al mar. No quiero unirme a otra misión, quiero continuar esta, la que el Todopoderoso puso frente a mí.

La baronesa no solo podía comprender a un hombre de principios: tendía a admirarlo.

—Imagino que Bastiam lleva muchos años persuadiéndolo… Al menos es un hombre tenaz.

—Y lo queremos por eso —habló Tadeu—, pero él sabe que es una batalla perdida. Nos sorprendió que recurriese a usted como una forma creativa de insistir… Lo que no significa que no estemos dichosos de verla, sin duda.

Paula hizo una mueca de incredulidad.

—No puedo decir que haya sido una visita aburrida —sonrió—. Usted tampoco quiere irse.

Él movió la cabeza, sereno.

—En este momento hay seis personas cubiertas en velo que dependen de nuestra tozudez. Cada vez llegan menos y menos arrojados, es cierto… Ahora los barcos son más modernos y seguros, hay más control sanitario en los puertos… Quizá en unos años dejemos de ser necesarios. Pero hoy lo somos, y solo eso importa.

El cielo ya estaba cubierto por completo de nubes grisáceas. La temperatura había bajado bruscamente. Doña Paula no sabía cuánto tiempo había pasado desde que entró al fuerte, pero parecía un siglo…

El prior le ofreció escoltarla hasta la salida y ella aceptó, no sin antes mirar las sepulturas por última vez y persignarse en señal de respeto.

—Soy una apasionada propulsora de las convicciones de terceros —dijo mientras caminaban por la hierba seca hasta el límite oeste—, así que no me malinterprete, pero… Por mucho que comprenda por qué quieren quedarse, no *pueden* quedarse. La venta es un hecho.

Liam no volteó, manteniendo su rostro contra la fuerza del viento.

—¿Y qué propone?

—Hay opciones, y no solo religiosas. Hay beneficencias civiles que estarían encantadas de recibirles, no dude. Puedo hacer esos contactos. Son ustedes un grupo reducido, no es que tengamos que trasladar una ciudad entera, lo que facilita mucho las cosas. Y bueno… solo quedaría convencer a *Nueve*.

Ambos crucíferos bufaron, como conectados por la misma idea invisible.

—No lo lograron oficiales de la Armada ni cuando era una niña —respondió el hermano Liam, cuidando sus pasos al bajar por el lomaje—. Podría descender el Creador mismo desde los cielos y ella le plantaría cara…

—*Jamás* se va a ir y con justa razón —afirmó Tadeu, mirando a Paula a los ojos—, ¿no lo entiende?

—¿Porque nació aquí? ¿Por el recuerdo de su padre? ¿Por el trauma?

Él agitó la cabeza, al tiempo que el hermano Liam indicaba un atajo hacia la izquierda, atravesando uno de los sembradíos muertos. Paula y Tadeu lo siguieron.

—Usted lo dijo: tiene fama de asesina, ¿no es así? Pues la fama tiene asidero —admitió el anciano, muy directo—: Ha acabado con la vida de varios hombres que han querido entrar a la *Vía Damna* a lo largo de los años y hemos sido testigos silenciosos de su actuar.

—¡Eso es muy grave! —se impactó Paula, más que todo por el desparpajo con el que el crucífero admitía su desidia ante los hechos—. Entonces el periódico estaba en lo cierto respecto de ustedes. ¿Cómo es posible que no la denuncien y la entreguen a la justicia? ¡Encubrir también es un delito!

— … Pero ahora usted también sabe que decenas de arrojados le deben a Odetta su vida —sopesó Tadeu, hablando muy serio—. Las personas tras los velos no le temen, la respetan. ¿Cómo explica esa contradicción?

—Es una mujer muy perturbada. Impredecible. Las contradicciones son inevitables, presumo…

—Coincidiría con usted si las víctimas fuesen aleatorias. Entre los muertos no hay ni habrá mercantes de víveres ni cazadores de lobos marinos. Tampoco enfermos, puedo asegurárselo, ni misioneros religiosos… razón por la que *Sor Paula* es su mejor denominación aquí, si no quiere correr riesgos.

Paula de Ferrari bajó la velocidad de su caminata en el último tramo. Cambió su gesto de estupefacción a uno caviloso. Se sentía atrapada en una suerte de acertijo del que seguro se reprendería después por no haberlo resuelto con más agilidad.

—¿Entonces qué terrible característica compartían todos los fallecidos por su mano?

El hermano Liam sostuvo su mirada.

—Buscaban la tumba de su madre.

—¡*Madrecita*!

El huérfano y sobreviviente de naufragio Bastiam Dagalhães hacía señas con ambos brazos en alto al otro lado del límite del Fuerte Bulnes. La felicidad de ver a doña Paula en una sola pieza, sin rasguños ni daños visibles, le devolvía algo de paz. Tenía un rosario de esferillas de madera estrangulado en el puño.

—¿Cuántos misterios rezaste? —le preguntó Tadeu al llegar a la cerca, sonriéndole. Se abrazaron.

—Perdí la cuenta. Lo importante es que no ha sucedido nada que debamos lamentar —se atrevió a afirmar, aunque al ver el rostro de la baronesa más de cerca, tuvo dudas—, ¿verdad?

—Nada que lamentar sobre mi integridad física, no. Mucho que lamentar en otras índoles. Mucho que aprender, otro tanto que entender, bastante que decidir —concluyó, pensativa, y como Bastiam estaba lejos de disfrutar los comentarios crípticos, buscó los ojos del prior por ayuda.

—Dijo que tenía muchas preguntas, yo le di las respuestas —le explicó con serenidad.

—Entonces, ¿resolvieron ya qué haremos frente al desalojo?

Paula, aún con la mirada perdida, ignoró la voz del portugués y subió el mentón. Su transporte estaba detenido a unos veinte metros de la cerca perimetral. Los caballos pastaban.

—Don Abel —llamó al cochero, con el volumen requerido para sortear la distancia sin moverse—. ¿Habrá dejado Marcia algún resto de papel en el carruaje o el gobernador Ferrogués lo gastó todo en sus cuentas?

El argentino soltó las riendas y bajó rápidamente de su puesto para mirar dentro de la cabina. Luego volteó, diciendo: “¡Sí, baronesa!”. Ella le hizo un gesto para que lo llevara hasta ella.

Bastiam, confundido, retomó la conversación.

—¿Podrá ayudarnos finalmente? —insistió, preocupado.

La anciana lo tomó del rostro y le sonrió.

—Te lo prometí, ¿no?

Él asintió, intentando relajarse. Miró a Tadeu y el prior.

—Cuéntenme cuáles son sus planes.

—El más inmediato es extender el toldo de cáñamo sobre las cajas de comida en el establo, porque huele a pronta lluvia —respondió Liam, alzando la mirada al cielo.

—Me refiero al traslado, padre.

—Ah. Al menos descartamos a los salesianos…

Mientras hablaban, el cochero había llegado hasta la anciana con un trozo amarillento de papel vegetal y un lápiz de grafito. Ella lo agradeció con un leve gesto de cabeza, apoyó el papel en un

listón de la cerca de coigüe y comenzó a escribir. Ahora comprimía lo escrito en cuatro dobleces y se lo entregaba al mismo chofer.

—Don Abel, por favor, asegúrese de que esto llegue a manos de Sixto. Dejé suficiente dinero para jornadas extras, así que no dude en exigirle su paga de hoy y mañana.

—Gracias, baronesa —sonrió él, inclinándose en una reverencia.

Bastiam arrugó la frente.

—¿Qué hay en ese mensaje?

—Instrucciones para mis criados.

—¿Y no prefiere dárselas presencialmente?

—Dado que aún no manejo el arte del desdoblamiento, lo veo difícil, pues ellos están en Punta Arenas y mi cuerpo seguirá aquí.

Todos se congelaron. Tadeu esperó unos segundos antes de preguntar.

—¿A qué se refiere con "mi cuerpo seguirá aquí"?

—Que mi cuerpo seguirá aquí. No aquí-aquí, claro. Espero que el hermano Liam no pretenda que esta anciana duerma a la intemperie.

Liam, Tadeu, Bastiam y hasta el cochero se miraron entre ellos, intranquilos.

—No puede estar hablando en serio…

Ella volteó hacia el prior.

—Sé que le dije que no había venido a hacer diagnósticos, pero quisiera retractarme. Quizá sí le interesa que le provea ese servicio. ¿Cuándo fue la última vez que un higienista revisó a sus enfermos?

—Tras el doctor Kleist, ningún médico ha aceptado entrar aquí jamás —sostuvo él.

—Está dicho, entonces. Me quedo.

—Es admirable su generosidad —le respondió Liam, pasmado, juntando sus manos en el pecho — y su *ímpetu*, Dios bendito —se persignó—, pero necesito que reflexione un segundo sobre lo que está diciendo. ¿Quiere pernoctar *aquí*, en la *Vía Damna*?

—Bien amerita una plana de *El Magallanes* —susurró Tadeu, y aunque sonaba a broma, su rostro estaba serio como una roca.

—Eso es justamente lo que estoy diciendo.

Bastiam soltó una leve risa de nerviosismo. Paula no movió ni una ceja. Entonces él se enserió de golpe.

—¿Debo tomarla por demente? Jamás podría dejarla sin escolta en este lugar.

—Querido mío, quizá nuestra amistad tiñó mi buen castellano, pero ¿sonó como si estuviese pidiendo tu permiso?

El rostro del laico portugués pasó de serio a sombrío.

—*Madrecita*, no estoy jugando. Puede morir aquí.

—Lo sé muy bien —respondió ella—, pero tengo confianza en que no sucederá. Y si sucede, te otorgo el beneplácito de escribir en mi lápida: "Ningún mortal es responsable de mis malas decisiones".

—Por favor, deme una buena razón. No puedo permitir que se arriesgue de esta manera. Soy responsable de su bienestar, yo le pedí venir…

—Y yo la dejé entrar —interrumpió el hermano Liam—. Soy responsable de darle una falsa sensación de seguridad. No tuvimos ningún incidente, gracias al Señor, pero es imposible asegurarle que…

La aflicción de ambos era honesta y ella no quería provocar sufrimientos vanos. Levantó sus

manos suavemente.

—No tengo nada más importante que hacer que aportar con una solución para este entuerto —les dijo, determinada—, pero necesito un poco más de tiempo.

—Si es así, don Abel y yo podemos esperarla hasta el atardecer…

Ella suspiró.

—Has intentado convencer a tu prior de abandonar este fuerte durante años, sin éxito. ¿Qué te hizo pensar que yo lo lograría en un par de horas? —le interpeló, aunque cálida. Bastiam se ruborizó y Liam bajó sutilmente la mirada—. Al menos dame una noche y veremos si sucede el milagro.

—Le aseguro que una noche en la *Vía Damna* es suficiente para que cualquiera se convenza de no volver nunca más —habló el hermano Tadeu, inquieto. Probablemente era un comentario disuasivo, pero para doña Paula la intriga era un aliciente.

Ella tocó la pierna de Bastiam con su bastón.

—Regresa mañana antes de que oscurezca. Trae una carreta extra. Al mediodía siguiente es el plazo fatal, ¿no? Ya sea que tengamos o no una solución, deberemos igualmente salir todos de aquí, pero pretendo que sea de forma ordenada y serena. ¿O crees que le daré a Ferrogués el placer de apersonarse y echarme a punta de fusil?

—Conseguiré otro carruaje. Regresaremos a esta hora mañana —le aseguró don Abel. La anciana le sonrió con los labios pegados.

—Voy a arrepentirme de esto —balbuceó el prior, persignándose.

—Recuerdo a los crucíferos como unos optimistas empedernidos. Este sería un buen momento para volver a sus raíces…

—¿Se retira su visita, padre?

Todos en el grupo se sobresaltaron al escuchar la intrusión de un acento español a sus espaldas. Paula tomó su bastón en postura defensiva en un acto reflejo. La delgada figura de *Nueve* estaba apenas a unos pasos de distancia, con el cabello tan enmarañado que tapaba la mitad de su cara. Se llevó la mano derecha a la boca para seguir mordiéndose las uñas, que ya sangraban. Diez o quince metros más atrás, tres *fantasmas* de velo ajado estaban atentos a la escena. Uno de ellos hacía un extraño ruido con su garganta…

El hermano Liam no tuvo necesidad de pronunciar su habitual "¿Quién me acompaña?".

—Ana Carmen, es posible que Sor Paula se quede esta noche con nosotros. Su experiencia sanitaria nos será muy útil, pues podrá ayudar a quien quiera revisar sus dolencias. ¿Qué opinas?

La mujer no respondió. Sacando un trozo de cutícula de su dedo índice con los dientes, mantenía la mirada en la baronesa, quien volvía a sentir náuseas, como la primera vez. Sus ojos verdes delataban más curiosidad que duda, pero sin la expresión completa del rostro era difícil concluir cuál era su veredicto.

El prior intentó otro camino. Uno más riesgoso.

—¿Crees que Louis estará de acuerdo con recibir a nuestra huésped?

Quitó la mano de su boca. Lentamente, inclinó su cabeza hacia su hombro derecho y ahí se quedó. Los dedos de sus pies se levantaban en pequeños espasmos. Apretó la mandíbula y pestañeó muy rápido. Los segundos se hicieron eternos.

Ahora sus ojos eran casi negros.

—*Nous verrons*.

"Ya lo veremos".

Nueve estiró su cuello y sus vértebras crujieron. Luego giró sobre sus talones, sin mirar ni

despedirse de nadie, y regresó hacia el fuerte. Los enfermos tras sus velos esperaron que pasara junto a ellos para seguirla. Arrastraron sus telas en vaivén, como campanas de tul.

Desde el otro lado de la cerca de madera, Bastiam apretó el brazo de doña Paula, aterrado. Ella puso su mano sobre la de él.

—Una noche, *danadinho.* Ni un minuto más.

IX

26 de noviembre de 1851
Matinée
Fuerte Bulnes, estrecho de Magallanes

Matthäus Kleist se arrodilló en el césped junto a Luciana y la ayudó a arremangar su velo para no mancharlo demasiado. Sus crisis de tos siempre terminaban en vómitos explosivos. No había alimento que se mantuviese en su organismo y bajaba de peso con mucha velocidad. Llevaba semanas así. Estaba cansada y el doctor también.

El prusiano tomó la venda bucal que rodeaba su rostro y la bajó hasta el mentón. Se inclinó hacia la mujer e inspiró el aire frío. Necesitaba saber si de los fluidos recién expulsados emanaba algún hedor particular que desafiara su diagnóstico, pero el viento furioso de Magallanes nunca quería cooperar. Al aire libre era imposible recolectar esa evidencia, necesitaba hacerlo en un ambiente cerrado, pero no podía exponer a sus otros pacientes a miasmas desconocidos. Suspiró y volvió a poner la venda sobre su boca. Debía resignarse a lo perceptible: Luciana Higardelli, esposa de un soldado recientemente fallecido y ambos viajantes desde Ancud, era su cuarto caso de tos ferina en menos de dos meses y la frustración lo tenía sin dormir.

En realidad, el insomnio era por Hakái, por su muerte ya concertada y cuidadosamente planeada que él había jurado asistir, pero si se revolcaba en el pensamiento de no escuchar su voz nunca más, no podría hacer su trabajo. Muchas personas dependían de él. Romper a llorar era un lujo que no podía permitirse… por ahora.

El galpón más grande del fuerte, llamado “cuartel”, había sido clausurado por el mismo doctor algunos días antes, dejando en su interior solo a los pocos que ya habían desarrollado tos persistente y trasladando al resto de sus pacientes hacia la capilla. A simple vista no era una decisión muy racional: el cuartel era el lugar más espacioso y cómodo para tener a sus internos —el resto de las construcciones ya habían sido parcialmente desmanteladas desde 1848, pues se necesitaban insumos para levantar casas en Punta Arenas—, cualquiera hubiera trasladado al grupo minoritario al templo abandonado, pero Kleist estaba convencido de que la enfermedad ya estaba en las paredes, en el suelo, en el hierro oxidado de los catres. Intentaba ventilar a diario para hacer circular los miasmas, pero estaba atrapado entre decisiones radicales: o protegía a los pacientes desviando los hedores o los mataba de hipotermia dejando abiertos los postigos de las ventanas. No había puntos medios para un sanatorio improvisado en un clima inhóspito. Como paliativo, Hakái había sugerido limpiar las tablas del suelo con vinagre en lugar de agua, lo que al doctor le pareció sensato, pues es la misma técnica que utilizaba para su venda de protección y que se estilaba hace tiempo entre higienistas europeos. Sin embargo, decidió que sería más eficiente simplemente separar a los internos en dos grupos: dolientes y contagiosos, moviendo a los primeros y dejando a los segundos donde estaban. En estricto rigor, llevó a la capilla también a algunos contagiosos como Ana Carmen y Carlos, leprosos avanzados, pero su caso era distinto: bajo sus respectivos velos y sin tocar a nadie, ningún otro residente había manifestado lesiones.

Hasta una enfermedad tan desagradable como la lepra era más fácil de contener que cualquiera respiratoria, como la tuberculosis o la tos ferina, y el mundo científico seguía corriendo en círculos tratando de entender por qué. Kleist, intentando sobrevivir en una de las zonas más aisladas del mundo, había llegado a confiar más en su intuición o en la sabiduría indígena que en cualquier libro de medicina…

Ayudó a Luciana a levantarse y volvieron a entrar al cuartel. A un lado de su catre había un pequeño brasero con una vasija de hierro. Ahí solía hervir agua de tintura de opio para que sus pacientes inhalaran y así evitar los episodios espasmódicos, pero la mayoría de las veces solo servía para retrasarlos. Durante las crisis, intentaba sedar la tos con concentrado de beleño o cornezuelo de centeno, implementos de boticario traídos para él por la goleta *Buenavida* hacía casi un año y que ya se agotaban. Sin embargo, el éxito de dichos sedantes era exiguo, así que apenas los aplicaba. En las condiciones de hacinamiento y malnutrición a las que los últimos moradores del Frente Bulnes debían resignarse, ninguna hierba, hongo o ungüento haría milagros.

—¿Va a firmar mi maldita acta o qué?

La voz del soldado Octavio Ferrogués se oyó fuerte desde el pastizal. El doctor dejó arropada a Luciana, comprobó que no tuviese fiebre y los ojos de la mujer le agradecieron a través de los agujeros en la tela. Él le sonrió con las fuerzas que le quedaban. Luego asomó su rostro por el umbral del cuartel y entonces vio al hombre afuera, erguido y con las botas puestas, pero desanudadas. Tenía prisa por marcharse.

—Voy enseguida, Octavio.

Tenían más o menos la misma edad. Matthäus aún no cumplía los treinta. Sus complexiones eran similares, pero sus caracteres estaban en las antípodas. Pocas veces tuvo a un paciente que quisiera ahorcar más que ayudar. Además de arrogante y grosero, actitud inédita dado que poseía el rango más bajo en el escalafón militar, su histerismo era un gran problema: no podía quedarse quieto. Fue enviado al fuerte desde Punta Arenas con el hombro fracturado tras un accidente con un yunque —él era el encargado de manejar la fragua que reparaba hendiduras en sables y bayonetas—, y aun sabiendo que era una condición que necesitaba inmovilidad y reposo absoluto para sanar, era casi imposible mantenerlo tranquilo en su catre. Se dedicaba a deambular por los acantilados con el brazo vendado, pegado al cuerpo con una faja de cuero y, contra toda sugerencia, se negó a usar el velo blanco. Se carcajeó ante la sugerencia del doctor sobre protegerse de los *gualichu* y evitar una muerte prematura; el soldado le aseguró que, apenas fuese dado de alta y regresase a la ciudad para unirse a la revuelta del *general* Miguel José Cambiaso, escalaría hasta convertirse en oficial y viviría cien años.

El doctor no lo contradijo ni intentó disuadirlo. No era el primer soldado que se marchaba antes de terminar su convalecencia para unirse a los amotinados. Debía confesar que el ambiente ahí se enrareció desde que supieron las noticias de la revuelta, pero Matthäus se sentía seguro; no había nada en el Fuerte Bulnes que pudiese atraerlos, ni comida ni armas. A nadie le interesaba un montón de desahuciados olvidados… o al menos eso quería creer.

Hizo un gesto a Octavio para que lo acompañara hasta la capilla. El viento helado estaba más insufrible que otros días. El prusiano se aferró a su abrigo y caminó con la cabeza gacha, dejando que los débiles rayos de sol entibiaran su nuca. Sabía que no podían huir de las heladas, pero rezaba para que al menos tuviesen un descanso de las nevazones. De todos los fenómenos meteorológicos que debían soportar en la zona, la nieve era lo más inesperado y más destructor. La belleza de los prados blancos en las islas aledañas no aminoraba la desazón por los animales

muertos o los víveres perdidos bajo el hielo. Un buen tratamiento médico debía incluir también una buena porción de comida, pero hace mucho que no podía ofrecer más a sus enfermos que avena y calafate. Él mismo había realizado ayunos estrictos con tal de proveer bocado a los vulnerables a su cuidado. Ahí, en la península de Santa Ana, donde crecían flores, pero nunca el trigo, la nieve también sepultaba esperanzas.

El soldado lo acompañó solo hasta el umbral y dijo que esperaría ahí. Tampoco quería entrar a la capilla, ya no por rechazo a los infecciosos, sino por el ambiente adverso. Ahí adentro estaba en minoría. Ningún otro paciente lo soportaba y, francamente, él no soportaba a nadie. El doctor asintió. Al menos en eso demostraba algo de criterio.

—¡Oh! ¿Son los amotinados? —se asustó Perpetua, al sentir el paso fuerte de unas botas contra el suelo de madera.

—No se preocupe, solo soy yo —le habló Matthäus.

—¿Vendrán, doctor? —preguntó Ana Carmen, ansiosa.

—No lo creo —respondió, sincero—. *Espero* que no.

—Hakái dice que no se puede confiar en los *hombres de sangre*…

—¿La enfermera Alcázar se encuentra bien?

El doctor bajó los hombros.

—Fue a buscar agua al río. Por favor, mantengamos la calma por ahora, ¿les parece?

—*Aye* —exclamó John desde su catre, sentado sobre sus muñones y subiendo las manos tras su velo—. Obedezcamos al doctor. Louis iba a hablarnos sobre los fenicios, *right*?

—Aún no hemos sometido ese tema a votación —les recordó Dominik desde su esquina, con el hilo de voz que le permitían sus pulmones—. Otra posibilidad es el mito egipcio de Osiris.

—Dejad que Louis hable de lo que le venga en gana y callaos todos, joder —aportó Carlos.

Jane, recostada junto a su hermano, hizo un sonido gutural parecido a la risa. John la secundó.

—Pues que aquí cada voto vale y el señor Marchiset ha propuesto opciones —dijo Perpetua—, lo que por supuesto le agradecemos mucho.

Euclides movió la cabeza.

—Nunca oímos el final de la historia sobre la casa embrujada —señaló él, arrugando la frente de dolor al modular. Carlos volvió a tomar la palabra.

—¡Cierto! Os detuvisteis en la parte en la que escapabais del fantasma corriendo por las escaleras. ¿Y si continuáis desde ahí, Louis?

Louis Marchiset asintió con fuerza tras su ajado velo blanco. Era un hombre físicamente sano, pero mentalmente muy vulnerable, por lo que cubrirse era un imperativo. Además, el velo le proporcionaba un pequeño trozo de dignidad que no era menor: así era más fácil disimular las cintas de cuero que ataban sus muñecas al catre de hierro. No es que los otros no estuviesen enterados de su limitación de movimiento; lo sabían y, en cierto modo, lo agradecían. Era una situación compleja, porque el viejo francés podía ser dos personas diferentes de un momento a otro, sin aviso, y dejaba poco espacio para reaccionar…

No hace mucho había sucedido el último incidente. Un marino del bergantín *Walker*, de transporte de licores, había llegado al fuerte por una infección en sus dientes. Matthäus le pidió que esperara en el galpón del cuartel junto a la mesa de sus utensilios, mientras él iba en busca de un poco de agua fresca para revisarlo y curarlo. Minutos más tarde unos gritos lo obligaron a regresar: John se había lanzado contra el inglés, golpeándolo y acusándolo de haber intentado manosear a su hermana, pero la falta de piernas no le permitía vengar el honor de Jane como correspondía. Había testigos. Ahí es cuando apareció Louis. Nadie supo cómo, pero el francés

logró librarse de sus ataduras, tomar el bisturí del doctor y derribar al marino con cierta facilidad. Le propinó dieciséis puñaladas. Su velo, inservible tras los salpicones escarlata, al menos fue útil para limpiar la escena. La gigantesca sombra de sangre jamás salió de la madera y él, a la mañana siguiente, no recordaba nada.

—*C'est bien, c'est bien* —dijo Louis, cálido—. Seguiré con los fantasmas.

—No comencéis el relato sin Odetta —pidió de pronto Ana Carmen. Entonces miró al prusiano, quien había caminado entre los catres directo hasta el sagrario, al fondo del galpón—. A la chavala le encantan esas historias. ¿Me permitís ir en su búsqueda, doctor?

—Ve, ve —aceptó Matthäus, sonriendo. Confiaba plenamente en ella, en su afecto sincero, aunque jamás pudiese tocar a la niña—. Está con Hakái cerca del establo.

Al tiempo que la española salía de la capilla, el doctor abría la puertecilla del sagrario de mármol y sacaba su bitácora. Tomó una punta de carboncillo y pasó las páginas hasta llegar a la entrada que correspondía a Octavio Ferrogués. Ahí aparecía la descripción de su fractura expuesta, la gravedad de la misma, la evolución de la herida y todos los resguardos que tomó para que no hubiese mayores secuelas, aun cuando el paciente había elegido no cooperar. El resultado no sería de su agrado.

Ahí, entre las hojas, estaba el acta que Octavio debía entregar a sus superiores al regresar. Era el beneplácito médico para reintegrarse al ejercicio activo. Matthäus escribió lo mismo que ya había establecido en la ficha de la bitácora: "Lesión crónica, irreparable. No se recomienda reinserción".

—Tiene que estar bromeando —se alteró el soldado unos minutos después, agitando el papel en su mano—. ¡Estoy sano! ¡Completamente sano!

Esa recomendación adversa podía ser el final de sus aspiraciones militares. Estaba harto de reparar las armas de otros mientras él nunca había podido blandir la suya; ese rol era para los débiles.

—Alce los brazos sobre su cabeza, por favor —le pidió Kleist, sin caer en la provocación. El chileno lo hizo, molesto, pero solo lo logró con el brazo derecho; el izquierdo quedó a medio camino y provocó que el hombre lanzara un grito de dolor. El doctor movió la cabeza, también molesto, y dejó su bitácora sobre una pila de leña para indicarle sus anotaciones—. La fractura no sanó como debería por su exceso de movimiento durante la convalecencia. Yo se lo advertí. El hueso creó un cuerpo calloso que…

Ferrogués arrugó el acta en su puño y se la lanzó a la cara.

—¿Sabe qué? Ya no lo necesito. El general Cambiaso no me pedirá inútiles papeles, me pedirá lealtad. Aún puedo matar a un hombre con un solo puño —terminó, sosteniendo la mirada del doctor. Él no se movió.

—Como usted quiera. Sepa que si alguno de sus superiores requiere más información, estaré por ley obligado a otorgarla.

Matthäus Kleist conocía muy bien los protocolos después de trabajar tantos años para autoridades militares, pero ya no debía respeto ni lealtad a ninguno de ellos. Tras el traslado de la colonia hacia el norte, la gobernación no solo abandonó el fuerte sino todo lo que residía en él, convirtiéndolo en un reducto de reclusión sanitaria donde unos pocos se recuperaban, pero la mayoría llegaba a morir. Contadas veces un teniente o general había hecho una visita de inspección, con menor razón lo harían ahora, pero el doctor sentía que era su deber ser claro en las consecuencias de ignorar un acta oficial…

Por su lado, Ferrogués esperaba que sus superiores se hubiesen resistido al motín. Esperaba que

hubiesen muerto.

Una figura arrastrando un velo apareció frente a ellos, pero se detuvo a suficiente distancia. Fue el doctor quien se acercó.

—He fallado en mi misión —le confesó Ana Carmen—. No quiso despegarse de Hakái. Y, por supuesto, no insistí.

El doctor caminó unos pasos hacia su derecha y miró a lo lejos, a través de los sembradíos abandonados. Sentadas en el césped, ignorando el viento y aprovechando el sol junto al establo, Odetta y Hakái parecían estar charlando. Era uno de sus últimos momentos juntas. Carmencita tenía razón: nadie debería arrebatarles el tiempo compartido.

A sus espaldas, Octavio Ferrogués no perdió el tiempo. Lo primero que pensó fue en tomar la bitácora y lanzarla al mar, pero inmediatamente lo reconsideró: un gesto tan dramático podía atraer las miradas equivocadas. Quizá qué podría hacerle el desquiciado de Marchiset. Concluyó lo obvio y optó por lo simple: sin que el doctor y Ana Carmen se percataran, él arrancó la página que correspondía a su ficha y se la metió a la boca. Masticó y saboreó la savia de árbol con rastros de carboncillo como si hubiese encontrado un trozo de grosella. Sabía a triunfo.

—No lo molestaré más, doctor Kleist —pronunció el soldado acercándose al doctor y extendiéndole su bitácora cerrada. Matthäus la recibió con ambas manos—. El emisario ya debe estar en el pórtico del perímetro. No quiero retrasarlo.

El último miércoles de cada mes, a las ocho de la mañana, un campesino y su carreta, bautizado como “emisario” entre los enfermos del fuerte, se detenía a recoger a aquellos dados de alta que buscaban transporte hasta Punta Arenas. Hacía mucho que no había nadie a quien llevar. Hoy tendría un acompañante.

—Cuídese, señor Ferrogués —se despidió el doctor, sincero. Esperaba no tener que volver a verlo.

El soldado chileno bajó la colina a paso rápido. Contaba los minutos para salir de ese lugar de podredumbre. Caminó bordeando la cerca oeste deseando regresar donde su esposa e hijo lo antes posible, pero unas voces lo distrajeron. Las voces no: las palabras. Una palabra en específico.

Oro.

A varios metros de distancia, la india Hakái y Odetta Kleist hablaban recostadas sobre la hierba. La mujer apenas podía moverse por sí misma, pero pedía estar a la intemperie el mayor tiempo posible, así que el doctor la recostaba junto al establo en la mañana y le apartaba un catre en la capilla por la noche. Solía vérsele orando con las manos en la tierra. Deliraba por la fiebre y seguro moriría pronto. De hecho, decían que ella no usaba velo porque había *decidido* morir. ¿Quién diablos decide eso? Para Ferrogués, la *patagona* no era más que otra maldita orate en la zona, parecida a Marchiset…

Pero una orate con secretos.

No solo se decía que había decidido morir, sino que en su tumba habría diversas riquezas, como lo estipulaba la tradición de su clan. Él no terminaba de creerlo, le parecía solo una sucia aborigen sin más legado que una larga manta de piel de guanaco, pero, así como en el mar las supersticiones siempre tenían algún asidero, las leyendas del continente también. No eran pocos los mercenarios que rondaban hace años las islas del Estrecho buscando tumbas nativas, alentados por las leyendas piratas de los tiempos de Francis Drake.

Antes de tomar la bifurcación hacia el pórtico de salida, Octavio fingió que se detenía a anudar sus botas. Aguzó el oído.

—¿Cómo es el *oro*? —le preguntó Odetta.

Hakái, recostada boca arriba y cubierta por su *quillango*, sentía el sudor agolparse en su nuca y baja espalda. Mientras el viento soplaba, su vientre ardía. La niña estaba relatando qué le había llamado la atención de la última historia que les había contado Louis, sobre un dragón que custodiaba un tesoro escondido en una torre.

—Es como las piedrecillas que encuentras en el río, pero son del color del sol —respondió la mujer—. Brillan a la luz. Los adultos las usan para comprar caballos o comida.

Ella hizo un gesto de entendimiento.

—Y si tienes oro, ¿eres rico?

—Es posible, aunque hay muchos tipos de riqueza.

—¿Qué es riqueza?

—Es cuando tienes una gran cantidad de algo que para ti es muy valioso. O puede ser que tengas una sola cosa, pero si es muy muy valiosa, entonces eres rica.

—Y tú, ¿eres rica?

Sin moverse ni levantar la cabeza, Hakái movió su mano izquierda sobre la hierba, buscando. Al encontrar la mano de Odetta, la acarició.

—Lo soy.

La niña se estremeció ante el contacto. De pronto olvidó la historia de los dragones y recordó lo que sucedería mañana. Volteó hacia su *mama* aónikenk y suspiró.

—¿Puedo ir contigo? ¿Allá, donde está *Kooch*?

Hakái sonrió. Era, sin duda, una buena pregunta.

—No, *setreu* —le respondió, dulce. *Setreu* significaba “estrella” en su lengua nativa—. Tu *kanko* te necesita. Ya llegará tu momento, pero no será todavía.

—*Papa* también querría ir con nosotras —le aseguró.

—Lo sé, pero sus manos aún son útiles. Son importantes. *Kooch* lo llamará al valle eterno a su debido tiempo. Cada quien debe cabalgar por sí mismo al encuentro del Creador.

—Y cuando yo cabalgue hacia el valle… ¿te encontraré ahí?

Sacando fuerzas de sus entrañas, Hakái se apoyó en sus codos para reincorporarse y mirarla a los ojos.

—Llámame en las noches y vendré a tu sueño. Busca mi voz en la brisa. Cuida mi tumba para que mi cuerpo alimente la tierra y nazcan azucenas. Seremos siempre una parte de la otra mientras el sol siga escondiéndose en el océano.

Odetta asintió, pero algo le apretaba el estómago. Se acumulaba un líquido molesto en sus ojos y no le gustaba cómo se sentía. Parecía que algo iba a estallar en su pecho…

—¡Ruedas al poblado! ¡Ruedas al poblado!

El grito acostumbrado del *emisario* se escuchó hasta donde ellas estaban. Así fue como la niña se percató de la presencia de Octavio Ferrogués, quien en todo ese tiempo no había estado demasiado cerca, pero tampoco demasiado lejos. Él también saltó al escuchar que la carreta se marchaba, y corrió hasta la cerca de coigüe en los límites del fuerte.

Odetta lo siguió hasta que lo perdió de vista.

—Él nunca quiso usar velo.

—No.

Hizo una pausa.

—Morirá pronto, ¿verdad?

—Pronto —respondió Hakái, cerrando los ojos para volver a recostarse, exhausta. Debía juntar

fuerzas, pues esa tarde tenía un importante concentrado de adelfa que preparar—. Los *gualichu* no perdonan.

Pronto, sí. Tan pronto como el primero de diciembre.

X

1 de julio de 1905
Vermouth
Vía Damna, estrecho de Magallanes

—Yo también hubiese dado lo que fuera por proteger a mi madre.

Se habían detenido en el umbral del establo cuando Paula de Ferrari pronunció esas palabras, aludiendo a Odetta. El ambiente estaba frío y húmedo, incluso podía sentirse el cambio de dirección del viento, por lo que la lluvia o la nieve era inminente. Había que tomar algunos resguardos.

Liam Fonsêca miró a su invitada con compasión.

—¿*Debía* ser protegida?

Ella asintió sutilmente mientras ingresaba tras él a la debilucha construcción de madera.

—Mi padre era un santo, pero mi abuelo… —suspiró—. Vizconde. Alcoholizado y paranoide, pésima combinación. Agréguele que era el hombre más rico de Toscana. Una cosa es la violencia, otra es la violencia en impunidad.

—Lamento mucho oír eso…

—Murió de cólera, solo en un lazareto. Espero que San Pedro se haya reído en mi nombre cuando lo vio tocar sus puertas.

—Y también lamento oír eso —dijo el prior—. Idealmente, allá arriba es el lugar para los juicios, no aquí.

—*Idealmente* —remedió ella—, pero lo juzgué y lo sigo juzgando hasta hoy, que Dios en su misericordia me perdone. Le trajo mucho dolor a mi familia, su agresividad la destruyó. Tenía apenas seis años cuando hice mi primera curación con algodón y aguardiente: una herida abierta sobre ceja derecha por golpe de puño. A mi propia madre. Para los diez ya era experta en hematomas. Murió poco después de alguna falla interna, sin mucha explicación. Mi padre la siguió pronto… Recuerdo a mi criada decir que murió de tristeza. Yo puse el cuerpo a los golpes desde entonces, hasta los diecisiete, cuando me recibió María Santísima en el carmelo de Florencia.

El hermano Tadeu se persignó con un gesto apesadumbrado. Estaba escarbando tras unas prensas de paja para recoger lo que parecía una gran vela de barco comprimida en dobleces. El techo del establo solía gotear y no podían permitirse el lujo de malograr la comida recién llegada.

—Curiosa habilidad es la empatía —comentó él, buscando un tono más dulce—. Usted comprende cómo Odetta se siente pues sabe de madres vulnerables y de la necesidad imperiosa de sus hijos de protegerlas. Yo siento el dolor de Odetta como propio pues nunca conocí a mi madre de parto ni tuve sustituta… y a nadie podría desearle ese vacío.

El prior se acercó a Tadeu para ayudarle a desdoblar la tela. Le dio unas palmadas suaves en la nuca.

—¿Se sentirá Odetta responsable de la muerte de su madre biológica? Todo indica que sí —reflexionó—. Hay algo de esa culpa en la fuerza con la que busca proteger a Hakái. Ni aun bajo tierra ha tenido descanso. La amenaza para ella y las otras sepulturas aónikenk no ha cesado, y francamente no sé si existirá el día y el año en que podamos decir que ya cesó, que los mercenarios ya no existen, que ya a nadie le interesará desenterrar huesos y oro.

En ese descolgado trozo de tierra en las entrañas del estrecho de Magallanes, tierra maldita para muchos, la muerte no era un concepto lineal ni tan definido, sino más bien sometido al escrutinio constante de un caleidoscopio. Casi como un juego, los arrojados solían declamar que quien entraba, jamás salía. Lo evidente era pensar que se referían a salir con vida, pero no del todo: bajo tierra se seguían librando batallas. Llegar a la *Vía Damna* era, al final, una condena de cuerpo y espíritu. Ni los muertos lograban escapar.

—Habría que proveer esa seguridad, entonces. Es la clave para que acepte abandonar el fuerte…

—Puede ser, sí —consideró el hermano Liam, interesado—. Pero ¿cómo?

—¿Dejó el doctor Kleist en su bitácora la ubicación exacta del sepulcro de Hakái?

—Por supuesto que no.

Paula hizo una pausa.

—Pero Odetta sí la sabe.

—Sin duda —contestó Tadeu.

Liam puso paños fríos.

—Es lo más probable —concedió el prior—, pero dudo que haya sido testigo directo. Ya sabe, los niños no podían estar presentes en los rituales mortuorios y tiendo a pensar que el doctor fue riguroso en los detalles. Tampoco creo que él le haya revelado esa información. Lo único que se me ocurre es que no puedes evitar que una niña de seis años curiosee, husmee tras los arbustos, se escabulla donde no debe…

—Yo también habría husmeado donde enterraron a mi madre —aceptó la baronesa. Lo siguiente también lo aceptaba, pero contrariada—: y quizá también habría quebrado algún cuello si alguien amenazaba con vulnerar su lecho.

—Imagine lo que estaría dispuesta a hacer si intentaran sacarla de aquí con una camisa de fuerza.

Desde el fondo del pequeño establo se escuchó un balido. No alertó a los crucíferos, pero sí a la excarmelita, quien no estaba preparada para un sonido parecido. Avanzó algunos pasos y, detrás de un cerro de leña, descubrió el origen: tres gordas ovejas echadas, apretujadas unas contra las otras con cara de aburrimiento.

—Alguien me debe una explicación —sonrió Paula, alzando las cejas—. Bastiam me aseguró que ustedes no comían carne, por eso no traje charqui ni embutidos… ¿Y estas señoras?

—*Señoritas*, hágame el favor —la corrigió Liam, sonriendo también—: le presento a Rafaela, Uriela y Zadkiela.

—Pero claro. Con *gualichus* allá afuera, necesitaban arcángeles aquí adentro.

Tadeu hizo una mueca divertida.

—Bastiam le informó correctamente. No ingerimos carne roja de animal, solo pescado.

—Vivir en eterna cuaresma es para valientes, así que mi admiración por ustedes no se detiene.

—Estas hermosas señoritas nos proveen de lana de excelente calidad, pero particularmente de *calma*.

Paula se extrañó.

—¿Cómo así?

—Algo inusual sucedió hace algunos años —comenzó a relatar el prior, mientras terminaban de cubrir con la gruesa tela gris el lote de cajas de donación—. Para entonces sí comíamos carne y Bastiam había conseguido para nosotros un pequeño cordero. Pedimos a uno de nuestros enfermos, Vladislav, que cuidara al animal mientras preparábamos los implementos para la faena, pero cuando fuimos a buscarlo estaban jugando en el césped de la loma. Creo que nunca he visto llorar a un hombre tanto como Vlad ese día —recordó—. Se aferró a la cría y nos rogó que no la matáramos. Que él la cuidaría. Aceptamos la sugerencia, ya que, efectivamente, de mayor era más aprovechable: más carne y más lana.

—Esa noche comimos papas en agua hervida —rememoró Tadeu, no muy contento.

—Voy a asumir que, de mayor, tampoco pudieron faenarla.

—Doña Rafaela, presente —respondió Liam saludando a la oveja desde su esquina. Ella baló.

—El efecto que provocó en el resto de los arrojados fue una sorpresa —complementó el hermano Tadeu—. Todos jugaban con ella, la acariciaban, se turnaban para sacarla a pastar… hasta la acogimos en la capilla durante un fuerte temporal de nieve. Vimos un cambio notorio en la calidad de vida de todos por aquí… incluidos el hermano Liam y yo. No había duda de que sería una residente más.

—Ese día la bautizamos: Rafaela, por el arcángel de la sanación.

—Usar animales parece una muy inteligente técnica de contención —les concedió la anciana, complacida—. Y bueno, donde pasta una oveja pastan tres.

—Eso es culpa de Odetta —apuntó el prior, pero luego especificó—: de Carlos Sanz, en realidad.

—¿Uno de los ocho?

—Carlos fue un peregrino español, oriundo de Santiago de Compostela. En su tierra era un campesino experimentado, con mucho conocimiento en animales de granja y también en diversos cultivos. Vino a Sudamérica con su esposa, Ana Carmen, esperando atravesar el Estrecho para llegar hasta Río de la Plata, en Uruguay —explicó el menor de los crucíferos. Hizo una pausa y cerró—: Contrajeron lepra en el camino. Fueron arrojados en cabo Froward.

El hermano Liam retomó rápido para que no les pesara el silencio.

—Nos enseñó que las ovejas son animales muy sociales y que, si viven en grupo, viven más tiempo… de doce a quince años. Encomendamos a Bastiam el milagro de conseguirnos uno o dos corderos más, lo que era casi imposible, pues son muy caros y demandados…

—Pero el milagro sucedió —se alegró Tadeu—. En la estancia San Gregorio suelen dar de baja a los borregos con alguna malformación, pues se piensa que es signo de carne amarga. Bastiam rescató a dos crías que serían sacrificadas por nacer con pezuñas sin separación, como las de un caballo.

—Y *voilá*. Bienvenidas, Uriela y Zadkiela.

Paula hizo un gesto de triunfo.

—¿Cómo supo toda esa información sobre Carlos?

—Por la bitácora del doctor —respondió Liam—. Fue una suerte que incluyera información miscelánea sobre sus pacientes, no solo cuestiones médicas.

—¿Y usted ha… *conversado* con él?

—Sí —respondió el prior con naturalidad, aunque por el gesto de Paula, ella claramente no terminaba de acostumbrarse a la idea—. Durante mi primer año aquí, me dediqué a observar a Odetta. Solo ver y escuchar. Se mantenía muy distante, nos vigilaba, pero a ratos parecía

interesada. Para nosotros, todo lo relacionado con ella era confuso y aterrador; el juego de cambio de voces podía tener explicación sensata, pero muchos otros detalles no… Como la tarde en que, sin razón alguna y mientras reparábamos el techo de la capilla, Odetta comenzó a explicarme por qué no funcionaría ningún cultivo en la tierra de esta península. Su voz varonil y el acento español no es lo que más me asombró, sino el nivel técnico de la charla sobre suelos rocosos y falta de nutrientes. Luego chequeé en la bitácora el perfil de uno de los ocho y me pareció muy claro. Era Carlos. Arriesgándome, al día siguiente ella me hizo un comentario parecido y entonces llamé al español por su nombre… Todo cambió.

—Los nombres —confirmó Tadeu, con un leve entusiasmo—. La clave fue aprender sus nombres y particularidades para entender con quién hablábamos en cuál circunstancia. Nos ganamos su confianza desde ahí.

—Muy astutos —celebró Paula.

—No todos son parlanchines ni contestan cuando los llamamos, pero con esa actitud de respeto, *Nueve* nos respetó también.

—Y Odetta… ¿está consciente de la presencia de los ocho?

—Claro. Sabe que "cohabita" con ellos en el mismo cuerpo, aunque no sé si comprende cómo es que sucedió. Le pregunté un par de veces y no me contestó, así que jamás volví a insistir. Su confianza es importante para nosotros, no queremos arriesgarnos a perderla.

La baronesa hizo un gesto de entendimiento y de asombro. Si Odetta realmente se comunicaba libremente con los ocho, el diagnóstico de *hysteria disociativa* se caía a pedazos…

—Parece contradictorio, pero conocer un poco más a cada uno de ellos nos permitió dejar de sentir tanto miedo en presencia de Odetta —explicó Tadeu.

—Del miedo uno no se despercude nunca —aceptó Liam—, pero la comprensión alivia. Mucho.

Paula coincidió.

—Más tarde quisiera tomar un tiempo para revisar más atentamente la bitácora, si me lo permiten —pidió ella, y por los gestos de los crucíferos, no parecía haber inconveniente—, si bien una breve introducción me vendría de maravilla para saber a qué atenerme.

El prior suspiró, alzando la mirada para organizar sus ideas.

—Dominik suele ser el primero en aparecer cuando tenemos visitas —señaló—, lo que no es muy habitual, como ya sabe. Su acento prusiano es inconfundible. Es el abogado del grupo, no sorprende que sea él quien dirija las formalidades.

—¿Y el *capitán*?

—Euclides es chileno, un exsoldado, pero de aquellos virtuosos. Un hombre bueno. Él toma las labores de fuerza. Si ve a *Nueve* trepar el roquerío, nadar en el mar glaciar o acarrear mucho peso… es él. Es quien toma la carretilla de los barriles de agua y los llena en el río San Juan, a kilómetro y medio hacia el sur.

Tadeu sacudió el polvo en sus manos.

—Si la escucha reír bajito, tararear una canción o jactarse de alguna travesura, puede ser John. Adolescente, junto a su hermana melliza eran ayudantes de cubierta en un barco de caza escocés y son quienes ponen trampas entre las rocas para atrapar peces y centollas. Jane vivió sus últimos días con una grave apoplejía… Si *Nueve* quiere expresar algo y pareciera que le costara modular, es ella —puntualizó. Pensó un momento y continuó—. Si la ve preparando la merienda para todos, esa es Perpetua. Chilena, era la cocinera del explorador Bernardo Philippi y subió con él a la goleta *Ancud*. Fue parte de la primera colonia instalada en el fuerte. Es también la primera en

aparecer para socorrer a algún enfermo, o en correr cuando hacemos sonar la campana de alerta sobre un nuevo arrojado.

El hermano Liam se llevó una mano al mentón, estrujando su memoria.

—Cuando se está mordisqueando las uñas es Ana Carmen, una experta tejedora, quien mejor aprovecha la lana que generosamente nos proveen nuestras arcángeles para hacer mantas y gorros para todos. Su esposo Carlos vela por ellas, además de recolectar calafates, frutillas blancas, zarzaparrillas y hongos comestibles en el bosque. Es el único que sabe reconocerlos. Sin él quizá ya habríamos muerto de envenenamiento.

Entonces doña Paula deslizó el comentario incómodo esperado. No quería ser la aguafiestas, pero alguien tenía que decirlo…

—¿Y quién… *asesina*?

Los crucíferos perdieron la serenidad del rostro. Se miraron.

—Louis —respondió el prior. Paula temió—. Era un mercader francés, muy culto, como un maestro de escuela. Solía descompensarse y volverse violento; lo arrojaron por alienado. Logró ser muy apreciado entre los enfermos del fuerte, de cualquier modo. Como todo problema que es más de la mente que del cuerpo, es intrincado, ni el mismo doctor Kleist aseguró comprenderlo del todo, pero con el tiempo descubrimos que en un aspecto es predecible: si cualquiera de sus compañeros se siente asustado o amenazado, él aparece, sobre todo si es Odetta quien peligra.

—Debo representar un peligro para alguno, entonces —se atrevió a concluir, dado su encuentro más reciente con *Nueve*. Reconocía tener un carácter fatigoso, podía ser una molestia para muchos y hasta cierto punto le agradaba la idea, pero que una persona se sintiese amenazada en su presencia era algo difícil de asimilar.

—No, no lo creo. El hermano Liam llamó a Louis directamente, por eso apareció —la confortó Tadeu.

Liam respaldó esa idea.

—En teoría, cualquiera de ellos puede aparecer en cualquier momento, especialmente si es convocado. Frente a *Nueve* siempre habrá un poco de impredecibilidad, querámoslo o no.

—¿Y Odetta? —preguntó Paula finalmente—. ¿Cómo sabe cuándo es *ella*?

Él sonrió débilmente.

—Usted ve a una mujer adulta, pero Odetta nunca dejó de ser una niña. Es como si se hubiese estancado en el tiempo. Recolecta flores, juega con los renacuajos, tararea canciones. Si le menciona algo ingenuo con voz dulce, es ella.

—Me pregunto si, como buena niña, aceptará sobornos —pensó Paula en voz alta, con picardía —. En alguna de esas cajas hay dulces de regaliz.

—Ubicaré un brasero cerca de su catre si me da unos cuantos a mí.

—Qué fácil es hacer negocios en Magallanes.

Tadeu retrajo la tela en una esquina y descubrió las encomiendas para que la misma baronesa pudiese revisar y elegir qué abrir. Ella mencionó que deberían llevar las medicinas hasta la capilla —lo que al hermano Liam le pareció sensato y útil—, y también aprovisionarse de manzanas y nueces para pasar la noche. Paralelamente, repasaba en su cabeza todo aquello que no pudo traer, ya sea porque era muy frágil o porque se consideraba carga peligrosa para un buque de pasajeros. Quizá podría haber traído más víveres si hubiese viajado los miles de kilómetros hasta Magallanes por tierra, pero, por alguna razón, doña Paula se sentía más segura en un barco que en un tren o carruaje, quizá porque estaba habituada a ellos desde que abandonó Italia hacía décadas. Como sea, reconocía su ignorancia sobre las condiciones ideales de

navegación o los reales peligros a los que se exponía. Su estadía actual en la región austral, aunque breve, le había abierto los ojos sobre el respeto al océano y ya no estaba tan segura de querer volver a cruzar el bendito Estrecho de regreso a Valparaíso…

Estaba a punto de oscurecer en esa esquina del extremo sur y a lo lejos ya sonaban algunos truenos. El agua se desataría con furia en cualquier segundo.

—*Awrite*! Cuántas provisiones, ¿no?

La voz juvenil se oyó tan fuerte que hasta hizo algo de eco. La excarmelita tuvo que sujetarse de su bastón para no caerse del susto. Hasta los crucíferos, acostumbrados al ir y venir de *Nueve*, no ocultaron su sorpresa.

En el umbral del establo, enmarcada en la poca luz natural que quedaba y apoyada en el marco de troncos, la mujer miraba la escena con curiosidad. Tenía los hombros relajados, las piernas algo arqueadas y una manzana roja en su mano derecha.

—Así es —respondió Liam, serenándose—. Sor Paula ha cubierto nuestras necesidades para varias semanas. Tuvimos mucha suerte de contar con su excepcional ayuda.

Nueve dio una mordida grande y muy ruidosa a la fruta. Habló mientras masticaba.

—¿Y le gusta cómo quedaron las cajas, *father* Liam*? Did a guid job, aye?* Felicíteme.

Algo muy característico de los escoceses era que su acento es rótico, es decir, ponen mucho énfasis en la letra “erre”, sin importar qué tan bien dominaran el castellano. Paula había entrenado su oído gracias a los miles de inmigrantes británicos que vivían en Valparaíso, en su mayoría ingleses, pero con una no despreciable afluencia de escoceses e irlandeses. Lo que tenía que entrenar ahora era su vista, pues, aunque sus ojos siempre vieran a la misma mujer esbelta de cabello cano, en realidad estaba frente a alguien nuevo cada vez. A cualquiera de los nueve. Identificarlos no iba a ser fácil, pero comenzaría jugando al descarte.

Ahora solo tenía dos posibilidades frente a sí.

—Euclides es quien acarreó todo este peso, si no recuerdo mal —comentó el prior, alzando las cejas.

—Pero yo le dije en qué posición debía dejar cada cubo. Los dulces de regaliz están en ese de enfrente.

—Gracias, John —respondió, ahora algo nervioso, pues no sabía qué tanto había alcanzado a escuchar el adolescente de la conversación anterior—. Veo que te preocupaste de inspeccionar de forma minuciosa el contenido de las donaciones.

Asintió con vehemencia.

—Buscaba serpientes o alacranes… Ya sabe, en la bodega de los barcos hay muchos. Imagínese si usted recibiera una picadura. No, no. La seguridad del padrecito está primero.

—Estoy conmovido.

—¿Y parte de la inspección por alacranes incluía probar las manzanas? —intervino Tadeu, usando el tono de regaño para ocultar que, en realidad, le parecía divertido.

—*Just a wee bite* —sonrió John con los labios de *Nueve*, mascando ruidosamente otra vez—. Jane me obligó.

—A Jane no le gustan las manzanas.

Nueve se encogió de hombros con desenfado. Lanzó la fruta hacia arriba y la recogió en el aire.

—Gracias, madrecita. *Sláinte!* —dijo mirando hacia la anciana, y luego desapareció de la vista subiendo el sendero hacia la capilla.

Los crucíferos permanecieron en silencio unos segundos, sin saber qué pensar de lo que acababan de presenciar. Mientras, Paula de Ferrari lucía como si fuese el día de su cumpleaños.

—Me agradeció —balbuceó, anonadada—. ¿Escucharon? Me agradeció. A mí.

—Escuchamos.

—Es una buena señal… ¿verdad? —preguntó ella, dudando por un segundo.

—Yo diría que sí —asintió Tadeu, pero con algo de cautela.

La baronesa hizo el gesto de quien va ganando en la carrera de galgos.

—Qué gran muchacho. Encantador. Que se coma todas las manzanas, le traeré un barco lleno apenas pueda.

—No se fíe. Bien podría haber estado buscado alacranes en las cajas para después esconderlos en los catres y escapar riendo…

—Y eso sí se parece más a una idea de Jane —aportó Tadeu, justo al tiempo en que un relámpago iluminó el cielo y el fulgor se coló entre los listones del techo del establo. Debían darse prisa.

Paula sentía una renovada confianza.

—Ese es mi tipo favorito de ser humano. Intentaré que sea mi nuevo mejor amigo.

—Pensé que yo era su nuevo mejor amigo —alegó Liam.

—Póngase a la fila.

XI

1 de julio de 1905
Vermouth
Vía Damna, estrecho de Magallanes

La anciana se quitó el pañuelo que envolvía su cabeza para transformarlo en una bolsa provisoria que le permitiera trasladar los pequeños frascos de medicinas con cuidado. Había jarabe de láudano, zarzaparrilla, de Momtegniet y rábano yodado, además de un pectoral de Anacahuita. Aceite de hígado de bacalao y de matico, cápsulas de quinina, hasta bálsamo de Tolú y otras hierbas. Prácticamente saqueó la botica itinerante *Miramar* antes de viajar, propiedad del señor Mariano Monsalve en Valparaíso, a quien doña Paula consideraba una excelente persona y profesional. Confiaba ciegamente en que todo lo proporcionado era de la mejor calidad y no se le ocurría mejor lugar que la *Vía Damna* para darle un buen uso, aunque el gobernador Ferrogués lo apuntara como un reducto de mala suerte y escoria humana que, si por él fuera, enterraría cuanto antes bajo las rocas del barranco austral…

Por su lado, el hermano Tadeu usó la tela de su propio hábito para llevar una docena de manzanas y el hermano Liam se quitó el cuello de lana para acarrear suficientes nueces. Dejaron a las tres ovejas cobijadas entre suficiente paja para que no perdieran calor —aunque la raza Corriedale era conocida por adaptarse bien a bajísimas temperaturas— y salieron a la intemperie cuando ya caían las primeras gotas. Tenían apenas minutos para llegar hasta la capilla antes de que se empaparan con todo y la comida del día.

Afuera las sombras azulosas cubrían el lomaje y el viento compartía intensidad con el estruendo de las olas estrellándose contra el risco. La luna, que entraba y salía entre las nubes negras, era el único faro que les ayudaría a no tropezar, pero al fondo del paraje, ahí fuera de la capilla, alguien había encendido una antorcha. La llama era débil y se agitaba con furia, pero Paula agradeció que alguien tuviese la deferencia de marcarles el camino. Dos figuras blanquecinas salieron de pronto tras unos árboles y corrieron hacia la única construcción de madera que daría cobijo a todos por aquella noche, y eso, justamente, hizo que a la baronesa le temblaran los tobillos. Todos bajo un mismo techo por numerosas horas, con fantasmas y *Nueve* incluidos. Podía escuchar la voz del Todopoderoso retándola en su mente. *“¿Qué? ¿No me dijiste que querías una aventura?”*.

El hermano Tadeu fue el último entrar y, por ende, el encargado de cerrar la puerta y trancarla con algo que, para Paula, fue inesperado: un mascarón de proa. Era el torso de una sirena de pelo largo con pechos descubiertos y una pequeña arpa en sus manos. Estaba en la esquina a sus espaldas y ella no se había percatado de su existencia hasta ahora. La nariz y manos talladas estaban carcomidas, su pelo alguna vez rojo ya estaba descolorido, pero su mirada seguía intacta. Era un trozo descomunal de madera que pesaba muchísimo y era muy difícil de mover, de ahí que lo utilizaran como cortafuegos durante las tormentas… o *cortavientos*, más bien. Era común que, durante una lluvia intensa, el viento azotara las paredes y amenazara con echar abajo lo que

encontrase, así que había que reforzar. A veces las corrientes huracanadas silbaban tan alto que hacían crujir toda la casa, y más de una vez temieron un derrumbe con todos dentro, como el más violento y dramático de los finales. No había pasado nunca en los cuarenta años desde que los crucíferos tomaron las riendas del lugar, pero ahí sí que se justificaría el mote de *maldito* para el fuerte abandonado.

El anciano Liam dejó las manzanas sobre su catre y fue hasta su mesita de noche. Sacó tras de ella lo que parecía una típica lámpara de queroseno, esas de pantalla de vidrio y mecha plana, regulable en altura mediante una ruedecilla. El queroseno era muy accesible en casi todo el país, pero entre los navegantes del Estrecho lo más común —y más económico— era el aceite de ballena, que además rendía un montón. Bastiam se preocupaba de traerles algunos tarros una vez al mes.

Encendió la mecha con una vela de cera y colgó la lámpara en un gancho de acero al centro de la capilla. Si bien era una luz un tanto discreta, la baronesa pudo ver con más claridad su aposento temporal, y aunque era la segunda vez que estaba de pie ahí, por primera vez se fijó en algo evidente: muchos, si es que no todos los elementos en ese lugar, procedían de algún navío. Los catres de madera, la lámpara, el gancho, los braseros de fierro, los retazos de velas con los que cubrían las cajas en el establo y a sus propios enfermos… A su izquierda había una repisa apoyada en la pared con platos, cuencos y tazones de latón con mangos de madera, utensilios habituales de los marineros.

No solo recogían personas desde el mar, sino que también recolectaban y restauraban objetos escupidos a la orilla tras los naufragios. Fascinante. La precariedad obliga al ser humano a ser creativo y a ese paso los crucíferos ya eran mentes brillantes.

—No sé si estoy en una capilla o en un bergantín —comentó Paula de Ferrari.

El hermano Tadeu, al terminar de ubicar el mascarón contra la puerta, volteó, recuperó el aliento y le sonrió con las manos en las caderas. Apuntó hacia la derecha con el mentón.

—Espero que no sufra de mareos.

La excarmelita tuvo que concentrarse mucho para no perder la compostura frente a la imagen. Al fondo del galpón, cerca del sagrario, Besayún seguía en su silla de ruedas con el cuerpo lánguido tras el velo, como si estuviese profundamente sedado. A su lado y sentada en el suelo, *Nueve* hojeaba un libro que había tomado de la mesa del prior, con espasmos intermitentes que le obligaban a tensar la mandíbula y doblar el cuello. Y frente a ella, junto a sus catres asignados, cinco figuras tras un grueso velo blanco inclinaban sus cabezas hacia Paula en absoluto silencio. Era imposible saberse amenazada o simplemente escudriñada. El espacio de duda era llenado por el ruido blanco de la lluvia, cada vez más fuerte, rasgando los troncos del techo. La luz de la lámpara creaba sombras alargadas y turbias de los *fantasmas* hacia los costados, proyectándose en las ventanas tapiadas con listones de madera, como dedos largos de una mano gigante que podía aplastarlo todo…

De pronto la anciana sintió un leve ahogo. La sirena del mascarón le recordó su presencia por el rabillo del ojo. Si algo sucedía en ese galpón, si algo salía mal, no había escapatoria…

—¿Se siente bien? —El hermano Liam apareció por su costado, preocupado. Le ofreció su brazo para caminar, pero Paula lo rechazó con cortesía. Él apuntó hacia la izquierda—. Puede usar este catre, el primero de la fila.

Ella asintió con los labios fruncidos. Apenas dio unos pasos y volteó hacia el prior, bajando la cabeza para susurrar.

—Estamos en un espacio muy cerrado, muy cerca de… ahm… Me refiero a que…

—Podemos abrirle la puerta en cualquier momento si es que necesita ir a la letrina —le ayudó Liam—. ¿Se refería a eso?

Ella suspiró despacio.

—Necesidades son necesidades —mintió.

—No es ningún problema. Entonces, dígame. ¿Su oferta sigue en pie? —le preguntó—, porque una ronda de examinación general nos vendría de maravilla. Confío en que podrá orientarnos en cómo mejorar nuestros cuidados.

Ella aclaró su garganta e irguió su postura.

—Jamás doy mi palabra en vano, hermano Liam —le aseguró. Inspiró hondo—, así que adelante. Usted me guía.

El crucífero asintió, complacido. Entonces levantó ambos brazos para captar la atención de todos los presentes. Ya había un extraño silencio rodeándolos, pero ahora se hizo más agudo, por lo que el prior debió subir el volumen de su voz para pelear con la tormenta que se formaba en la noche magallánica.

—Hermanos, hermanas… Permítanme presentarles, nuevamente, a Sor Paula Elena de Ferrari. Se quedará esta noche con nosotros, pues no solo nos ha proveído de copiosa alimentación, gloria al Señor, sino que también nos ha regalado su tiempo para realizar una consulta médica… para quien así lo requiera, por supuesto. El procedimiento es absolutamente voluntario —les aseguró. No hubo un solo sonido de respuesta, así que de inmediato agregó—: Quienes deseen la examinación y consejo de Sor Paula, por favor alcen su mano.

Ni una polilla se movió dentro de ese galpón antes llamado capilla. Las figuras tras los velos no parecían siquiera seguir respirando. Los crucíferos se miraron entre preocupados y escépticos. Al fondo, *Nueve* había dejado el libro en su regazo y miraba hacia la baronesa sin expresión en su rostro.

La anciana volteó levemente hacia Liam. Susurró.

—¿Están todos informados de las… *sugerencias* aónikenk?

—Por supuesto, desde el primer día.

Ella comprendió. Aclaró su garganta y apoyó ambas manos en su bastón para hablar hacia todos.

—Lo que el prior Liam quiso decir es que les ofreceré un consejo de acuerdo a sus síntomas. No haré ninguna examinación directa. Nadie deberá despojarse de su velo.

Se escucharon suspiros de alivio. Tres subieron su mano, dos no lo hicieron. El crucífero también suspiró, indicándole a la baronesa la primera figura a su izquierda.

—Podemos comenzar con Gabriela.

Gabriela Lira Bernal tenía diecinueve años. Hacía un año que había abordado la goleta *Stella Maris* en Puerto Montt con dirección a bahía Posesión, ubicada en el extremo atlántico del estrecho de Magallanes, casi en el límite con Argentina. Para los viajes cortos —comparados a las grandes rutas cubiertas por la Pacific Steam Navigation Company— generalmente se disponían navíos de menor capacidad y que, además, pudiesen cumplir con dos tareas a la vez: transporte de carga y pasajeros. El *Stella Maris* trasladaba ganado. Gabriela, sin más dinero que algunas monedas para un viaje solo de ida, entregó todo lo que tenía para que la acercaran a la frontera. Su verdadero destino era Río Gallegos, donde vivía su prometido. En la noche del 31 de marzo, un pasajero alertó a la tripulación de una muchacha con extrañas lesiones. El pánico se expandió en minutos y alguien mencionó que estaban cerca de la llamada *Vía Damna*…

La lanzaron con una boya atada a la cintura frente a la isla Santa Inés. La fuerte marea la

arrastró hasta extraños roqueríos donde, a lo lejos, divisó una solitaria antorcha flameando…

Paula se sentó lentamente en un extremo del catre. El silencio expectante del resto de la audiencia la puso nerviosa. Podía sentir una leve taquicardia bajo su blusa de algodón, pero la mantuvo a raya: por más horripilante que pudiera lucir, había una persona real tras ese manto blanco fantasmal. Una mujer, en este caso, lanzada a morir al mar por alguna poderosa razón. Se obligó a recordar que, en sus mejores tiempos, nada la hacía sentir más determinada que la misericordia.

—Buenas tardes, Gabriela —le dijo, reticente. En el velo de la mujer no había nada más que dos pequeños orificios para sus ojos—. Cuénteme qué la aqueja.

Lo primero que la aludida hizo fue voltear hacia el hermano Liam. Él le hizo un gesto cálido, animándola a sentarse junto a la baronesa. Ella obedeció algo temblorosa, ubicándose en el extremo contrario.

—Es muy terrible. Nadie puede ayudarme.

—Póngame a prueba.

—Nadie se cura de esto, dicen…

Paula repasó en su cabeza un listado escabroso de enfermedades contagiosas. Visualizó a los niños del puerto de Valparaíso cayendo por la viruela. Recordó su encierro actual. Oyó la voz del gobernador Ferrogués advirtiéndole del supuesto peligro al venir a la *Vía Damna* y la sacudió rápidamente de su sistema, como una mosca revoloteando en su peinado.

—La gente dice muchas cosas, cuando la mayor parte del tiempo debería quedarse en silencio —comentó, dejando su bastón sobre su regazo—. ¿Fue diagnosticada por un médico antes de llegar aquí?

Ella negó.

—El capitán del barco me informó qué es lo que tengo.

—¿Y qué es?

Bajó la cabeza. Paula creyó escuchar que sollozaba.

—Lepra.

Ninguno de sus otros acompañantes en ese asilo improvisado al fin del mundo dio alguna señal de acusar recibo. Al parecer, todos ahí estaban bien informados de qué padecía cada quien, información proporcionada por los crucíferos portugueses para que la toma de resguardos fuese la base del comportamiento general. Así, si alguien quisiese tomar resguardos adicionales, era su prerrogativa.

La anciana se inquietó, pero intentó no demostrarlo.

—Para confirmar ese diagnóstico, necesito *verla* —le dijo, contrariada—. No sería concluyente de otra manera. Sería irresponsable de mi parte si…

—¿Y servirá si le detalla sus lesiones?

El prior había intervenido con la única posibilidad que se le había ocurrido. Paula se resignó.

—No es lo ideal, pero es lo que tenemos —respondió, asintiendo—. Entonces, Gabriela, ¿podría describírmelas? Color, aspecto…

Bajo la tela podía notarse que ella se movía para observar su propio cuerpo. Se demoró unos minutos.

—Son rojizas… Tienen una capa de piel más dura en la superficie, más opaca…

—Lesiones escamosas, ajá —concluyó la baronesa—. ¿Están en todo su cuerpo? ¿En algún lugar en particular?

—Las más grandes están en mis rodillas… También hay en mis codos, detrás de mis orejas…

En mis talones…

—¿Y en las plantas de los pies? —Gabriela negó con el vaivén de la tela—. ¿Ampollas? ¿Pus? —Ella negó otra vez. Paula bajó los hombros—. En los lugares donde están las lesiones, ¿ha perdido sensibilidad, como si la piel estuviese dormida? ¿Al calor, al frío, al tacto?

Ella lo pensó un momento. Tocó sus orejas, sus rodillas. Volvió a negar.

—No, en realidad escuecen mucho.

—Entiendo —suspiró la anciana. En lugar de aliviarse, sintió furia subir por su garganta—. La buena noticia es que *no* es lepra. La mala noticia es que ha pasado por toda esta horrible experiencia gracias a algún borrico pelafustán del que quiero su nombre y apellido, por si me animo a hacerle una visita…

Gabriela miró al prior en un movimiento brusco. Luego a la baronesa.

—¿Está segura? ¿Y qué es, entonces?

—Psoriasis —contestó la excarmelita—. Las lesiones de la lepra son un tanto diferentes, pero es frecuente la confusión. Entonces quizá… —titubeó, mirando a Gabriela de arriba abajo—, solo para estar muy muy seguros, podría mostrarme… su pie. Nada más que su pie —apuntó. La joven movió la cabeza, asustada. Paula se acercó unos centímetros—. Si usted toma el riesgo, yo también.

El prior dio unos pasos hacia atrás. Había suficiente distancia entre ella y el resto de los enfermos. La baronesa no cortó el contacto visual con Gabriela en ningún momento, para asegurarle de que no bromeaba…

La joven, temblando, recogió apenas su velo y estiró su pierna. Paula de Ferrari se inclinó y arrugó los párpados. Por apenas dos, tres segundos, Gabriela expuso la herida rojiza de su talón a la luz exigua de la única lámpara de queroseno, recogiéndola luego con apuro. Se persignó bajo la manta.

La excarmelita sonrió.

—Es psoriasis. Es una condición odiosa, pero no demasiado grave. Si sigue algunas rutinas se pondrá bien.

El hermano Liam, igualmente sorprendido y feliz, elevó la mirada al cielo y juntó sus manos en el pecho. Tadeu, más atrás, se persignaba y exclamaba: “Dichosa sea la clemencia del Señor”. La joven aún estaba en *shock*.

—¿Y ahora? ¿Qué debo hacer ahora? No sé… No sabría…

—Para un caso como el suyo los médicos suelen prescribir baños de alquitrán, pero tendremos que usar lo que tenemos a mano —dijo. Volteó hacia el crucífero menor—. Hermano Tadeu, en alguna de las cajas hay vinagre de manzana. Aparte un poco para que Gabriela pueda frotar unas gotas en sus heridas una vez al día. También puede usar aceite de ballena, si el prior acepta sacrificar algunos minutos de luz por noche.

Él sonrió, asintiendo.

—Nos adaptaremos.

—Gracias, madrecita —habló Gabriela, extendiendo sus manos bajo el velo. A través de los huecos, doña Paula pudo ver los ojos vidriosos de la joven—. Gracias. Que Jesús y *Kooch* la protejan.

La baronesa sonrió con los labios pegados, sin estar muy segura sobre qué debía responder. Era la primera vez en su vida que la bendecían aludiendo a una deidad indígena.

—Amén —respondió al fin, con calidez. Se apoyó en su bastón para levantarse y pasar al siguiente catre—. Buenas tardes. Soy Paula de Ferrari, excarmelita desc…

—Lo sé, lo sé, ya escuché su presentación —dijo el hombre, nervioso. Por su voz parecía mayor de cuarenta años, pero lo más importante es que se oía molesto con la situación—. Mantenga su distancia, ¿quiere? Yo no pedí su ayuda.

La baronesa no alcanzó a sentarse. Se mantuvo de pie y levantó su mano libre para calmarlo. Adivinó que había alguien alto y muy robusto tras el velo, el cual esta vez tenía también una abertura para la boca. Liam se acercó a su oído y susurró la información crucial: estaba frente al arrojado más reciente. Lo habían rescatado apenas hace dos meses, lo que explicaba bien su actitud reacia, pero no sus evidentes temblores.

—No haré nada que usted no quiera.

Él se revolvió incómodo bajo la tela.

—¿Es usted médico?

—No —respondió ella—, seguro sabrá que la medicina apenas comienza a ser una carrera permitida para mujeres, pero fui una enfermera entrenada en la guerra, así que soy lo más cercano a un higienista que encontrará por estos lares. Puede sorprenderle la utilidad de mi experiencia.

Él bufó.

—Dudo que el aceite de ballena pueda ayudarme…

—Pues qué suerte la suya: traje un cargamento muy surtido de diferentes medicamentos —dijo apuntando a los frascos, potes y pequeños sacos de arpillera de yuca sobre su catre—. Seguro hay algo ahí para usted, quizá no para curar lo que tiene, pero sí para aliviar sus síntomas. A veces eso es suficiente para llevar una buena vida.

Considerar esa perspectiva alivió un poco la postura del sujeto, si bien seguía muy inquieto. Suspiró tan fuerte que ella creyó que se desinflaría como un globo aerostático.

—Sorpréndame —le dijo él.

Doña Paula frunció el ceño, intrigada. Estiró su brazo para entregar su bastón al hermano Liam y entonces procedió a sentarse en el catre del arrojado. Se acercó bastante y con confianza en sus movimientos, como había aprendido a hacerlo en todos sus años de experiencia en el área sanitaria. Esa era una de sus conclusiones más importantes: antes que sapiencia o soluciones, lo primero que el enfermo quiere del doctor es que le haga sentir seguro. Ella podía proveer eso a otros sin haber puesto un solo pie en la universidad.

Ya con su rostro muy cerca, la baronesa arrugó la nariz. El hálito del hombre olía muy fuerte a amoníaco.

—¿Podría sacar la lengua, por favor?

Dudó por unos segundos. Luego la asomó apenas por la abertura en la tela, lo suficiente para exhibir unas pequeñas manchas blancas. Paula susurró un “gracias”.

—¿Eso es grave? —husmeó Tadeu sobre el hombro de la anciana. Ella lo miró con reproche.

—Su curiosidad no nos ayuda en este momento, hermano. Preferiría escuchar la lluvia —opinó. El crucífero dio unos pasos hacia atrás, algo avergonzado, al tiempo que Paula recomponía una sonrisa de cortesía hacia el enfermo—. Disculpe mis modales. No le he preguntado su nombre.

—Hipólito… Hipólito Ortuño.

Hipólito llegó al fuerte en la madrugada del 2 de mayo. Vestía un rudimentario chaleco de corcho que era usual encontrar en los antiguos bergantines como opción de salvavidas. Había tragado mucha agua y apenas podía sostenerse en pie, así que *Nueve* —o mejor dicho Euclides— había subido todo el sendero del acantilado con él al hombro. Traía un pequeño saco con algunas

pertenencias: unas monedas de oro, una pipa y una caja de madera forrada en terciopelo, la cual guardaba un ambrotipo en vidrio que no se trizó de milagro. En él, una mujer elegante posaba junto a un niño de dos o tres años: su esposa y su hijo, muertos de tos ferina hace algunos años.

Según su propio testimonio, él mismo se había lanzado al mar al momento que su embarcación, el *Pitoniso*, pasó el cabo Froward. Por su condición, era un lastre para su tripulación. Ya no podía hacer su trabajo por el dolor. Llevaba días sin comer. Convertirse en un *maldito* no era un peor destino del que ya estaba viviendo…

—Señor Ortuño, ¿puede mirarme sin pestañear?

Le costó obedecer, no por reticencia, sino porque seguía moviéndose entre pequeñas quejas de dolor, pero lo logró por algunos segundos. Sus cuencas alcanzaban a apreciarse bien tras los orificios de la tela. La anciana se fijó con detalle: el color amarillento de la esclerótica era intenso.

—Descríbame su dolor —pidió ella luego, atenta.

—Lo llevo hace mucho, ya nos conocemos bien —le confesó, con una carcajada amarga—. Es un dolor punzante en el vientre, hacia el costado… También al centro del pecho, a veces. Quema.

—¿Se agudiza al comer, por ejemplo?

A espaldas de Paula, el menor de los crucíferos levantó su mano tímidamente. El prior tocó el hombro de la anciana para que volteara. Al verlo, ella hizo un gesto divertido de regaño.

—¿Sí, hermano Tadeu?

—No es mi intención actuar de alcahuete —comenzó diciendo, algo vacilante—, pero Hipólito no ha comido prácticamente nada hace varios días. Apenas agua y algo de miel.

Paula pensó un momento.

—Si eso es cierto, el dolor debe ser muy persistente —asumió. Giró hacia el enfermo—. ¿Reflujo? ¿Vómitos? ¿Sangrado en la letrina?

—Todo, sí —respondió, con un tono que pasaba por la vergüenza aunque se asemejaba más a la resignación. Tadeu se entristeció.

—¿Tiene várices? —preguntó ella, si bien sonaba a sintomatología inconexa. Como él no respondió enseguida, ella comprendió que debía explicar—: Las várices son venas inflamadas, de un color azul o violáceo. Generalmente aparecen en las piernas y son bastante dolorosas.

Él ya estaba asintiendo antes de que la baronesa terminara de hablar.

—Sí, varias. En mis pantorrillas.

Ella se enserió de pronto.

—Para terminar: ¿podría describirme su consumo de alcohol diario? Antes de llegar aquí, me refiero.

Por la forma en que bajó la cabeza, seguro era más que una copa de brandy después del almuerzo. No dijo nada, pero ella ya había confirmado lo que necesitaba a partir de su autocensura.

—Señor Ortuño, me temo que su hígado está en muy mal estado… En etapa de cirrosis avanzada —habló Paula, suave y pausada, lo que parecía adecuado, pero era terrible, pues solía ser la forma en que los médicos daban las malas noticias—. Un té de cardo mariano dos veces al día puede aliviar la inflamación del vientre. Si añade jengibre quizá recupere el apetito. Vale la pena intentarlo. —Entonces volteó el rostro—. Hermano Tadeu, en uno de los frascos que traje hay hojas y flores de…

—Solo dígalo —la interrumpió Hipólito. Había dureza en su voz, pero también miedo—. Moriré pronto, ¿no es así?

Paula de Ferrari, en su fuero interno, aceptaba haber caído en múltiples pecados. Mentir no solía ser uno de ellos.

—Es imposible dar una fecha exacta. Puede ser mañana, en un mes, dentro de un año… —balbuceó. Finalmente prefirió no seguir con los detalles—. Lo siento mucho.

El hombre asintió débilmente. No miró a nadie. Ubicó su cuerpo en el catre, tomó la manta de lana y se cubrió su velo con ella. El prior hizo un gesto de querer acercarse, pero Paula lo detuvo. Hipólito necesitaba tiempo para procesar algo que, de alguna manera, ya sabía, pero que ahora una vetusta extraña le había confirmado.

Ella misma no quería quedarse demasiado en la vibra enrevesada de una mala noticia, así que pidió su bastón a Tadeu y pasó pronto al siguiente catre. Odiaba ser la de las malas nuevas, pero tenía el talento de hacer lo que otros evitaban. En la guerra civil norteamericana ella fue la asignada de su sección para informarles a los soldados cuando despertaban después de días sedados y se encontraban con una pierna o brazo menos, amputados debido a las graves heridas. La mayoría de las veces ellos decían sentir la extremidad, a pesar de que ya no estaba ahí, y alguien debía explicarles la situación para calmarlos. Paula no era precisamente la más dulce y amorosa de las carmelitas, no eran esos sus dones, pero su fuerza había probado ser ciertamente útil en las más dolorosas de las situaciones.

—Buenas tardes —saludó. La persona frente a sí era de baja estatura y contextura menuda—. Dígame su nombre y su dolencia, por favor.

—Me llaman Flor… pero ese no es mi nombre. Me bautizó el padre Liam. Yo… no sé cómo me llamaba antes.

La baronesa se sentó lentamente y pidió a la mujer que hiciera lo mismo. Tenía acento argentino. Su velo exhibía una marca de sangre cerca de su sien derecha. No parecía una mancha reciente, sino la huella de una herida que posiblemente ya habría sanado.

—¿Sabe qué día es hoy?

—Primero de julio.

—¿Y sabe dónde estamos?

—En Chile —respondió, moviendo la cabeza ligeramente hacia el hermano Tadeu—, en la región de Magallanes. Al fin del mundo.

—¿Qué desayunó hoy?

—Ñaco dulce.

—¿Y cuál es el nombre de su padre? —Flor calló de golpe. Apretó los labios, y Paula inquirió de nuevo—: ¿En qué pueblo de Argentina nació?

—No lo sé.

—¿Y conoce el apellido del hermano Liam?

—Fonsêca —sonrió ella, alegre de poder contestar a la pregunta. La baronesa mantuvo la seriedad.

—Pero no sabe cuál era su nombre antes de llegar aquí…

Ella negó. Ese fue el momento en que el hermano Tadeu sintió que debía intervenir.

—Flor ya lleva tres años con nosotros —explicó, cálido—. Vino a pie desde Puerto del Hambre. Toda la información que tenemos es que viajaba en un barco que recaló en esa bahía, aunque no sabemos el motivo. Bajó, se perdió en el bosque… y el barco se fue sin ella.

—Lo lamento —dijo Paula. Flor movió la cabeza.

—Yo no. No sé quiénes eran. Lo bueno de no recordar nada es que no conozco la tristeza de la nostalgia.

Paula asintió, pensativa. Había algo positivo en ese enfoque práctico, aunque áridamente desapegado, de una evidente tragedia.

Apuntó a su cabeza.

—¿Sufrió un golpe?

—Así es como llegó a nosotros —intervino el hermano Liam—, sangrando profusamente de ese lado del cráneo. Costó bastante que sanara.

La excarmelita sintió la impotencia de no poder mirar directamente la herida gracias al condenado velo. Así era muy difícil evaluarla.

—¿Aún duele? —le preguntó—. Si se toca en esa zona, ¿siente un hundimiento? ¿O más bien una protuberancia?

Flor tocó el costado de su cabeza bajo la tela.

—Se siente abultado —dijo—, como una protuberancia, sí. Pero hace mucho que ya no duele.

Paula asintió. Miró al prior.

—Los casos de amnesia por golpe craneal no son tan infrecuentes, lamentablemente —le explicó—. Entiendo que no sepan si fue intencional o accidental, pero poco importa a estas alturas. Lo más importante es que Flor demuestra lucidez.

—Me siento bien —aportó ella, encogiéndose de hombros—. Tuve que reaprender el padrenuestro, pero al menos no he olvidado cómo se usa una cuchara o que no debo orinarme encima.

—Ajá. Eso es demencia senil, otro tipo muy distinto de amnesia —señaló Paula. Subió el mentón, serena—. Me conforta su buen ánimo, pero me apena que no podamos recurrir a su familia. ¿No traía documentos, hermano Liam? ¿Algún objeto de valor? ¿Tatuajes?

—Nada de nada —se apenó el crucífero—. Incluso sus ropas eran genéricas. No traía ni una sola pista a cuestas. Un gran misterio.

Flor le sonrió.

—No se preocupe, padrecito. Estoy muy a gusto aquí.

Tan a gusto estaba que, como no presentaba ninguna enfermedad de base, el hermano Liam le había permitido no usar velo tras explicarle las creencias aónikenk. Pero ella no quiso ser diferente a los demás. Aceptó el velo hasta con alegría. Era una mujer en conformidad con sus circunstancias, algo inusual pero muy conveniente.

—En cualquier caso, no renuncie a la posibilidad de recordar —le pidió Paula—. Las amnesias son impredecibles… Sus memorias podrían volver sin aviso en cualquier día de estos. Ejercite su mente para que esté siempre en movimiento: lea los libros del hermano Liam, vaya al cementerio y cuente las cruces en voz alta, aprenda los nombres de pajarillos e insectos, intente alguna actividad nueva. El suyo es un caso de trauma severo, pero no veo por qué no podría revertirse. La esperanza es lo último que se pierde.

—Gracias, madre —sonrió Flor, haciendo una leve reverencia.

—¿También puede revertirse la ceguera?

En el catre de enfrente, la figura tras el velo era singular. No había ningún agujero en la tela que permitiese ver sus ojos o su boca. Era un espectro fantasmal en todo su esplendor, como sacado del libro egipcio de los muertos.

—A veces, sí —respondió doña Paula. Se acercó al hombre que habló—. ¿Cuál es su nombre?

—Manuel Benjamín Rojas —pronunció—. Sé que esto ha sido un castigo del Señor y he orado para que me perdone.

La baronesa permaneció de pie frente a él. Movió una mano frente a su rostro, pero él no se

inmutó. Atribuir dolencias físicas a la furia del Creador era una costumbre antediluviana que aún solía escuchar entre los fieles y la sacaba de sus casillas.

—Entiendo que no es una condición de nacimiento, entonces —aventuró ella, y él asintió—. ¿Hace cuánto que perdió su visión, señor Rojas?

—Hace unos cinco años…

—¿Y fue una pérdida paulatina o súbita?

Él pensó un momento.

—Fue poco a poco —respondió, recordando—. Ha ido empeorando con el tiempo.

Paula volvió a pasar su mano sobre el rostro de Manuel. No obtuvo reacción.

—¿No ve nada… *nada*? ¿O algunas luces? ¿Formas?

—Es como si me hubiese pillado una tormenta en el desierto —intentó explicar, con la voz quebrada—. Eso es lo que siento: arena en los ojos. Veo luces y sombras, sí, pero no distingo rostros ni cosas ni lugares. Le pedí al hermano Liam que me asignara este velo, para que no gastara uno con "ojos" en mí.

Manuel también se había arrojado voluntariamente a la *Vía Damna* el 12 de noviembre de 1901, pero no por alguna enfermedad, sino por acusación de robo. En los viajes largos a través del océano no solo los víveres debían cuidarse con recelo, sino también el agua dulce. Buena parte de las recaladas respondían al objetivo de reponer este elemento vital para la supervivencia de la tripulación. De ahí que fuese imperdonable lo que se le imputaba a Manuel: tomar más ración de la asignada… pero mucho más. Tres, cuatro veces lo que le correspondía. Causó graves problemas de convivencia, alguien trató de apuñarlo en su propia litera, hasta que otro tripulante le *sugirió* saltar en la bifurcación del Estrecho, antes de que llegaran a Punta Arenas; que si no saltaba, su muerte sería más violenta que la hipotermia del mar austral…

Entonces lo hizo.

Por suerte el hermano Liam fue el primero en recoger a Manuel desde las rocas. Así se percató de su ceguera y se lo comunicó a *Nueve* apenas apareció en escena. De ese modo, cualquier otra información de su hoja de vida estaría supeditada a su desventaja física y, en la *Vía Damna*, eso era obligatorio para sobrevivir.

—El grosor de su velo impide que reciba suficiente luz, así que su visión se reduce aún más —le explicó Paula, preocupada—, y también su movilidad. ¿Tiene un bastón para ayudarse?

—Ofrecí tallarle uno y rechazó mi oferta —lo acusó Tadeu, sonriendo a medias.

—Camino mucho por el predio sin mayores problemas —aseguró Manuel a ambos—. Ya he memorizado los senderos. No quería ser un lastre para los hermanos cada vez que necesitase beber agua, así que he aprendido autosuficiencia. Ahora llego por mi cuenta al establo y ya sé dónde están los barriles, también el de cerveza. Y tengo siempre un ahorro —dijo, apuntando al área bajo su catre. Ahí dejaba una botella artesanal, hecha de calabaza hueca, con líquido suficiente para pasar la noche.

Paula arrugó el mentón.

—¿Bebe agua muy seguido?

—Muy —se encogió de un hombro.

—Entonces también visita mucho la letrina…

—También. Pero ya me he acostumbrado.

—¿Siente hormigueo en sus manos? ¿Se entumecen sus pies?

—A veces… pero imagino que es por el frío.

—Puede ser, es cierto —reconoció la baronesa. Luego exhaló. Tenía una corazonada—. Bien.

Creo saber cuál es su problema, señor Rojas, pero necesitamos evidencia contundente. Dígame, ¿alguna vez ha probado su orina?

Todos los presentes, atentos a la ronda de Paula por los catres, se miraron entre sí con confusión. Los crucíferos fueron los más sorprendidos por la audacia de sugerir algo así.

—Es una imagen poco ortodoxa, Sor Paula —habló el hermano Liam.

—Nuestro cuerpo realiza varias funciones supuestamente desagradables, pero sin ellas no estaríamos vivos —explicó, divertida por incomodarlo—, así que más nos vale amigarnos con los términos. Orina es lo más suave que me oirá decir.

—Me refería a que su sugerencia no es precisamente habitual —puntualizó Liam, en tono de regaño.

—No, habitual no, pero muy pertinente en este caso. Pienso que Manuel es diabético.

El aludido movió bruscamente su cabeza bajo la tela.

—¿Diabetes?

Ella asintió con confianza.

—Y si estoy en lo cierto, podremos controlar su nivel de azúcar para que recupere su visión. No completamente, me temo, pues los efectos suelen ser irreversibles, pero son mejorables.

Manuel estaba anonadado.

—¿Así de fácil?

—Nada es tan fácil en este mundo. Tendrá que hacerse asiduo a la canela y la avena tanto como al agua, y no más cerveza caliente para usted. Tampoco ñaco ni miel. Le dejaré una lista al hermano Liam para que cuiden mucho su dieta y pueda ver resultados pronto… pero no cante victoria —le advirtió, algo severa—. No hemos descartado el castigo divino aún. Le repito, ¿ha probado su orina alguna vez?

—Nunca, madrecita, pero si debo tomar un cuenco completo para sanar, lo haré.

—No, no. No hay necesidad de medidas tan drásticas —dijo ella, moviendo sus manos. Esa imagen sí que era poco ortodoxa—. Basta una gota. Mañana temprano haga la prueba. Si su orina tiene un gusto dulzón, diagnóstico confirmado.

El entusiasmo de Manuel se congeló un segundo.

—¿Y si no sabe dulce?

—Entonces el origen de su ceguera es otro —respondió ella— y habrá que seguir explorando caminos. Pero uno a la vez. Tenga fe.

El hombre se persignó bajo su velo.

—Gracias, gracias —exclamó, con la voz temblorosa. Paula sonrió con satisfacción. Esto estaba resultando mucho mejor de lo que habría pensado.

—¿Quién es el siguiente?

La persona más cercana al catre del prior Liam estaba sentada en el propio, dando la espalda al resto del galpón. Se movía levemente hacia adelante y atrás en un vaivén simétrico e inquietante. Bajo su velo podía notarse que la persona golpeaba su sien derecha con el dorso de su mano, casi al mismo ritmo de su cuerpo. Era algo hipnótico. En su hombro llevaba el número tres escrito en carboncillo.

El hermano Liam se sentó junto a la figura y le habló en voz baja.

—Simeón —lo nombró, con una sonrisa a medias—, tienes una visita.

Él no volteó su cabeza hacia el prior ni detuvo su cadencia. Tampoco volteó hacia Paula. Ella se acercó lo suficiente para rodear el catre y ubicarse frente a él, y aun así parecía no percatarse de su presencia. Compartió con el hermano Liam una mirada aprensiva.

—Buenas tardes, Simeón.

Su velo tenía agujeros para sus ojos y su boca. En un análisis rápido, por contextura calculó que no podía ser más que un adolescente. Sus ojos apuntaban a un punto muerto. La tela en su mentón estaba húmeda de saliva.

—Si entras, no sales —murmuró él, seguido de una risa ahogada—. Si entras, no sales…

Paula recordó su voz. Era imposible olvidar ese tipo de bienvenida. Volvió a compartir una mirada con el prior y creyó comprender la situación.

—Simeón, mi nombre es Paula de Ferrari. Soy enfermera. ¿Hay algo en lo que necesites mi ayuda?

Detuvo su vaivén por unos segundos, aunque siguió golpeando su cabeza. Luego retomó el movimiento, como si nada hubiese ocurrido.

—No sabemos su apellido —comenzó Liam, entre serio y apesadumbrado—. Hace unos años lo encontramos… amarrado con una cuerda a la cerca de la entrada.

Recordar ese episodio siempre le revolvía el estómago. La crueldad humana tenía muchas caras. Matar a sangre fría era un ejemplo, abandonar a un hijo de Dios que no puede valerse por sí mismo era otro, sobre todo en medio de una de las peores tormentas de nieve que habían tenido en años. Lo habían dejado atado de manos y con un nudo rodeando a un listón de madera. Estaba sucio de barro y con heces frescas en sus pantalones. Los crucíferos se enteraron de su presencia pues escucharon sus gritos. Al encontrarlo no pudo articular ni una palabra, solo movía su torso hacia adelante y atrás, pero su miedo era muy notorio. A su lado había un pequeño saco con algo de ropa, un trozo de pan y una nota. “Un maldito debe estar con los malditos”. Quien sea que lo había abandonado ahí, al menos se había dignado a anotar su nombre: Simeón.

—Había sido tratado como un animal, con un desprecio que conmovió a los crucíferos hasta las lágrimas. Ellos lo limpiaron, lo vistieron, lo alimentaron. Aunque nunca emitió un “gracias”, su sonrisa de vez en cuando valía el esfuerzo.

—Le dimos un velo por la debilidad de su mente —explicó el prior—. Se comunica muy poco, pero comprende todo. Cumple casi todas las instrucciones, aunque con algo de ayuda.

—Es inofensivo, quizá el más vulnerable de los que estamos aquí —dijo el hermano Tadeu, con genuina compasión en su voz, acercándose—. Es un niño, y probablemente siempre lo será.

La anciana asintió, conmovida.

—Estás en las mejores manos del planeta, Simeón —le dijo. Él sonrió, y ella alzó el mentón hacia Tadeu—. ¿Algún síntoma físico, no mental, del que deba preocuparme?

El crucífero movió la cabeza.

—Es un chico sano. Toma sus dos comidas diarias con un poco de asistencia, pero es muy independiente. No debo acompañarlo a la letrina. Pasea por el predio todo el día y conoce el riesgo del acantilado, así que no se acerca. Tampoco ha querido escapar… hasta donde sé.

—Con vuestra compañía, ¿quién querría irse? —bromeó, aunque en el fondo era un cumplido genuino.

Liam agudizó su gesto de apremio.

—¿Hay algo que podamos hacer por su mente? —preguntó, apuntando específicamente a ese golpe suave, aunque persistente, de su mano contra su propia sien—. Intentamos que pase suficiente tiempo con las arcángeles. Parece hacerle bien.

—La demencia precoz no es mi área —aceptó Paula, triste—. Quisiera ayudar más, pero no soy el profesional indicado. En cualquier caso, siga su instinto, pues veo que ha resultado bien. Hurra por sus ovejas. Donde hay pocas palabras, puede haber más. Impúlselo a hablar,

convérsele siempre, aunque no responda. Y amor, prior. Estómago y corazón lleno. Qué más podríamos necesitar.

El portugués asintió. Acarició la espalda de Simeón unos segundos y entonces recordó que la ronda no había terminado. Con un gesto pidió a Paula que mirara tras su espalda.

Solo faltaba el exsoldado de Cambiaso. Besayún.

No pudo evitar que la imagen del fondo le produjese un escalofrío. Avanzó, aunque todo su cuerpo quería correr en dirección contraria. La figura tras el velo no se movía, y su cuerpo caía casi lacio sobre su costado, peligrando la estabilidad de la silla de ruedas. *Nueve*, sentada en el suelo a su lado, ya no tenía interés por el libro en su regazo.

Liam se irguió junto a la baronesa y eso alivió un poco su reticencia. Se inclinó levemente hacia el último enfermo.

—Me dijo que Besayún tenía alguna dolencia respiratoria, ¿no?

—Sí, tos persistente y silbido al respirar —confirmó el prior—, pero hace unas semanas que no hay rastro de eso. No podría decir que se recuperó, pues sus movimientos se han reducido al mínimo y nunca más dijo ni una sola palabra.

—¿Cuándo fue la última vez que comió?

El crucífero agitó la cabeza, sin recordar. Volteó hacia Tadeu como ayuda memoria. Él también negó.

La excarmelita extendió su brazo. Por sobre la tela, buscó el cuello de Besayún y apretó con tres dedos. Esperó unos segundos, retiró la mano y volvió a presionar.

Se apoyó en su bastón para reincoporarse.

—Su pulso es muy débil. A su edad, si dejó de hablar, dejó de comer…

—*Er wird heute Nacht sterben*.

Las palabras en alemán salieron de la boca de *Nueve* sin aviso y con pesar. Paula se sobresaltó, si bien un poco menos que la última vez. Al final Tadeu tenía razón: la aparente contradicción entre su rostro y las voces que producía se volvía tan recurrente que terminabas acostumbrándote…

—¿Qué dijo? —preguntó Liam.

—"Morirá esta noche" —tradujo Paula. Y coincidía con lo dicho, aunque no sabía si era un vaticinio o una advertencia.

Nueve se acercó al anciano y puso su mano sobre la suya, balbuceando algo en voz baja. La baronesa no entendía las palabras, no se parecían a ningún idioma que ella manejara, pero estaba segura de haberlas escuchado antes…

—Disculpe… ¿Sor Paula?

Gabriela habló de pronto. Se había puesto de pie junto a su catre, inquieta. Empezó a balancearse en la punta de sus pies.

—¿Sí, Gabriela?

—Si no tengo lepra… Eso quiere decir que puedo… ¿puedo irme?

Paula asintió desde su sitio. Dio una última mirada a Besayún; era exaliado de un sanguinario, en otras circunstancias no habría merecido un segundo de su tiempo, pero tal como el hermano Liam había dicho, idealmente los juicios se harán arriba, no aquí. Él sería enjuiciado por cualquier crimen cometido, más temprano que tarde y por la ley más dura de todas: la divina.

Avanzó en unos segundos los pasos que la separaban de la joven.

—No sé si está en mi jurisdicción otorgar ese permiso —dudó, mirando de vuelta al prior—, pero en cuanto a diagnóstico médico, sí, puedes irte cuando quieras.

Sollozó.

—¿No estoy *maldita*?

—Tendrás que cuidar esas lesiones, pero no te vas a morir de psoriasis, te lo puedo asegurar —le sonrió. Observó su velo hasta los bordes sucios de barro—. ¿La mejor noticia? No es una condición contagiosa. No estás *enferma*… y no necesitas este velo.

Dejó su bastón sobre el catre. Luego extendió sus brazos hacia Gabriela, arrugando la tela gruesa entre sus dedos. Ella tembló, hizo un amago de detenerla, pero con delicadeza Paula tiró del manto hasta que apareció su cabello, su rostro, sus lágrimas.

Su tez muy blanca contrastaba con su cabello y ojos muy oscuros. Una mancha de psoriasis en su cuero cabelludo había avanzado hasta su frente. La anciana la observó bien y confirmó su diagnóstico, aliviada. Puso su mano sobre la cabeza de la mujer para hacérselo saber y ella saltó, como en una descarga eléctrica. No sentía contacto humano hace tanto…

Comenzó a llorar. El hermano Tadeu apareció a su costado y la abrazó.

—¿Será juicioso alimentar sus esperanzas, Sor Paula? —se preocupó.

—No estoy especulando, hermano Tadeu. Gabriela tiene una condición tratable que no es contagiosa y eso es un hecho. Tiene la oportunidad de regresar a la vida común si así lo quiere.

—Quiero, eso quiero…

—Puedes ir conmigo mañana hasta mi hotel en Punta Arenas —le ofreció la anciana—. Conseguiremos un cupo para ti hacia Río Gallegos en un navío seguro. Nunca es tarde para decidir un nuevo comienzo…

—O para decidir un final.

Sin que nadie se percatara, Hipólito Ortuño había caminado hasta la puerta de la capilla. Esta batía y crujía al retener el viento indómito de afuera, aunque a ninguno de los presentes les preocupaba el ruido o el huracán o la lluvia.

Estaba completamente desnudo. Su piel era amarilla y venosa.

Su velo, con un número cinco pintado en carboncillo, yacía en el suelo de madera junto a su catre.

—Qué estás haciendo, Hipólito… —se alteró el hermano Liam, dando un paso torpe hacia él con las manos en alto.

—Estoy listo —dijo, aterradoramente parco. Puso su mano sobre el mascarón y lo movió levemente. Paula aguantó la respiración, igual que el resto de los *fantasmas*—. Es mi momento, padre.

—No te apresures… —tartamudeó Tadeu desde atrás, acercándose con prudencia. Había miedo en sus ojos. En la *Vía Damna* cada enfermo podía escoger el momento de morir, era cierto, era ley, pero en cuarenta años los crucíferos jamás habían debido lidiar con una decisión tan intempestiva. Habían tenido unos días para preparar el alma del enfermo, así como prepararse ellos mismos para aceptar lo resuelto por él en todos sus cabales. Salvo excepciones, quienes no querían esperar el deceso natural lo buscaban en el risco. El roquerío abultado, portentoso, ofrecía una muerte rápida. Todos en el fuerte lo sabían. Todos, en algún momento de su agonía, lo añoraban.

—Extraño a mi esposa —se quebró, bajando la mirada por un segundo. Luego se dirigió al prior—. ¿Pondrá el retrato bajo mi cruz, padre?

Liam juntó las manos a la altura del pecho y apretó los párpados. Asintió, compungido. La caja de terciopelo yacía en su mesita de noche.

El siguiente movimiento fue tan rápido que la reacción de cualquiera de los presentes no habría

bastado. Hipólito movió la sirena del mascarón y esta cayó estrepitosamente al suelo, fisurándose la madera. La puerta se abrió por sí sola gracias al empujón del viento. Llovía con escándalo y en diagonal.

Dio una última mirada a quienes habían sido sus compañeros por esos meses. Les sonrió con los ojos hinchados y los labios azulosos. Y corrió.

—¡Hipólito!

Tadeu salió disparado tras él. Empujada por la adrenalina y obviando su cuerpo gastado, la baronesa de Biancavilla cruzó también el umbral. El temporal le pegó de frente; en la completa oscuridad no supo hacia dónde ir, así que levantó su bastón y avanzó por instinto tan rápido como pudo. Todo su cuerpo se entumeció en cuestión de segundos. Creyó ver una figura corriendo y la siguió. Iba hacia la izquierda, hacia el acantilado norte.

Cuando estuvo suficientemente cerca de la orilla como para escuchar el choque del océano contra el morro, distinguió una figura junto al borde de tierra. Tenía los brazos abiertos cual Jesús crucificado. A unos metros de distancia, el hábito de Tadeu se levantaba y azotaba contra sus piernas.

Paula llegó hasta él. Lloraba profusamente. Tomó su mano.

Entonces alguien pasó junto a ellos con agilidad.

—¡También es *mi* momento, Hipólito! —gritó el hermano Liam, sosteniendo algo en su puño derecho mientras se acercaba.

El hombre, sin bajar los brazos, asintió.

—No dejaré que los *gualichu* me devoren. ¡Bendígame pronto, padre!

Empapado, con la lluvia punzando su rostro, usando toda su fuerza para mantenerse erguido a pesar del vendaval, el prior Liam Fonsêca metió el pulgar en el tarro engrasado y levantó su brazo. Era aceite de ballena. Un gran trueno y su posterior relámpago iluminaron el risco.

—*Por esta santa unção* —lloró el crucífero, intentando quebrar con su voz el ambiente ensordecedor. Con solemnidad, hizo la señal de la cruz en la frente de Hipólito. Luego la repitió en la palma de su mano derecha. Luego en la izquierda—, *e pela sua gentil misericórdia, que o Senhor vos ajude com a graça do Espírito Santo. Isso livre dos teus pecados, ele pode conceder-te a salvação e confortar-te na tua doença. Ámen.*

—Amén —repitió el hombre al recibir el sacramento final, con sus lágrimas diluidas en el temporal. Sin dejar de mirar al anciano, dio un paso hacia atrás, y otro—. ¡Es usted una buena persona, padre! —Levantó la vista—. ¡Tú también, Tadeu!

Sus pies tocaron el borde del acantilado. El mar oscuro y bravo rugía a sus espaldas.

—¡Oh, Dios misericordioso! —gritó Paula, aferrada al brazo de Tadeu—. ¡Recibe a tu hijo!

Sintió una extraña presencia y volteó. *Nueve*, impertérrita bajo la lluvia tupida y el viento salvaje, se encontraba con la mirada de Hipólito a la distancia en el último segundo. Pronunció con una voz femenina y a volumen alto, para que pudiese escucharla:

—*¡Allotoi uenenjeme Kooch!*

Él asintió, agradecido. Bastó dejarse caer.

Su cráneo se partió al primer golpe, pero Paula de Ferrari solo escuchó las olas.

XII

2 de julio de 1905
Matinée
Vía Damna, estrecho de Magallanes

Dos muertos con pocas horas de diferencia no era algo que Paula de Ferrari hubiese previsto para su arriesgada noche en la *Vía Damna*. Pensaba en eso, erguida allí, ajustando su abrigo, frente a un montón de cruces en la mañana más gélida de la temporada. La voz del hermano Liam leyendo un pasaje bíblico parecía sonar a kilómetros de distancia. Ella no estaba realmente atenta a su sermón. Repasaba en su mente todo lo sucedido como un álbum de fotografías, donde las imágenes y no las palabras son las que cuentan la historia…

El cuerpo de Hipólito desapareció frente a ella, entre el viento y la lluvia. Quiso detenerlo, convencerlo de que esperara un poco más, pero el libre albedrío, el maldito libre albedrío… Por lo demás, pesaba en ella la responsabilidad del diagnóstico dado. Si le hubiese mentido, si le hubiese dicho que el estado de su hígado era reversible, ¿habría eso salvado su vida? ¿Habría ganado algunos meses, quizá un año? Pero esa vida, ¿hubiese sido una *buena vida*? Él ya estaba agónico y probablemente cualquier otro día en esas condiciones sería una suma a su tortura. La interrupción voluntaria de la vida tenía ese norte: detener un sufrimiento prolongado que podía evitarse. En eso los aónikenk, pensó Paula, estaban en lo cierto: un padecimiento doloroso restaba serenidad, y una vida mal vivida dejaba de ser digna.

Como fuera, en ese instante de la noche no tuvo tiempo para reflexiones, pues apenas unos minutos después oyeron voces desde la capilla. Llamaban por el hermano Liam con urgencia. Él estaba de rodillas sobre el césped, con el corazón desgarrado, rezando por el alma de Hipólito bajo la tormenta. No habría escuchado nada más que el viento si no fuera porque Tadeo fue hasta él. Lo removió de los hombros para que reaccionara. Había que volver al galpón.

En el umbral, la figura con el velo número dos, Flor, hacía señas exageradas. Los tres religiosos entraron entre llantos y angustia. Empapado, Tadeu se esforzó en recoger el mascarón para poder trancar la puerta y lo hizo con la ayuda de Manuel. Por fin el ruido del viento se acallaba lo suficiente para poder escuchar sus respiraciones agitadas. Y entonces Paula sintió unas manos que tironeaban su abrigo. Gabriela, a rostro descubierto, le rogaba que se lo sacara, y ojalá también su suéter. La baronesa se negó como primera reacción, pero notó lo que estaba sucediendo con los crucíferos: ellos se despojaron rápidamente de sus ponchos y hábitos que destilaban, mientras Flor sacaba las capas de piel de guanaco de los catres para cubrirlos con ellas. También movieron el brasero. Por la coordinación tan ágil de todos, Paula creyó entender que quizá este era el procedimiento estándar cada vez que alguien era suficientemente incauto para salir afuera en plena tormenta magallánica.

Se quitó su abrigo, su suéter negro, sus botines. Sus dientes castañeteaban. No creía nunca haber sentido tanto frío en su vida, tanto que tuvo una punzada de dolor en la nuca. Por eso no se opuso a las manos que rodearon su cuerpo: mientras una figura blanquecina dejaba en su espalda

una gruesa capa de guanaco, a la que ella se abrazó al instante, otra persona tras su velo envolvía los pies de la anciana en lo que parecía una gruesa bufanda de lana de oveja.

—¿Está bien? —habló el hermano Tadeu unos metros a su izquierda, tiritando bajo su propio manto de piel de guanaco—. ¿Siente que recupera calor?

—Sí, sí —respondió ella, aún agitada—. Qué extraordinaria piel. Es mejor abrigo que el de algodón y terciopelo que estaba usando…

—Se llama *quillango*. Era parte de la vestimenta común de los aónikenk —explicó él—. Muchas veces no usaban nada más que eso sobre sus cuerpos desnudos, frotados de antemano con grasa de foca o ballena. Sabían que era un excelente aislante. Su sabiduría nos ha permitido sobrevivir los inviernos más crudos.

Con algo de dolor, Paula logró mover los dedos de sus pies. El entumecimiento estaba cediendo. Alzó la mirada para cerciorarse de que el hermano Liam también estuviese recompuesto, pero un sonido a su derecha la distrajo.

Alguien lloraba.

En el fondo del galpón, la silla de ruedas estaba vacía.

En el primer catre de la fila había un bulto cubierto por una sábana blanca. Al comienzo la excarmelita no supo distinguir qué era, pero al notar la silla y, por sobre todo, el gesto de aflicción de *Nueve* —sentada en el suelo junto al catre, completamente empapada, pero sin signos de hipotermia por ello—, lo entendió. El hermano Liam, arrastrando su capa de guanaco, se había acercado por uno de los costados, inclinándose luego ante el bulto.

Paula se liberó de la comodidad de la lana en sus pies y, descalza, sin siquiera pensar dónde estaba su bastón, avanzó hasta el catre. Más de cerca se le hizo evidente: bajo la tela había una persona en posición fetal.

—Besayún ha muerto —le susurró Gabriela.

El prior tenía un aspecto horrible. La tristeza lo consumía.

—Sor Paula —dijo él, sin mirarla—. ¿Podría corroborar el deceso?

La anciana asintió y rodeó el catre pasando junto a *Nueve*. Ya no sentía desasosiego al estar junto a ella, y al parecer ella tampoco tenía tantos reparos. Se movió unos centímetros para que Paula tuviese espacio para examinar.

Usó ambas manos para tocar el bulto y comprender dónde estaban sus manos, sus piernas, su cabeza. En esa posición tan torcida era muy difícil acceder a su cuello para buscar el pulso.

—¿Es posible… —comenzó ella, hablando con voz suave— … quitarle el velo, al menos por un momento?

En lugar de buscar la aprobación de alguno de los crucíferos, Paula buscó la mirada de *Nueve*, o más bien, de cualquiera de las almas que ahí residieran y estuviese presente en ese momento. No podía imaginar cuál de todos era quien sentía ese duelo profundo que se transmitía en los pómulos angulosos de la mujer, pero quizá no era uno, sino todos. Mal que mal, Besayún había sido su única compañía durante los primeros años de abandono del fuerte antes de que arribaran los crucíferos.

Nueve asintió lentamente.

Con la ayuda de Flor, la baronesa removió con cuidado el velo que estaba con soltura sobre el cuerpo. Al descubrirlo se encontró con un hombre de edad muy avanzada. Sus pantalones de pana escondían piernas casi en los huesos que denotaban no haber estado en uso por mucho tiempo. Todo su cuerpo había perdido grasa y músculo. Su cabello cano había sido recogido con una coleta, quizá por su largo considerable, y su rostro estaba escondido entre sus rodillas. Era

imposible que él mismo, con su limitada movilidad, hubiese logrado ese nivel de contracción, por lo que Paula asumió que *Nueve* era quien lo había depositado en el catre y forzado recientemente a esa postura.

Con delicadeza, la baronesa tomó su cabeza y la echó levemente hacia atrás. La piel flácida de sus párpados y su boca entreabierta surcada por una gruesa cicatriz le daban un gesto de serenidad, como si estuviese profundamente dormido.

Presionó dos dedos en el costado de su cuello. Esperó unos segundos. Subió la mirada hacia *Nueve* y movió la cabeza. Luego se dirigió al prior.

—Que el Señor lo reciba en su gloria.

El hermano Liam aún tenía en su puño el tarro de aceite de ballena. Lo miró con pesadumbre e inspiró profundo para resignarse a usarlo nuevamente tan pronto. Se arrodilló junto al catre mientras Paula se alejaba unos pasos, untó su pulgar en la sustancia y una lágrima cayó sobre ella, justo antes de hacer la señal de la cruz en la coronilla inerte de Besayún y vocalizar el rezo de la Unción de los Enfermos, tal como su congregación lo recitaba hace cientos de años:

—Por esta santa unção e pela sua gentil misericórdia, que o Senhor vos ajude com a graça do Espírito Santo. Isso livre dos teus pecados, ele pode conceder-te a salvação e confortar-te na tua doença… Ámen.

Paula de Ferrari iba a responder *Amén*, como solía corresponder, pero su atenta mirada captó que, a su alrededor, nadie daba el rito por terminado. De hecho, el mismo hermano Liam continuó el movimiento: tomó su cráneo y lo regresó a su lugar original entre sus rodillas, completando la posición fetal. Luego recogió el velo y volvió a cubrir al fallecido con él, esta vez de una forma en que la tela lo rodeara tensamente, como en un capullo. Ya amortajado, puso una mano sobre su cuerpo. *Allotoi uenenjeme Kooch,* pronunció, y solo entonces el resto de los presentes susurró *Amén*…

La voz del prior, ahora de día y entre las tumbas de su artesanal camposanto, leyendo los últimos versos del Salmo 23, le recordaba que apenas había podido pegar un ojo en toda la noche. Nadie durmió, en realidad. No solo era muy inquietante reposar a pocos metros de un cadáver, sino que, a su edad, la adrenalina causaba una taquicardia difícil de aquietar. Simplemente cerró los ojos y rezó, rezó moviendo sus dedos como si pasara las cuentas de un rosario. Lamentaba mucho no haber traído uno consigo. Deseaba que en algún minuto un rayo de sol entrara por las grietas de la ventana tapiada y le avisara que ya habían pasado las horas, que ya era un nuevo día, pero, para su mala suerte, la madrugada siguiente probó ser tan oscura y fría como la noche anterior. Alguien en el cielo sabía que estaban de luto.

Quien le indicó el comienzo del alba fue el hermano Tadeu. Se levantó en silencio, buscó los calcetines de lana que había dejado junto al brasero y luego ajustó sus sandalias. Intentó mover el mascarón con sutileza para no despertar a nadie, pero era una intención vana, pues arrastrar ese gran trozo de madera haría saltar de la cama a cualquiera. La puerta no se movía, lo que indicaba que afuera el viento se había calmado, al menos lo suficiente para dejarlo salir sin luchar. Detrás de él partió Flor, pero Paula le hizo un gesto antes de que cruzara el umbral. Preguntó a dónde iban.

A rescatar el cuerpo de Hipólito.

Mientras la baronesa terminaba de calzarse sus botines, vio al prior ir hasta el cuerpo de Besayún, imponer sus manos y rezar algo en voz baja. Su rostro seguía sombrío, pero con mejor talante que la noche anterior. Algo habló luego con la figura bajo el velo número uno, es decir, con Manuel. También con Gabriela.

—Por favor, dígame en qué puedo asistirles —le rogó Paula, ansiosa por sentirse útil. Esto de ver a todo el mundo moverse en actividades programadas y ella de brazos cruzados la ponía nerviosa.

Liam la confortó.

—Nos hemos repartido las tareas como usualmente lo hacemos en estos casos. Cada quien sabe qué hacer. Le indicaré a Manuel los lugares en que debe cavar, porque de forma excepcional necesitamos dos fosas. Flor preparará las cruces. Gabriela cuidará de Simeón. Usted podría preparar algo de comer para todos. Yo me mantendré en ayunas.

La anciana miró a su alrededor.

—¿Y *Nueve*?

—Está en la tarea más difícil —dijo—: lista para cargar el cuerpo de Hipólito morro arriba cuando lo encuentren… Si es que lo encuentran.

En la profunda ignorancia de la baronesa en estos aciagos menesteres, jamás se había detenido a pensar en cuán dificultoso era recuperar un cuerpo desde el océano. Creía que siempre la marea se encargaba de acarrear cualquier cuerpo de mayor peso hasta la orilla, pero el prior le explicó que no siempre sucedía así, menos en un lugar como ese, donde no tenían bahía ni playa en la cual esperar. Solo les quedaba explorar los roqueríos. A veces se sentaban por horas en la roca *altar* escudriñando las olas, atentos a cualquier bulto fuera de lo común. En esos cuarenta años viviendo en las ruinas del fuerte, los crucíferos habían logrado dar sepultura a casi todos sus acogidos. No a todos.

Y aunque Paula creyó que el hermano Liam hablaba en figurativo, resultó ser literal. La búsqueda del cuerpo se extendió por más de cuatro horas. Eran pasadas las once de la mañana cuando el prior pidió a Gabriela que corriera sendero abajo y trajese a Tadeu y *Nueve* de vuelta al fuerte. Seguirían la búsqueda al día siguiente, y al siguiente, hasta que dieran con él, o hasta que se resignaran a su pérdida.

Manuel solo cavó una fosa, pero Flor talló dos cruces, para que pudiesen dar a Hipólito una despedida simbólica. Al menos el protagonista del otro funeral sí estaba presente. El capitán Cifuentes, usando los brazos de *Nueve,* se encargó de llevar el cuerpo amortajado de Besayún hasta la fosa, y una vez ubicado sobre la tierra húmeda, fue la voz de Jane quien pidió a la excarmelita algunas manzanas para añadirlas al sepulcro. Ella no solo aceptó, sino que alentó la idea: de vuelta del establo trajo manzanas, higos y semillas de centeno. No permitiría que Besayún pasase hambre cuando comenzara su viaje al siguiente plano…

Por el sonsonete del susurro, con las zetas muy marcadas, Paula comprendió que fue Carlos quien había tomado la pala para rellenar la fosa de tierra. Mientras lo hacía, cada figura con su velo rodeó la tumba —incluso Gabriela, quien anunció que se liberaría del suyo solo cuando saliera del fuerte— bajo un cielo oscuro y amenazante de lluvia. El hermano Tadeu ubicó la cruz en un extremo golpeándola con un trozo de tronco, y el prior, triste pero fuerte a la vez, leía varios pasajes de la Biblia, cerrando con el Salmo 23. *“Aunque pase por el valle de sombra, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo”*.

El rugido de los truenos dio por terminada la ceremonia.

La baronesa pidió al hermano Liam que revisara su reloj.

—Bastiam ya debería haber llegado —se preocupó, caminando hacia la capilla, donde ya habían entrado todos para merendar y protegerse de la lluvia.

—Es un viaje largo desde Punta Arenas. Démosle otro par de horas.

—Las necesito —dijo ella, apuntando de vuelta al cementerio. A la distancia podía verse que la

única persona que quedaba junto a las tumbas era *Nueve*, en una postura de evidente recogimiento—. Un par de horas para convencerla.

El prior le sonrió débilmente.

—Admiro su persistencia. Le deseo suerte.

Ella inspiró profundo, no muy convencida.

—Recuérdeme qué es lo que usted dice al encuentro con ella. Es una pregunta que muestra respeto y me gusta. Funciona. "¿Quién está conmigo?", "¿quién va?".

—No necesita eso ahora. Se encontrará con Odetta, sin duda.

—¿Cómo lo sabe?

—Es la única de los nueve que está viva —explicó con tanta naturalidad que llegaba a ser, por contraste, aterrador—. Solo un vivo le reza a los muertos.

Caminó de regreso al sector de las tumbas cuando ya caían las primeras gotas. La temperatura volvía a bajar bruscamente. Cerró el cuello de su abrigo de algodón añorando una capa de piel de guanaco.

Nueve no tenía frío. Nunca. Vestía apenas una camisola larga de cáñamo, y aunque sus pies estaban amoratados y sus manos entumidas, no temblaba. Su abundante cabello cano cayendo lacio sobre su pecho la protegía en algo, pero no alcanzaba para responder por qué no había muerto ya de hipotermia, como lo haría cualquier mortal…

Estaba de pie frente a la tumba fresca de Besayún. Bajo la cruz con su nombre tallado había un ramo grande de flores anaranjadas que los locales llamaban michay. Ella tenía en sus manos una azucena blanca y había dejado otra solitaria bajo cada cruz de los ocho. Un poco más allá, sobre la tumba de Liesel Kleist, dejó dos.

Paula de Ferrari se detuvo a una respetuosa distancia de la mujer, pero lo suficientemente cerca como para que la escuchara. Pronto el viento la obligaría a subir la voz y, en ese lugar y en ese contexto, no quería tener que hacerlo.

—No estoy aquí por Hakái —le habló de pronto, con calidez y convencimiento al mismo tiempo—. No tengo interés en su sepulcro y entiendo por qué lo proteges. Jamás te preguntaré por él. Tienes mi palabra.

Nueve volteó inmediatamente. Su gesto era el más suave que la anciana había distinguido en las facciones de la mujer desde que puso un pie en el Fuerte Bulnes. Sonrió a medias.

El prior estaba en lo cierto. Era Odetta.

Lo único que la baronesa atinó a hacer fue meter una mano en un bolsillo secreto en su vestido.

—¿Dulce de regaliz? —le ofreció, mostrando en la palma de su mano algunas varillas de café rojizo. Odetta se emocionó y tomó una. Antes de que la anciana cerrara el puño, tomó otra.

—¿De verdad es una religiosa? —le preguntó ella, con genuina curiosidad en su voz.

—Lo fui —respondió Paula, serena— aunque, según el hermano Liam, tomar los votos es una decisión para toda la vida… y tiene razón. Una vez carmelita, siempre carmelita. Tu corazón jamás renuncia.

—¿Y extraña esa vida?

—Cada hora durante cada día, hasta que ya no me queden días.

Odetta pareció satisfecha con la respuesta. Su ceño se relajó brevemente.

—Yo también a veces extraño ser quien fui.

Doña Paula no rompió el contacto visual.

—¿Y quién eras?

—Solo una niña.

Paula comprendía que, para Odetta, añorar el silencio fuese una necesidad, casi un ruego, sin importar si los *otros* en su interior eran presencias reales o producto de un grave delirio. Una sola alma en un cuerpo ya es bastante con lo que lidiar.

—Siento nostalgia de mis novicias. Amaba la formación. Enseñarles desde la forma correcta de lavar su hábito hasta cómo llevar el voto de obediencia sin perder el pensamiento crítico… Y el pan recién horneado de Sor Loredana, claro está. No hay nada igual en el mundo entero.

—Yo extraño las manos de *mama* Hakái —confesó Odetta, esta vez mirando hacia el suelo—. Le gustaba pintar en la arcilla. Yo pinté una vasija una vez, con un sol. Me acariciaba el cabello al despertar. Lo quería tan largo como ella. A veces *papa* me lo cepillaba.

—¿Eso es lo que más extrañas de tu padre?

Negó con la cabeza. Subió el mentón, escudriñando las nubes oscuras cargadas de agua que en cualquier momento volverían a juntarse para desatar una tormenta.

—Extraño su rostro. No quiero olvidar sus ojos.

La excarmelita sintió esa añoranza como propia. Hace mucho que había olvidado el rostro de su propio padre, que no podía verlo en su mente, pero al menos sí podía recordar su voz. Olvidar a un ser amado le parecía un dolor más cruel que verlo morir.

En cualquier caso debía tomar en cuenta que, si bien frente a ella veía a una mujer mayor, hablaba con una niña.

—¿Quieres que te deje a solas?

—No, está bien. Ellos quieren que hable con usted.

—*Ellos*…

Odetta asintió con naturalidad.

—Dicen que no me pasará nada, que usted les cae bien. Yo a veces prefiero no *salir*.

—¿Por qué?

—Porque aquí afuera pasan cosas malas. No me gustan. El capitán me dice que me quede, que él se encarga, o Perpetua, o… —Se detuvo de pronto, como si escuchara una instrucción silenciosa. Entonces prosiguió—: a casi todos les gusta *salir*. Yo lo hago solo cuando me avisan que es seguro hacerlo.

La italiana por fin experimentó en carne propia a qué se refería el hermano Liam cuando describía su reacción frente a *Nueve* como una “mezcla perfecta entre miedo y fascinación”. Ella le estaba mostrando disposición a charlar y no quería malgastar ni un segundo, pero debatía internamente entre acercarse más o mantener su espacio, sonsacarle información o callarse para no ahuyentarla…

Gotas finas comenzaron a caer sobre la tierra. Decidió aventurarse.

—Odetta, ¿*ellos* saben por qué están… *ahí*? —preguntó Paula, insegura, apuntando a la frente de la mujer.

Ella no habló de inmediato, pero sostuvo la mirada de la baronesa, quien por un segundo creyó que lo había echado todo a perder. Aunque no por mucho.

—Sí —respondió—. No pudieron evitarlo. Yo les creo.

La anciana asintió. No se atrevió a escarbar más.

—Entonces, a pesar de todo, ¿estás bien?

Nueve se encogió de hombros.

—Podría haber muerto —dijo, serena—, pero estoy aquí y estoy bien. El hermano Tadeu me deja ayudarlo en la carpintería, atrapo lagartijas con Simeón… Con Carmencita rezo en las

noches, John me enseña cómo los barcos eligen sus rutas mirando las estrellas… y entre todos cuidamos a *mama* Hakái.

Esas palabras daban a Paula el pase preciso para entrar a lo importante.

—Si yo pudiese asegurarte que, de alguna manera, de ahora en adelante nunca nadie podrá tocar esta tierra buscando tumbas, ni la de Hakái ni de nadie más… ¿Aceptarías dejar el fuerte por un mejor hogar?

El cambio de su gesto infantil no fue tan brusco, pero sí significativo.

—¿Cómo podría asegurarme algo así?

—Digamos que consigo la manera —siguió ella, misteriosa—. ¿Lo harías?

Evitó los ojos de la anciana y regresó la atención hacia las decenas de cruces frente a ella.

—No es un juego, ¿verdad? Sería como una promesa, y las promesas son importantes. No se pueden romper.

Paula asintió con la seriedad que su interlocutora le estaba pidiendo.

—Soy una mujer de palabra.

Odetta se quedó en silencio unos segundos. Luego volvió a cruzar su mirada.

—El hermano Liam y el hermano Tadeu están felices aquí —murmuró—. Dijeron que jamás me abandonarían…

—Y hablaban en serio —confirmó Paula—, tan en serio que, si tú corrieses peligro por cualquier razón, aunque prefiriesen un mejor hogar para ellos y los otros enfermos, se quedarían a defenderte. Y eso es justamente lo que están haciendo.

Ella frunció el ceño.

—No entiendo…

—Sabes que el gobernador quiere vender este predio, ¿no? —inquirió. Odetta asintió, tímida —. ¿Pero sabes quién sería el nuevo dueño? —Ella negó y la baronesa se enserió aún más—: Un hospital austríaco. Quieren sacarte de aquí para encerrarte, estudiarte… y no me atrevo a pensar qué otras cosas más. Si los desalojan, te separarán del prior y de los demás.

Ella alejó su mirada otra vez y Paula estaba segura de que buscaba en sus recuerdos ese momento en que un grupo de extraños doctores se plantaron en la cerca de coigüe a observarla, a hacerle preguntas en alemán, mientras el hermano Liam la protegía con su cuerpo, exigiéndoles que se fueran…

Nueve estranguló la azucena en su puño y los pétalos cayeron al suelo. Pestañeó. Movió violentamente el cuello y apretó la mandíbula por unos segundos, rechinando sus dientes.

—¿Cuándo vendrá el gobernador, *petite nonne*?

Ya no existía ese gesto infantil con ojos color ámbar. Ahora eran tan oscuros que era muy difícil diferenciar la pupila del iris.

—Muy pronto, Louis —respondió la anciana, asustada.

Él asintió lentamente.

—*Je l'attendrai.*

Comenzó a llover, despacio.

Nueve le dio la espalda y se alejó a paso lento siguiendo la dirección del viento, dejando a Paula de Ferrari sintiéndose derrotada. Arrugó los párpados de impotencia y exhaló. Estuvo tan cerca…

Sonó un trueno. El agua que caía en finas gotas oscurecía las cruces de madera blanca de lenga y poco a poco aplastaba las flores que Odetta había dejado en ofrenda. El viento silbó más alto y amenazó con levantar cada una, aunque por el momento solo las hacía bailar y girar contra el

piso. Paula se sintió hipnotizada con ellas mientras pensaba qué diablos debía hacer ahora. Sus ojos recorrieron cada azucena bajo cada nombre de… y se detuvo. Volvió a mirar. Movió la cabeza, observó otra vez y contó en silencio.

Entreabrió la boca, dejando de respirar por el asombro.

Y corrió.

Se resbaló varias veces por el barro en el sendero, pero no alcanzó a caer gracias a su bastón. La puerta de la capilla estaba abierta. Dentro de la construcción solo estaban el hermano Liam y Manuel.

—¿Qué sucede? —se inquietó el prior, levantándose del catre al verla entrar tan agitada.

Paula esperó unos segundos para recuperar el aliento.

—La bitácora del doctor —pidió, apuntando al sagrario—. Por favor, déjeme ver la bitácora… por favor…

El gesto de la baronesa intrigó al crucífero en demasía. Era una mezcla entre excitación y asombro que no se condecía con el momento tan solemne y triste que habían compartido hacía menos de una hora.

Liam apuró el tranco, sacó la bitácora de su resguardo de mármol y se la extendió a Paula. Ella se sentó para poder revisarla bien. Abrió con cuidado la encuadernación inglesa y se fue a las primeras páginas, murmurando en voz baja lo que iba leyendo.

—¿Qué busca, Sor Paula?

—Las fichas —balbuceó ella—. Las fichas médicas de sus pacientes…

Al encontrarlas, las fue pasando una a una con detención y ansias. Descripciones físicas, ilustraciones de extremidades, algunas fotografías, documentos, diagnósticos. Buscaba un nombre en particular.

Hasta que lo encontró. Puso el dedo en la hoja. Leyó.

Abrió los ojos al máximo.

—Entonces sobrevivió —exclamó, sin poder creer lo que estaba diciendo.

Liam quería compartir su entusiasmo, pero no entendía qué estaba sucediendo.

—¿*Quién* sobrevivió?

Alzaron sus cabezas al unísono. Afuera, un grito desgarrador cruzó el albor de la tormenta.

XIII

2 de julio de 1905
Vermouth
Vía Damna, estrecho de Magallanes

Bajo su grueso velo blanco marcado con el número cuatro, Gabriela Lira Bernal alzó los brazos, temblando. Junto a ella, Simeón murmuraba algo y se balanceaba sutilmente. Ambos miraban hacia la entrada principal del fuerte: tras la cerca de coigüe, un soldado les había gritado que se detuvieran. Los apuntaba con un fusil.

El grito de Gabriela atrajo primero al hermano Tadeu. Llegó tan rápido como pudo. Desconcertado por la escena, se interpuso entre el arma y sus arrojados, pidiéndoles que regresaran hacia la capilla, pero una voz tras los límites del predio fue enfática: *"¡Nadie se mueve!"*. El religioso, con el rostro empapado por la lluvia débil y luchando contra el viento, no podía ver la fuente del sonido. Se acercó a paso lento con sus brazos en alto, y tras los árboles comprendió el contexto: otros dos soldados, fusil en mano, apuntaban a Bastiam y don Abel, ambos con las manos en la nuca y arrodillados en el barro. Cruzó con ellos una mirada de pánico e indefensión. Algunos metros más atrás, dos carretas esperaban por pasajeros que, dadas las condiciones, quizá nunca abordarían…

El último elemento no fue tanto una sorpresa para Tadeu sino un dolor: al costado de los dos detenidos, el gobernador Jovino Alonso Ferrogués, con grueso abrigo y sombrero, observaba desde su caballo.

—¿Qué está sucediendo?

El prior Liam Fonsêca recogió el extremo de su hábito para no tropezar mientras apuraba sus pasos sobre la hierba. Gabriela abrazaba a Simeón y el crucífero los abrazó a ambos. Les susurró que corrieran. Luego puso su cuerpo ante el rifle que les apuntaba, al igual que Tadeu.

—¡Nadie se mueve, dije! —gritó el gobernador, y los dos *fantasmas* se congelaron en su huida.

—Esta violencia no tiene ningún sentido —le rogó Liam, conteniendo un enojo que pasó pronto a angustia al reconocer a la distancia la cabeza de Bastiam bajo un cañón cargado—. Aún tenemos veinticuatro horas para salir del fuerte, ¿no es así? Explique este ataque infundado. ¡No somos sus enemigos!

—No los crucíferos, no —respondió el chileno—, pero no vine aquí por usted. Vine por ella.

Un paso tras los religiosos, Paula de Ferrari subía su mentón tranquilamente aun con su abrigo comenzando a empaparse, conteniendo con éxito cualquier sentimiento intenso que estuviese bullendo en su estómago. Perder los estribos era perder la batalla.

—Esta afrenta es absurda —dijo ella subiendo su voz en medio de la tormenta en ciernes—. ¿Necesita amenazar de muerte a mis cercanos para mandarme a llamar? ¿Qué pretende?

—Curioso, baronesa, porque eso es lo que vengo a preguntarle a usted.

—La respuesta es fácil: pretendo proteger a la *Vía Damna*.

Bajando la suave colina hasta el cerco, aparecieron otras dos figuras blanquecinas blandiendo sus gruesos velos. El soldado que apuntaba a los crucíferos se estremeció al verlos. Su rifle comenzó a temblar.

—¡Alto ahí! ¡No se muevan! —gritó, asustado.

—Está exponiendo a sus subalternos a un riesgo sanitario completamente evitable y a los enfermos a una experiencia injusta y desagradable —indicó Paula al gobernador—. Resolvamos su frustración como seres civilizados. Usted conmigo, solo *conmigo* —puntualizó, ahora sí dejando escapar algo de aspereza—. Le recomiendo no dar ninguna instrucción de la que se pueda arrepentir.

—Ese consejo debería habérselo dado a usted misma… antes de involucrar a sus criados en sus sucios asuntos.

El gesto impenetrable de Paula se desarmó. La impulsó el miedo y la furia. Dio un paso hacia adelante y, obviando al rifle frente a sí, levantó su bastón.

—Si algo le ha sucedido a Marcia… a Sixto… Le juro que…

—Ellos están bien… por ahora —respondió Jovino, bajando de su caballo. Pasó junto a Bastiam con desprecio, pero el portugués no se atrevió a subir la mirada—. Si coopera, nadie tendrá nada que lamentar.

Avanzó un poco más hasta topar con la cerca. Puso una mano sobre la madera. Un rayo cruzó el cielo gris e iluminó el morro en un destello, anunciando que en cualquier minuto se desataría una lluvia salvaje en ese ambiente que ya marcaba bajo cero. Si no morían entre balas, lo harían de entumecimiento.

—Ni un paso más, gobernador —le advirtió Paula, firme—. Está a punto de entrar en propiedad privada.

—Lo sé —farfulló él, apretando el mentón con asco—. La suya.

Liam y Tadeu miraron a la anciana con asombro. Bastiam alzó la cabeza al instante, pasmado, pero el soldado tras él lo obligó a regresar a una posición sumisa. Don Abel no había hecho ningún movimiento brusco, temiendo por su vida, pues conocía a los subordinados de Ferrogués muy bien. En el extremo austral de Chile era habitual que la autoridad máxima adoptara una combinación repulsiva: el abuso de poder y la impunidad. Todo lo que pasaba ahí demoraba meses en llegar a oídos de la capital o de la gobernación central, pocas veces se tomaba alguna medida si es que se había cometido algún exceso y eso dejaba cancha libre para una peligrosa libertad de decisiones. Los soldados ahí no eran respetados, sino temidos, y pocos gobernadores se habían mantenido aislados de la corrupción de discernimiento, formando una sucesión de hombres ricos que seguían engrosando sus arcas a costa del aparataje público.

Ferrogués no era la excepción.

—¡¿*Usted* compró el Fuerte Bulnes?! —exclamó el hermano Tadeu, tratando de comprender.

Paula volteó hacia él. Apretó los labios, asintiendo, modulando acto seguido y sin sonido un “Les explicaré pronto”. Luego regresó la vista hacia la autoridad magallánica.

—Gracias por venir a darme la noticia en persona, gobernador, pero no era necesario este ominoso despliegue. Ya puede retirarse.

Jovino apretó con su puño un listón de coigüe. Nadie le había faltado nunca el respeto como esa anciana extranjera con aires de superioridad moral. Sin pensarlo, el gobernador levantó una mano y, tras el gesto, uno de los soldados que custodiaba a Bastiam avanzó hasta él. No tuvo que preguntarle qué hacer. Ajustó su rifle y encañonó, con el punto de mira en el pecho de la baronesa.

Ella aguantó la respiración.

—Este siempre fue su plan, ¿no es así?

—De hecho, no —respondió ella—, fue espontáneo, pero acepto su galantería de creerme una mente tan brillante.

—¿A eso vino a Magallanes? ¿A humillarme?

—Vine a evitar un desalojo —especificó con fuerza, mirándolo a los ojos y obviando el arma frente a sí— y no sabía si lo lograría, pero dado el nivel actual de su cólera, consideraré que mi misión ha sido todo un éxito.

—Puede ser, pero en algo se equivoca —señaló él, con un leve gesto sonriente que no era un buen augurio—. La firma de la venta no ha sucedido. Esto no es suyo aún. El Fuerte Bulnes es, en toda regla, propiedad de mi gobernación…

—¿Y qué va a hacer? ¿Obligarnos a sacar nuestras cosas para dormir en el bosque y regresar mañana? ¿Todo por su ego herido?

—Usted compró un predio en ruinas —le recordó Jovino, desafiante—, y eso es lo que se le entregará.

Ella temió. También los crucíferos. ¿A qué se refería? ¿Acaso intentaría quemar los pocos techos que se habían podido recuperar desde 1852? ¿Lanzaría la comida por el barranco?

—¿Pretende destruir lo que queda del fuerte? —lo encaró Paula, esperando que captara el tono de inmoralidad.

Él negó. Su interés estaba en otro lado.

—Cualquier riqueza que exista subyacente en este terreno, hasta el mediodía de mañana, me pertenece. Y estoy aquí para reclamarla.

El hermano Liam bajó los brazos. Su decepción era absoluta. Una y otra vez, cada encuentro violento con otro ser humano en esas malditas coordenadas era por el mismo asunto. El mismo afán, la misma avaricia…

Miró rápidamente a su alrededor. Se sintió desvalido. En el momento en que más necesitaba la presencia de *Nueve,* no parecía haber rastros de ella…

—¿Los austrohúngaros estaban al tanto de esto? ¿Sabían que usted excavaría el terreno antes de entregárselo?

—Por supuesto, y hasta les ofrecí un porcentaje. Era un trato impecable hasta que su amiga baronesa apareció.

—¿Entonces eso es lo único que siempre quiso? —exhaló el prior—. ¿La tumba de Hakái?

Ferrogués hizo un gesto de suficiencia.

—Y usted tendrá el honor de guiarme hasta ella.

—¡Pero no sé dónde está!

En un movimiento rápido, el gobernador le quitó el rifle al soldado a su derecha, retrocedió algunos pasos y se inclinó hacia Bastiam. Lo despojó de su boina de un manotazo y lo tomó del cabello para obligarlo a reincorporarse. Luego lo empujó hacia adelante, hacia el cerco, y hundió el cañón del arma en su espalda. El rostro desfigurado del portugués rogaba por ayuda entre lágrimas.

—El hermano Liam le está diciendo la verdad —se angustió Tadeu—. ¡Nadie aquí sabe dónde está esa tumba!

—Yo sí.

Paula de Ferrari no sentía los dedos de sus manos o sus pies. Hasta sus fosas nasales estaban sufriendo al inhalar el aire frío, pero armó su mejor postura para emitir esa frase.

—¿Qué dice? —se desfiguró Tadeu—. ¿Cómo…?

—Sor Paula… —balbuceó Liam, moviendo la cabeza, impactado, aterrado por lo que podría suceder…

—Tiene que prometer aquí mismo —habló ella en volumen alto, agitada pero convencida, ignorando con dolor a los crucíferos para dirigirse al gobernador—, con todos nosotros como sus testigos, que no lastimará a ninguna persona ni hará ningún destrozo en este lugar a cambio de acceder al sepulcro. Llévese lo que quiera de él, pero déjenos en paz.

Ferrogués demoró un segundo en responder. Su desconfianza en ella parecía tan grande como su ambición.

Hizo una reverencia burlesca.

—Tiene mi palabra.

—Es un buen momento para bajar las armas, entonces. No son necesarias.

—Necesarias no, pero siempre son un buen incentivo para enrielar el camino cuando se extravía…

Ella se exasperó.

—Entonces siga apuntándome, por Cristo, pero ¡deje en paz a los demás!

—Claro que no —respondió él. El soldado que la apuntaba desvió el cañón y retrocedió unos pasos—. Usted no teme morir y eso es una complicación. Que alguien muera por su culpa… bueno, eso ya es otro asunto, así que el señor Dagalhães nos hará el honor de acompañarnos en la excursión. Así le será más fácil recordar lo que me prometió, baronesa.

"No, no…" murmuró él, agitando su cabeza ante la imposición de entrar al predio. Se persignó, juntó las manos y rezó. Paula apretó los puños y contuvo el impulso de entrar en una pelea de fuerza física contra la autoridad en la que estaría claramente en desventaja…

Pero observó a los otros hombres. Su reticencia.

—Hermosillo, Pereira —los llamó el gobernador. Luego apuntó a su caballo—. Hay dos palas en las alforjas. ¡Muévanse!

Y nadie se movió. Únicamente se escuchaba la lluvia golpeando la copa de los árboles. Tras unos segundos de espera, Ferrogués tuvo que girar para entender lo que sucedía a sus espaldas. Volvió a gritarles, pero ellos solo se miraban entre sí.

—Si no va a respetar la propiedad privada —señaló la anciana, alzando nuevamente la voz para atravesar el viento—, al menos respete el temor bien fundado de sus soldados. ¿Va a obligarlos a ingresar a un lugar *maldito*?

Él echó su cabeza hacia atrás, gruñendo.

—Las supersticiones pueblerinas me fueron muy útiles, no le mentiré, pero ya me tienen harto. ¡Harto! Fantasmas, espíritus, maldiciones indígenas… —despreció apuntando a las figuras cubiertas de blanco tras la excarmelita—. Aquí solo hay roca y musgo, carne y hueso. Y en cuanto a Odetta Kleist… ¿Dónde está ahora? ¿Dónde está la supuesta endemoniada de la *Vía Damna*? —levantó su rifle, aunque le temblaba el brazo—: ¡Es una orate, nada más, y deberían encerrarla en un lazareto!

A juzgar por sus rostros apanicados y desencajados, los tres soldados que le acompañaban no pensaban igual. Con sus fusiles preparados, miraban en todas direcciones. ¿Por qué *Nueve* no estaba ahí? ¿Qué estaba esperando para atacar?

De pronto, fue muy evidente para Paula por qué Jovino Ferrogués no había irrumpido nunca antes en el fuerte. No importaba cuánto despotricara contra la dizque charlatanería de Odetta: le temía, tanto o más que sus soldados, y la necesitaba fuera de escena para actuar. Un trato con el

Hospital de Viena era más que ideal para no tener que enfrentarse personalmente a ella. Todo lo demás era un simple contexto provechoso. Las historias de navegantes solían forjar generaciones completas y Bastiam ya se lo había advertido: en la cultura del mar, las supersticiones pesaban mucho más que un saco de monedas y el mismo gobernador las había alentado hace años. ¿Para qué? Para que ningún forajido osase escarbar y llevarse lo que consideraba suyo. Era la mejor manera de mantener a los mercenarios lejos de la península, pero también a los propios lugareños. Sin embargo, ahora que los títulos de dominio le pertenecían a ella, el plan de Ferrogués se terminaba abruptamente.

Observó sus ojos y su actitud de "Al carajo con la endemoniada". Lo entendía. Si no entraba ahora al fuerte, no lo haría nunca.

Los soldados seguían sin moverse. No se moverían.

—¡Malditos cobardes! —les gritó el gobernador, apuntando luego a Bastiam a la cabeza—. Tú traerás la pala. ¡Ve! Y ustedes —dijo regresando la vista a sus subalternos— se quedarán aquí hasta que yo lo diga, vigilando a Norambuena. Pobre del infeliz que vuelva a la ciudad sin mí.

Ellos asintieron con la cabeza baja. Don Abel, tiritando en el barro, alzó apenas los ojos hacia doña Paula, y ella, afligida, intentó que su gesto denotara seguridad. Pronto esta pesadilla terminaría.

—Es su decisión —concluyó Paula, quieta. Dio un paso al costado para que el pórtico de acceso al Fuerte Bulnes quedara suficientemente espacioso a la vista—. Puede ingresar a su propio riesgo.

Bufó.

—Usted entró y la veo sin un rasguño.

—Yo no estoy armada y no me interesa el oro. Veamos cómo le va a usted.

La ira y el ruido de la tormenta fue su aliciente. Al volver Bastiam con la pala en las manos, lo empujó para que avanzase, pero él, al llegar junto a la cerca, se detuvo, negándose a dar un paso más. Ferrogués no tenía tiempo ni paciencia para perder: giró el fusil y lo golpeó en la nuca con la culata. El portugués cayó hacia adelante y el hermano Liam corrió a recogerlo: estaba herido, pero no inconsciente. Tomó su rostro e hizo la señal de la cruz en su frente, al tiempo que Ferrogués los apuntaba a ambos.

—Si la mujer aparece, será *su* responsabilidad mantenerla a raya. Que no se atreva a acercarse —amenazó al prior, nervioso—, porque si lo hace, la mataré. Y quizá también a usted.

Liam cerró los ojos, angustiado, y se persignó. Entonces el gobernador inspiró hondo. Levantó su botín para cruzar el perímetro. Su duda fue breve pero poderosa.

Caminó dos pasos y llegó a centímetros de Paula de Ferrari. Ella no se movió, dedicándole la mueca que generalmente tenía reservada para los pecadores de baja clase.

—Ni sueñe en que lo voy a bendecir —lo rechazó—, pero lo guiaré.

Los crucíferos ayudaron a Bastiam a levantarse y, tomando cada brazo, serían su apoyo para caminar. Ferrogués les mostró el fusil para que se apresuraran y no olvidaran la pala. Más adelante, las cuatro personas bajo velos blancos fantasmales subieron el lomaje y desaparecieron tras los árboles. Eso inquietó al magallánico, pero no dijo nada. Simplemente movió el mentón hacia Paula y entonces ella tomó la delantera.

Caminaron a paso ágil a través de los sembradíos abandonados. Ferrogués los observó con incredulidad. Había escuchado historias escabrosas sobre que nada crecía en la península de Santa Ana, pero verlo con sus propios ojos era distinto. Tampoco había presenciado por sí mismo las ruinas del ataque de Cambiaso, pues todo lo que sabía lo había aprendido por las

descripciones que se difundieron en los reportes navales oficiales, además de las diversas habladurías que circulaban en el puerto hace décadas. Su rostro de asombro era decidor y la tarde oscura no ayudaba.

Doña Paula, al frente de la fila y sin mediar aviso, se desvió del sendero que llevaba a las construcciones principales. Volteó hacia la izquierda y entró al establo. Nadie dijo nada. Todos la siguieron.

El gobernador obligó a los crucíferos a ingresar antes que él, usándolos como una suerte de escudo. El lugar estaba tan gélido como afuera, olía a estiércol y apenas entraba algo de luz. No le gustó nada.

Miró a Paula con recelo.

—¿Es *aquí*?

—No —respondió ella deteniéndose junto a las cajas de víveres protegidas por la vela de barco —. Necesitaba guarecerme de la lluvia un momento. Y respirar. Mis pulmones han vivido más que los suyos.

—¿Está jugando conmigo? ¿Cree que tengo todo el día? —bramó, y habría continuado con la diatriba si su sospecha no hubiese sido más fuerte. Miró en todas direcciones y giró hacia la puerta. Dos figuras blanquecinas cruzaron silenciosas por fuera, arrastrando sus velos. Él se estremeció, pero asió con más fuerza su fusil—. ¿O es que acaso esperamos a alguien?

Paula, Tadeu y Liam cruzaron una mirada tensa. Tenían todos sus sentidos alerta. Acechaban el umbral con ansiedad. Claro que esperaban a alguien: a Euclides, o a John, o a Louis… Esperaban a un cuerpo con nueve almas que había elegido desaparecer en el peor momento posible. ¿Vendría ahí, por fin, por ellos?

De repente, Rafaela, Uriela y Zadkiela comenzaron a balar sin control a unos metros de distancia. Quizá percibían el peligro en el aire. Quizá querían alertarles sobre algo. Balaban atropelladamente, de un modo desagradablemente insistente para cualquiera que no tuviese experiencia en trato directo con animales… como un elegante gobernador.

—Lo veo muy preocupado por ese *alguien*, siendo que es usted quien va armado —lo desafió Paula.

—¿Me está llamando *cobarde*? —se alteró. Exhaló fuerte, incómodo, y entonces fijó la vista al fondo del galpón—. Quizá ella no sabe que vine de visita. Voy a presentarme.

Subió su fusil, apuntó a la oscuridad… y disparó. El estruendo rebotó en las paredes, se coló por las ventanas y desafió al viento. Con agilidad de milicia entrenada, en dos segundos movió la manecilla del cerrojo, cargó… y disparó otra vez. Y otra vez.

Los balidos cesaron. La sangre corrió profusa por el suelo de tierra.

Tadeu gritó, soltó el brazo de Bastiam y se abalanzó hacia donde estaban las ovejas. Revisó sus cuerpos lanudos con la respiración alterada y la garganta rota. Su hábito y sus manos se manchaban de un rojo que no tenía el poder de contener.

La anciana cerró los ojos y apretó el cuello de su abrigo con el puño.

—¿Dónde está su honor? —exclamó, llorosa—. ¡Me dio su palabra!

—Nadie dijo nada sobre animales —espetó él, fingiendo inocencia.

—¡Es un malnacido! —lanzó Bastiam, apretando los dientes, aun cuando la agresividad no fuese su mayor atributo ni tuviese la fuerza suficiente para encararle. Y el gobernador lo sabía.

Con mucha facilidad fue hasta él, forzó el brazo del portugués tras su espalda y lo hizo chillar. Luego presionó el cañón del fusil en su cuello.

—¡Basta! —gritó Paula, golpeando su bastón. No tenía caso seguir tratando de ganar tiempo,

pues el resultado era impredecible. Señaló hacia la puerta, abatida—. Terminemos con esto.

Ferrogués volteó hacia ella.

—De usted depende.

Golpeándolo con el cañón de su arma, forzó a Tadeu a levantarse y salir del establo. El crucífero se abrazó al prior para buscar algo de consuelo. Por su parte, el gobernador ya no quiso soltar a Bastiam y, con el fusil contra su cuello, lo obligó a andar. Era su carta segura para que la baronesa cumpliese con su palabra.

La lluvia había amainado y caía débil sobre el prado, pero podía ser una pausa traicionera. Como sea, el gobernador quería aprovechar el respiro climático y gritó a Paula que se apresurara. Estaba perdiendo la paciencia, y crecía en él la paranoia de un posible engaño. Pasaron por las ruinas de la casa fuerte y el cuartel, de la cárcel y la secretaría, y cruzaron por fuera de la capilla para seguir hasta el límite este. Otro sembradío abandonado estaba frente a ellos, y al fondo se distinguían muy bien decenas de cruces enmarcadas por dos grandes canelos.

Al percatarse del supuesto lugar de destino, Ferrogués levantó la voz, irritable.

—Busco una tumba india, no sepulcros cristianos —le advirtió.

—¿Se le ocurre un mejor lugar para esconder una sepultura indígena que ahí donde un mercenario jamás buscaría?

Él alzó la mirada con atención. Podía tener sentido.

Se detuvo al llegar frente a las hileras de tumbas. Observó los nombres tallados, los objetos colgantes. Eran cinco décadas de muertos exiliados, rechazados, olvidados. No podría escarbar en todas las fosas; era demasiado tiempo perdido, como buscar una aguja en un pajar. Por lo demás, profanar una tumba cristiana era un sacrilegio, y él como católico devoto no se prestaría para ese pecado mortal.

—Ensuciar el camposanto con una india sin bautizar… Tanto tiempo aislado hundió al famoso doctor Kleist en la desvergüenza —sentenció Ferrogués, altanero. Usó el rifle para apuntar cruces al azar—. ¿Cuál de todas es?

Paula caminó lentamente entre los montículos de tierra. Al acercarse a la parte más antigua, miró al prior y él negó, desconsolado, rogando con sus ojos. El hermano Tadeu tenía la cabeza gacha y rezaba algo ininteligible aferrado a la pala. La anciana también tenía un gesto fúnebre, de quien camina por su cuenta al matadero.

Se detuvo en el sector de los ocho.

—Conoce la historia, ¿no?

—¿Los enfermos que se suicidaron antes del asalto de los amotinados? —refirió él. Ella asintió —. Sí, todos por aquí lo saben…

—Lo hicieron tomando concentrado de adelfa, ¿sabía *eso*? Es una preparación natural, pero muy efectiva. Paraliza las funciones motoras, provoca asfixia e infarto de forma fulminante. Es una muerte sin conciencia ni dolor —le explicó.

—¿Y por qué eso tendría que interesarme? —se impacientó.

—Porque para que la adelfa funcione hay que tragar una cantidad adecuada y, bueno, hay uno de los ocho que no lo hizo.

Paula pasó ceremoniosamente detrás de cada cruz. Carlos, Perpetua, Euclides, Jane… Y se detuvo en una.

El gobernador alzó el rostro. Tuvo que acercarse para leer.

—¡Qué dice!

—Dominik Rudi.

Ferrogués arrugó la frente.

—¿El abogado prusiano? —recordó—. ¿Insinúa que su cuerpo no está ahí?

Ella negó.

—Dominik no tomó el veneno y no murió el 2 de enero de 1852, aunque después se arrepintió de no haber partido con sus compañeros. El oficial Francisco Hudson lo encontró tras el ataque, arropado con la chaquetilla de un soldado muerto y tratando de dispararse al rostro con un fusil sin munición.

—Qué está diciendo, por Dios, Sor Paula… —se impactó Tadeu—. ¿Está hablando de Besayún?

—Be-sa-yún —pronunció ella—: *Verzeihung*. "Perdonadme".

El crucífero tomó su cabeza con ambas manos. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Él vivió aquí desde entonces —cerró Paula, mirando al magallánico— y murió anoche.

Apuntó a la tumba fresca de la primera hilera. El gobernador se acercó a chequear. Efectivamente, en la cruz decía "Besayún"…, pero algo no cuadraba.

—¿Cómo pudo concluir todo esto?

—Gracias a la bitácora de Matthäus Kleist.

El hermano Liam había tenido ambas manos tapando su boca, imposibilitado de hablar por la impresión, pero no pudo evitar estallar tras la última frase.

—¡Sor Paula! —exclamó, abatido—. ¿Cómo pudo hacerme esto? Le confié ese secreto, confié en usted…

—Perdóneme, hermano —pronunció ella, bajando la cabeza en señal de culpa—, pero esta es la única manera. No puedo permitir que alguien salga herido. Lo siento. Hay que terminar con la locura por esta maldita tumba…

—¿Encontraron la bitácora de Kleist? —intervino el gobernador, repentinamente interesado—. ¿Dónde? En ningún reporte de la Armada aparece que hayan recuperado un objeto parecido…

—Estaba resguardada en el sagrario de la capilla. Por eso el oficial Hudson no la encontró, pero el hermano Liam sí —explicó con seriedad—. Contiene información muy valiosa sobre cada paciente que el doctor atendió durante toda su estadía en Magallanes. En la ficha de Dominik Rudi él detalla una malformación: *bec-de-lievre*, también llamada labio leporino. Su corrección quirúrgica deja una cicatriz muy notoria bajo la nariz. Es la misma que tenía Besayún y que pude observar cuando certifiqué su muerte… —cerró. Y entonces volteó hacia los portugueses—: Esta mañana, tras el funeral, *Nueve* dejó azucenas en todas las tumbas de sus seres queridos fallecidos… salvo en la de Dominik. Porque él no estaba ahí. Solo uní las piezas.

El prior de la Orden de Canónigos Regulares de la Santa Cruz rompió a llorar. Ferrogués escudriñó los rostros de los involucrados y el intercambio emocional parecía genuino. En la baronesa de Biancavilla no confiaba, pero en el líder de los crucíferos sí, porque ese pobre viejo no sería capaz de engañar ni aunque su vida dependiese ese ello. Si le afectaba tanto la información que acababa de recibir es porque tenía sentido para el religioso, y porque la anhelada tumba aónikenk estaba, por fin, al alcance de sus dedos.

Algo se arrastró en la hierba y el viento cambió de dirección. El gobernador volteó. A sus espaldas, un grupo de figuras enfundadas en ajados velos se acercaban a mirar. O a vigilar. Atribuyó su escalofrío a las bajas temperaturas y levantó su fusil.

—Mantenga a sus virulentos lejos de mí —exclamó, llamando la atención del hermano Liam. Él no respondió y los arrojados no se movieron… Hasta parecía que estaban, lentamente, cada

vez más cerca. Ahora gritó hacia la excarmelita—. ¿La india está ahí, entonces? ¿En la tumba del abogado?

Ella asintió, también repentinamente inquieta por los *fantasmas*. Algo estaba sucediendo fuera de su vista…

—Dominik nunca accedió al suicidio asistido, pero el doctor realizó igualmente su fosa a un lado de las demás. Hicieron ambos un pacto de silencio. Esta era la forma más segura de sepultar a Hakái; aunque profanadores de todos los tiempos escarbaran en cada esquina de la península, jamás darían con ella —finalizó, triste—. Si no confía en mí, puedo traer la bitácora para que lo compruebe usted mismo…

—No, no —lo desestimó, mosqueado—. No tengo tiempo para leer garabatos. Quiero salir cuanto antes de aquí.

Paula se alejó de la tumba de Dominik y se detuvo cerca de Ferrogués.

—Comience, entonces. Puedo sostener su fusil mientras cava.

Él la miró con sorna.

—Buen intento. ¿Cree que alguien como yo realizaría una vejación de este tipo? Por favor —se persignó—. El hermano Tadeu hará los honores.

El aludido levantó el rostro con espanto. Negó inmediatamente.

—No. Jamás. No.

Jovino empujó a Bastiam a un lado, quien cayó al suelo y se arrastró despavorido hasta el prior. Ahora el magallánico apuntaba el fusil hacia el crucífero más joven.

—¿Cree que será más útil para sus enfermos si está muerto?

—Yo lo haré.

Era suficiente de amenazas. El corazón del hermano Liam ya estaba roto… una grieta más no importaba. Se acercó a Tadeu para tomar la pala, pero él lo detuvo. Se miraron.

—No está en condiciones, prior —le agradeció, comenzando a llorar—. *Yo* lo haré. Me ayuda si reza en voz alta. No sé si mi alma se salvará de esto.

Pasó junto a Paula sin encontrarse con sus ojos. Ella lo sintió como una puñalada en sus entrañas. La aceptó.

"*Perdona a este pecador, tu servidor*", susurró Tadeu frente a la cruz de Dominik, constipado. Tomó las astas de madera y las levantó con fuerza. Tras quitarla, enterró la pala en mitad del montículo de tierra dura, añeja, cruzada por piedras y raíces; el golpe coincidió con un trueno que abombó sus oídos y un rayo que iluminó el mar de la costa norte.

En el cielo, alguien no estaba contento, porque desató la tormenta.

La lluvia cayó con fuerza y eso significaba que había que apurarse. Tadeu siguió quitando paladas de tierra bajo el cañón del arma de Ferrogués. Lloraba sonoramente, como si quisiera que el Todopoderoso lo oyese. El hermano Liam levantó sus brazos y comenzó a orar el Salmo 25, levantando la voz contra el viento, mientras Bastiam, a su lado, de rodillas frente a las tumbas, juntaba sus brazos en el pecho, llorando también. El grupo de arrojados bajo los velos, como espectros en la noche, rodearon al prior. "*Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad. Por amor de tu nombre, oh, Jesús, perdona mi iniquidad…*".

Tras el siguiente trueno, Paula aprovechó la claridad del relámpago para escudriñar el campo. Se acumuló la angustia en su garganta. No pudo evitarlo más.

—¡Odetta! —gritó hacia la oscuridad y entre las tumbas—. ¡Euclides! ¡John! ¡Ana Carmen! ¡Perpetua! ¡Jane! ¡Carlos! ¡Louis!

El gobernador escupió una carcajada genuina.

—¿Está llamando a esa *Nueve*? ¿Por qué cree que no aparece? ¡Ha quedado al descubierto su añoso fraude demoníaco! —rio tan suelto de cuerpo que parecía aliviado—. Por décadas inventando la voz de un hombre que siempre estuvo vivo… Los austríacos estaban acertados en su diagnóstico, a fin de cuentas. Lástima que, por su culpa, baronesa, ya no podrán encerrarla para evitar que engañe o mate a nadie más.

Desolada, Paula rompió a llorar al son de las lágrimas de Tadeu da Costa. No era así como debía terminar todo, no así, no así…

—Espero que la Divina Providencia se encargue algún día de usted…

—Y yo espero que usted no me haya engañado, porque juro por mi padre que vivirá las consecuencias.

—¡Por honor a su padre debería tener más respeto por este lugar! —exclamó, desafiando a la lluvia—. Él falleció aquí, ¿no? Acogido por el doctor Kleist, con todos los cuidados paliativos que estoy segura que…

Ferrogués volvió a reír.

—Mi padre no murió aquí. ¿O acaso ve su nombre entre estas tumbas de miseria? ¡Octavio Ferrogués es un héroe de guerra!

La anciana detuvo su llanto de golpe. Buscó inmediatamente la mirada de Bastiam. Él estaba tan sorprendido como ella.

—Pero… usted mismo ha escrito su obituario en el periódico en cada aniversario… y todos saben que…

—Esa mentira es obra de mi madre, yo jamás estuve de acuerdo —se alteró—. Ella no quería que nos relacionaran con un supuesto traidor, pero fue una injusticia a su nombre. ¡Injusticia! Él murió intentando cooperar con Cambiaso para salvar su vida y la de su tripulación.

Paula y el prior hicieron un gesto similar. Hasta Tadeu dejó de cavar para poner atención, pero pronto el gobernador lo amenazó con el fusil para que siguiese con el trabajo. La lluvia no amainaba.

—¿Murió a manos de Miguel José Cambiaso?

El chileno arrugó el mentón de furia ante la pregunta de la baronesa.

—El malnacido lo arrojó por la borda. Nunca se recuperó su cuerpo.

Liam Fonsêca, inquieto, se aventuró con una osada conjetura.

—¿A su padre le llamaban *El Herrero*?

La mirada de Jovino Alonso Ferrogués, aunque firme, transmitía la frustración profunda de una herida infantil.

—Él hizo lo que tenía que hacer —afirmó, tenso—. ¡Y estoy seguro de que jamás se arrepintió de su decisión!

—¡Él entregó a Cambiaso la información sobre Hakái! —exclamó Liam bajo la tormenta, impactado. Las figuras bajo los velos blancos comenzaron a moverse—. Le dijo al *general* que aquí había tumbas con oro, que habría un sepulcro valioso reciente… —En su decepción, el portugués concluyó la peor parte—. Si no fuera por su padre, Cambiaso jamás habría venido hasta aquí. El fuerte no estaría en ruinas. El doctor Kleist estaría vivo… —Hizo una pausa que coincidió con un trueno—: La *Vía Damna* no existiría.

Ferrogués tragó saliva. Los arrojados tras los velos ya estaban demasiado cerca para su gusto.

—Mi padre es un héroe incomprendido, y vine a terminar lo que él empezó.

—¡Aquí no hay nada!

El hermano Tadeu, empapado de pies a cabeza, con las manos agarrotadas, el rostro sucio con

los surcos de sus lágrimas y el hábito marcado de sangre y barro, exclamó al cielo con incredulidad. Estaba sorprendido, pero en su tono también había alivio. Siguió con una palada más, y otra, y otra…

—¿Qué estás diciendo? —le gritó Ferrogués.

Dándole la espalda desde el centro de la fosa, el crucífero sonrió.

—Las tumbas no son tan profundas en esta área. Que aquí no hay cuerpo, gobernador… ¡No hay nada!

El viento silbó más fuerte. Encaramándose entre la tierra y las rocas, Tadeu salió del socavón y soltó la pala. Jovino y Paula se acercaron casi al mismo tiempo, asomándose al hueco en la tierra, pasmados…

El magallánico estalló en cólera.

—¡Farsante! ¡Canalla! —le gritó a la anciana, enajenado, sujetando el fusil con el dedo en el gatillo hacia ella—. ¡Dónde está mi oro!

Pasó todo tan rápido que Paula de Ferrari solo alcanzó a escuchar un zumbido en su oído izquierdo. Un segundo antes, por el rabillo del ojo, comprendió por fin qué la inquietaba sobre los arrojados: ahí, con ellos, frente a las tumbas y bajo el temporal, había cinco velos, no cuatro. *Nueve* se liberó del suyo para golpear al gobernador desde el costado, justo al tiempo del disparo, haciendo que soltara el arma y la bala cambiara de trayectoria. El empujón lo lanzó contra la fosa: casi dos metros de caída libre con golpe de cráneo en el fondo rocoso, hombro dislocado y fractura de cadera. Estaba inmovilizado de espalda contra la tierra, pero respiraba, emitiendo un quejido mínimo. Seguía vivo.

Rugió un enorme trueno y otro rayo, aterrador, iluminó los sepulcros. *Nueve* rodeó el socavón y tomó la pala. Entonces se inclinó y miró hacia abajo, buscando la mirada de Ferrogués. En la penumbra él no alcanzó a divisar cómo cambiaban de color las pupilas de la mujer. Solo distinguió la furia en su rostro.

—Miserable…

—¡Robatumbas!

—Recibiréis lo que merecéis…

—*See you in hell!*

—¡No tenéis perdón de Dios!

—*Sie werden es bereuen, gekommen zu sein.*…

—*Bastard!*

—*Jusqu'à ce que jamais, putain.*

Al escuchar la voz de Louis, Tadeu tomó la mano de Paula y la obligó a salir de ahí, a no ser testigo de lo que vendría, a buscar refugio. Corrieron todos hacia la capilla. Por alguna razón que la excarmelita luego entendería, al llegar allá el hermano Liam se colgó a la soga de la campana y la hizo sonar. *Clang, clang, clang*. Era la alerta de arrojado a la vista, de *hombre al agua*, pero nadie corría al roquerío ni tenía la menor intención de hacerlo…

Aunque no estuviese ahí para verlo, Paula de Ferrari podía imaginar claramente cada palada de tierra sobre el gobernador, cada gramo obstruyendo sus orificios nasales, cada piedra incrustada en su garganta quebrando sus dientes, y la lluvia, cómplice, ayudando en la tarea de compactar el barro para asfixiarlo pronto, pronto, mientras él, con los ojos inyectados, gritaba desesperado en su mente sin que nadie más pudiese oírlo…

Si entras a la *Vía Damna*, no sales. No podría decir que no se lo advirtieron.

XIV

3 de julio de 1905
Matinée
Vía Damna, estrecho de Magallanes

De madrugada en la comandancia, el testimonio de los tres soldados chilenos frente a sus superiores fue el mismo. En plena noche y tras una hora de espera en la cerca periférica del Fuerte Bulnes, tal como se les había ordenado, comenzó a sonar una campana. En la zona todos sabían que la campana de la *Vía Damna* replicaba cuando un barco arrojaba a alguien al mar. Minutos más tarde, describieron que uno de los habitantes ilegales del fuerte, el crucífero Liam Fonsêca, corrió hasta la cerca muy agitado para advertirles de un accidente. El gobernador Jovino Alonso Ferrogués había caído por el acantilado del límite norte. Les rogó que avisaran cuanto antes a las autoridades navales para que iniciaran una búsqueda entre los roqueríos y ellos, alterados por la noticia, obedecieron. Tomaron sus caballos y cabalgaron hasta Puerto del Hambre, donde les estaba esperando el pequeño navío que los había traído desde Punta Arenas. Se desentendieron del cochero Abel Norambuena, por lo que el prior pudo asistirle y comprobar que no tuviese mayores lesiones físicas, aunque sí estaba traumatizado. Tomó pronto uno de sus carruajes y regresó de inmediato al poblado a pesar del peligro de viajar en la penumbra…

Quince días después, un guardiamarina divisó un cadáver atascado en las rocas del cabo Valentyn, frente a la península Santa Ana. Era un hombre desnudo de mediana edad. Su cuerpo amoratado y mórbidamente hinchado presentaba un evidente estado de desintegración del tejido, lo que dificultaba la identificación de sus facciones. De inmediato se dio aviso a la gobernación y se asumió el hallazgo de Ferrogués, prohibiendo cualquier manipulación imprudente de los restos. Al tratarse de una alta autoridad, se ordenó el viaje de un experto forense desde Santiago, pero por distintas trabas administrativas y climáticas, demoró poco más de un mes en llegar a Punta Arenas. Cuando finalmente logró revisar el cuerpo y realizar algunos estudios, no pudo llegar a nada concluyente. Explicó que los cuerpos sumergidos, una vez fuera del agua, sufren una descomposición más rápida comparada a aquellos que se mantienen en ambiente seco, por lo que ya era casi imposible determinar el tiempo de sumersión ni menos la data de muerte.

Se le realizó un discreto funeral de Estado en el cementerio municipal de Punta Arenas. A fin de cuentas, para los registros oficiales de la Armada, era mejor tener un gobernador fallecido que uno desaparecido. Aunque voces en la milicia presionaron para que se interrogara e investigara a los crucíferos, so sospecha de homicidio, la declaración de los religiosos testigos era coincidente y contundente: el gobernador había sufrido una fatídica caída de la que no pudieron salvarlo. No podía acusárseles sin evidencias fehacientes. El caso se cerró como muerte fortuita y se archivó como clasificado.

Pero aquello sucedería varios días después. En la madrugada del 3 de julio recién intentaban recuperarse de lo vivido la noche anterior. El brasero, las pieles de guanaco y el silencio de cada

cual lidiando internamente con sus impresiones habían ayudado a la calma colectiva. La tormenta había amainado bastante y de las nubes escapaban algunos retazos de sol.

Ocupar las manos aliviaba la mente, así que los pocos presentes en el fuerte se dividieron las tareas. Gabriela, Flor y Bastiam —quien, finalmente, no tenía ninguna lesión grave que lamentar — fueron hasta el establo y lloraron a las arcángeles como ellas merecían. Las enterraron en el lomaje exterior y él prometió conseguir un nuevo cordero pronto. Manuel se encargó de lavar el hábito de Tadeu mientras él y doña Paula revisaban el cementerio. A simple vista, nadie diría que horas antes hubo un intento de exhumación; *Nueve* había hecho un excelente trabajo de "reposición" de la tierra removida, y la tormenta, cómplice, limpió las huellas. En cualquier caso, no se acercaron demasiado, pero permitieron que Simeón deambulara libre entre las tumbas, riendo en voz baja. Había sucedido un ajusticiamiento del que, como otras veces, los crucíferos acusarían ignorancia una vez confrontados. Lo que pasaba en la *Vía Damna*, quedaba en la *Vía Damna.*

—¿Va a contarme cómo es que compró el fuerte?

La excarmelita subió las cejas.

—Fantástica tecnología esto del telégrafo —dijo—. En la nota le pedí a Sixto que enviara uno a mi abogado en Valparaíso, don Clodomiro Zegers. Que ofreciese mejor precio a lo que sea que el Hospital de Viena estuviese por adjudicarse. Lo bueno de tener un abogado cercano a la gobernación central es que los efectos son inmediatos.

—¿Suele hacer este tipo de transacciones?

—Ciertamente no —se defendió, algo divertida—, pero antes de venir a Punta Arenas ya había tenido una conversación con el señor Zegers. Tengo mucho dinero y no puedo presumir de juventud. Su recomendación hace un tiempo es que invierta en propiedades y herede en vida. Supongo que recibir esta instrucción fue un triunfo para él.

—Pero usted no tiene hijos…

—Biológicos, no —tentó, sonriendo, mirando hacia el frente. A la distancia, Bastiam Dagalhães bajaba por el lomaje junto a dos figuras cubiertas de velo.

Tadeu asintió y sonrió también.

—¿El futuro dueño querrá desalojarnos?

—Algo me dice que podremos influenciarlo.

El hermano Liam se había quedado en la capilla toda la mañana y no había querido comer nada. Pidió que lo dejaran solo. Se acercó a Paula y Tadeu casi al mediodía, al verlos conversar cerca del acantilado norte. Su gesto era de regaño y curiosidad.

—Nadie conoce la bitácora del doctor Matthäus Kleist mejor que yo —afirmó de pronto, sereno—, pero volví a revisarla de principio a fin, por si las dudas.

—¿Y qué descubrió? —preguntó Paula.

—Que el doctor jamás menciona un trato con Dominik.

Ella apretó los labios.

—No. Lo inventé —aceptó—. El abogado sí eludió el suicidio grupal, en cualquier caso, aunque jamás conozcamos sus razones. Su tumba vacía era real y me permitió urdir todo lo demás.

—Pero ¿y si el gobernador hubiese exigido la bitácora?

—Era un riesgo, sí, pero aposté a que no perdería tiempo leyendo un libro. Tuve razón.

Él sonrió débilmente, agitando la cabeza.

—Hizo que dudara de usted. Por un momento, me hizo odiarla.

—Quién diría que el prior Liam Fonsêca era capaz de odiar —se burló, aunque dulce—. Lamento haberlo puesto en esa posición, querido prior. Necesitaba la honestidad de su reacción para que el gobernador no sospechara. Solo estaba protegiendo a Hakái.

Liam levantó el mentón.

—La ubicación de su tumba *tampoco* aparece en la bitácora…

—Por supuesto que no. ¿No era esa, justamente, la intención del doctor? Que jamás se supiese. En este caso, nuestra ignorancia es felicidad. Más la protegemos mientras menos sabemos.

—Y eso la convierte en mi mejor amiga.

Cuatro figuras con sus velos aparecieron en el prado. Paula las observó bien y puso una mano en su pecho, para escuchar el ritmo de sus latidos. Sintió paz. Al sol ya no asustaban a nadie.

Bastiam traía higos para todos.

El crucífero menor puso a los portugueses al corriente sobre la venta del fuerte. El prior se persignó, contento. Al final, contra todo pronóstico, sus plegarias sí habían sido escuchadas: nadie los echaría a patadas de ahí. Bastiam, por su lado, se atragantó con la noticia.

—¿Que yo soy qué?

—*Heredero* suena muy bien —se alegró Tadeu.

Él se ruborizó y dejó su higo a medio comer.

—No podría aceptar algo así…

—Sabía que no querrías aceptarlo —dijo ella—, pero aún debemos afinar las condiciones junto a mi abogado, y esto es lo que propongo: el título de la propiedad pasará a ti cuando yo muera, pero tendrás libertad de acción. Podrás devolverlo al Estado, si quisieras. La única restricción es… bueno, ya sabes. Ni una pala a kilómetros a la redonda.

Él asintió varias veces, comprendiendo el peso de su labor.

—Así será, madrecita —le confirmó él.

Y lo cumpliría, aunque no tendría mucho tiempo para ver su legado en ejecución. Ella moriría en 1907, Bastiam en 1911.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Tadeu.

—Mientras tanto —empezó la anciana—, la decisión es del hermano Liam. ¿Quiere quedarse?

El prior levantó una ceja.

—¿De verdad me lo pregunta?

—*Debo* hacerlo. Hemos resuelto el problema principal, ¿no? Así tenga que poner guardias en cada esquina de esta península, nadie se atreverá a buscar nada bajo tierra.

—Esa es la preocupación de *Nueve*. ¿Ya le preguntó si quiere irse? —sugirió él. Las miradas de todos se alzaron y recorrieron los alrededores. No había señales de ella—. Puedo adelantarle su respuesta. Sé que no se irá. Tampoco yo.

Paula suspiró.

—Me advirtió que su debilidad era la tozudez. Culpa mía por insistir.

Él bajó los hombros, fijando la mirada en el horizonte marino.

—Si la dueña así lo permite, este seguirá siendo mi hogar hasta que ya no haya arrojados que recibir o el Señor me llame a su lado, lo que ocurra primero. Sin embargo, me gustaría que Gabriela, Manuel y Flor encontraran una mejor vida —expresó, sincero.

—La dueña lo permite —habló Paula, cordial—, y puedo ayudar a quien necesite apoyo. Solo debe pedirlo.

Las figuras tras los velos número uno, dos y cuatro asintieron con fuerza. Ella se alegró. Apenas unos días después, Gabriela iría a bordo del buque *Providencia* con destino a Río

Gallegos y Manuel encontraría trabajo en una talabartería en Punta Arenas, motivado por un renovado entusiasmo tras probar finalmente su propia orina y confirmar el diagnóstico de diabetes. Aunque en un comienzo Flor se resistió a la idea pues no quería abandonar al hermano Liam, él mismo la convenció de seguir su camino. Paula le costeó un cupo en el buque *Rubina* que la llevaría a Valparaíso, donde la estaría esperando una vieja amiga, Alexandra Falcó y Moncada, marquesa de Silas. La incorporarían al trabajo diario de un promisorio estudio de fotografía forense llamado Eastman & Co.

Simeón adelantó unos pasos y tomó el brazo del prior. El hermano Liam le sonrió y le dio unas palmadas suaves en el rostro sobre la tela. Tadeu parecía satisfecho.

—Este lugar ha visto pasar las enfermedades más turbulentas —habló Liam—. Las más dolorosas. Cuidé de leprosos, coléricos, sifílicos… histéricos, amnésicos y profundamente perturbados. Les di unción y sepultura. No sé qué más me falta por ver.

—Quién sabe lo que nos traerá la marea —dijo la anciana, cómplice.

Él se extrañó.

—¿*Nos*? ¿Pretende quedarse también?

—He sido una terrible inquilina —admitió—, pero prometo comportarme mejor de ahora en adelante. Eso sí, haré mejoras en nuestros aposentos. Nada rebuscado, solo una que otra comodidad, como arreglar los techos o tener una nueva letrina.

Él cerró los ojos, sonriendo.

—Podría residir en cualquier lugar del mundo, baronesa de Biancavilla. ¿Por qué aquí?

—Título nobiliario o no, hábito o no, quisiera pasar los últimos años de mi vida donde haya una buena causa. Y me gusta la suya, qué puedo decirle.

—Me halaga —respondió él— y estas puertas están abiertas a su indiscutible aporte; sin embargo, recuerde que no requiere de *mi* beneplácito para quedarse, sino de alguien más.

Paula asintió.

—Llámeme ilusa, pero creo que mi petición tendrá una buena acogida.

—Escúchanos, Señor, te rogamos —sonrió Tadeu. El prior también.

—Espero que junto a Simeón y dos viejos crucíferos no desfallezca de aburrimiento.

—Nada de eso. Seguro las travesuras de John me tendrán de puntillas. Quiero aprender de hongos comestibles con Carlos. La cocina no está entre mis mayores habilidades, pero imagino que Perpetua tendrá algún truco que enseñarme. Quizá Louis, en sus buenos días, quiera enseñarme francés.

Todos callaron. Liam volvió a escudriñar el paraje, buscando a una mujer de cabello cano largo hasta las rodillas. Solo silbaba el viento.

—Pero ahora sabemos que esas personas no existen —apuntó Bastiam—. Es decir, existieron, pero no están… *dentro*… de Odetta. Es solo un delirio. Dominik estaba vivo.

—Al menos ya desechaste la idea de una *posesión demoníaca* —comentó el prior. Bastiam no le encontró la gracia.

Tadeu miró a Paula con una complicidad tranquila.

—Los alienados son personas complejas pero interesantes —consideró—. Aprender y replicar tantas personalidades y acentos distintos es algo así como un talento. Me alegra que Sor Paula haya aprendido a valorar la compañía de Odetta.

—Creo que nos llevaremos bien. Mientras yo viva, será protegida. Que los hospitales extranjeros se busquen experimentos nuevos en otros países.

Bastiam levantó sus manos en signo de paz. No quería discutir con nadie. De hecho, lo que más

quería en el mundo era salir de ahí para abrazar a su mujer y a sus hijos. Abrazó a los crucíferos y ellos lo bendijeron. Volverían a verse pronto.

Doña Paula lo acompañó hasta la entrada del fuerte. Le advirtió que mantuviese contacto con el señor D'Angelo, pues llegaría al Hotel Génova cualquier comunicación importante desde el despacho del señor Zegers. Pronto habría papeles que firmar. También le pidió que cogiese su baúl y trajese a Marcia y Sixto lo antes posible, para despedirse. En pocos días enviaría a ambos de vuelta a Valparaíso con doble paga y eterno agradecimiento por su lealtad.

Ya en el límite, a la altura del cerco de coigüe, Bastiam se detuvo. Observó la línea imaginaria que lo separaba de la libertad.

—¿Qué sucede?

—Puedes entrar, pero no salir —murmuró él.

Ella sonrió.

—Creo que esa advertencia era solo para quienes entraban aquí por las razones equivocadas —comentó ella.

Aunque no tan convencido, asintió. Se abrazaron.

Tomó aire… y continuó. Cruzó la cerca sin mirar atrás. Subió de un salto al segundo carruaje que don Abel había dejado para él y tomó las riendas. Los caballos dejaron de pastar y empezaron a moverse. Entonces Bastiam regresó la vista hacia Paula, arrugando el entrecejo como si recién hubiese encontrado la respuesta evidente a un acertijo.

Le habló a la distancia.

—Usted no cree que Odetta esté loca, ¿verdad?

La baronesa no respondió. Solo le sonrió, despidiéndolo con un movimiento de su mano y siguiéndolo con la mirada hasta que el *clac, clac* de los caballos ya no podían escucharse más.

De pronto el viento cambió de dirección. Las lengas a su alrededor se estremecieron, hasta habría jurado que las olas habían detenido su incesante golpeteo contra las rocas. Paula de Ferrari alzó el rostro y cerró los ojos un segundo. Supo que tenía compañía.

Los pasos de *Nueve* se detuvieron a sus espaldas. La baronesa volteó lentamente.

—Gracias por salvar mi vida… doctor.

Tras los ojos azul oscuro en un cuerpo ajeno, Matthäus Kleist se inclinó como si hiciese una sutil reverencia. Sus huesos yacían en el fondo del mar, desde que fue arrojado por la borda del *Florida* en la madrugada del 3 de enero de 1852.

Su alma jamás salió de la capilla.

—El mérito es de Louis —señaló Matthäus arrastrando su acento prusiano.

—Le extenderé mi aprecio cuando quiera aparecer.

—Él aprecia… *todos* apreciamos que usted no haya revelado la tumba de Hakái. Sabemos que descubrió dónde está.

Paula entrelazó sus manos sobre su regazo y sonrió con los labios pegados. Se miraron profundamente.

—Nadie lo sabrá por mí. Tienen mi palabra.

Sin romper el contacto visual, el prusiano le sonrió de vuelta, tranquilo tras el rostro de su hija… Y entonces pestañeó. Pestañeó con insistencia. En cada movimiento sus ojos mostraban un color nuevo, y voces distintas, graves y dulces, una tras de la otra con diferentes acentos, verbalizaron cálidamente en castellano:

—Bienvenida a la *Vía Damna*.

El viento magallánico movió el cabello largo de Odetta y Paula de Ferrari lo sintió bajo su

vestido. Inspiró profundo, con tanta expectación como alivio. La muerte encontraría su rostro, algún día, en el fin del mundo.

El Magallanes

11 de febrero de 1986

DESCUBREN EXTRAÑA TUMBA
COLONO-INDÍGENA EN FUERTE BULNES

Es la primera evidencia de un sepulcro de estas características en Chile

Especial atención ha concitado entre la comunidad científica el descubrimiento de una tumba con dos cuerpos en el antiguo asentamiento militar Fuerte Bulnes, ubicado en el extremo de la península Santa Ana. Se trata de dos mujeres, una caucásica y una indígena, quienes compartían la misma fosa, la cual correspondería a un sepulcro de mediados del siglo XIX. El hallazgo se enmarca en los trabajos de recuperación y restauración histórica del fuerte por parte de la gobernación regional.

Historiadores consultados apuntan a la posibilidad de un funeral simultáneo por razones climáticas, dadas las condiciones extremas de la zona sumado al aislamiento, mientras otros apuntan a que la co-habitación en el Estrecho de Magallanes de colonos y tribus nómades, especialmente Aónikenk, podría haber derivado en este tipo de sepultación. Sin embargo, expertos tanatólogos señalan que la diferencia entre sus posturas y el grado de descomposición revelarían inconsistencias en la tesis del funeral doble. “Es muy poco probable”, estimó Susana González, la jefa del equipo de recuperación arqueológica. “Mientras la mujer blanca reposa en posición occidental tradicional, recostada con los brazos sobre el regazo, la mujer indígena fue hallada a su lado en posición fetal y con una mortaja particular que refiere a ritos ancestrales de cultura patagona”. Salvo las llamadas *fosas comunes*, utilizadas generalmente para la sepultación de cuerpos anónimos, los sepulcros suelen ser individuales, a menos de que las personas involucradas tengan algún poderoso componente en común. Así se ha comprobado tras algunos descubrimientos de tumbas compartidas por parejas sentimentales, por ejemplo, en zonas de desastres (como Pompeya) o de sacrificios (coliseo romano). González agrega que, de acuerdo a análisis químicos preliminares, la data de muerte de ambas también es distinta, con al menos cinco años de diferencia, lo que implicaría que las inhumaciones se realizaron en forma consecutiva y no sincrónica. Estarían frente, entonces, a un verdadero misterio histórico. “No hay precedentes de tumbas colono-indígenas en nuestro país, y me atrevería a decir que también es un hecho extraordinario en Sudamérica. Todo indicaría que estamos frente a una fosa compartida de forma fortuita, sería la explicación más plausible, pero la investigación sigue en curso. Seguimos rastreando sus posibles identidades para comprender el vínculo concreto entre ellas”. Consultada sobre otros objetos de valor encontrados en la fosa, la experta explica que “por mucho tiempo circularon leyendas sobre la presencia de oro magallánico en tumbas indígenas como regla general, pero la evidencia encontrada es contraria a ese supuesto. Se trataría más bien de excepciones. En las tumbas descubiertas desde finales del siglo XIX, los objetos encontrados en este tipo de sepulcros están más orientados a lo familiar o lo útil para la ‘siguiente vida’, como comida o armas, u artefactos con valor sentimental. En este caso, y quizá por ser una tumba compartida, no se halló ningún otro objeto cerca de los cadáveres más que una vasija irregular de arcilla, con un sol pintado a mano”.

Desde mediados de 1985, el equipo arqueológico ha puesto el foco de sus excavaciones en un sector del límite este donde se estima hay alrededor de cincuenta tumbas de distinta data, entre mediados del siglo XIX y principios del XX. “No hay registros oficiales sobre qué sucedió con el fuerte tras el conocido motín del general Miguel José Cambiaso, en 1852. En el incendio del Archivo Nacional de 1937 se perdieron muchísimos documentos clasificados, sobre todo informes y testimonios presentados en el juicio, así como certificados de concesión o venta de dominios. Solo sabemos que los amotinados arrasaron con el lugar, así como con Punta Arenas, pero se reconstruyó la ciudad y nunca el fuerte. Cuesta entender el abandono de un lugar militarmente estratégico para el país en esos tiempos. Según la gobernación regional, el Fuerte Bulnes estuvo abandonado casi 100 años, tras la reubicación de la colonia en 1848 y el ataque en 1852, pero la recuperación de estas tumbas nos habla de que sí hubo personas viviendo aquí, lo que es un increíble hallazgo”. Los rumores apuntan a una toma ilícita del terreno por parte de una congregación religiosa, quienes cuidaban personas con enfermedades mentales o incurables, pero los locales lo atribuyen a leyendas de marineros.

Se estima que los trabajos se extiendan por al menos dos años más. Comenzaron formalmente en 1941 tras expirar un estatuto firmado por la antigua gobernación y el dueño anterior del predio, el empresario portugués Bastiam Dagalhães, el cual establecía la no exploración del terreno hasta 30 años después de su muerte a cambio de regresar el predio a manos del Estado. Su recuperación histórica desde entonces ha demorado por lagunas administrativas y falta de presupuesto, acusan los científicos a cargo. “Hemos tenido otros hallazgos interesantes como una brújula, un frasco de láudano, una bufanda de lana. También restos óseos de ganado ovino. Esperamos seguir encontrando sorpresas”. La última vez que este proyecto de recuperación hizo noticia fue en el mes de noviembre, cuando fue hallada la tumba de un hombre con rastros de vestimenta naval oficial. “Por la postura de sus brazos y piernas, así como la falta de mortaja, creemos que puede ser un entierro vivo”, comentaron los encargados en ese momento. Su identidad también está siendo periciada y se esperan resultados en las próximas semanas.

Agradecimientos

Invertí muchísimas horas revisando el acucioso trabajo historiográfico del abogado y académico Mateo Martinic Beros, Premio Nacional de Historia, sobre lo que sucedía con indígenas y colonos en la Patagonia durante el siglo XIX, así que mi primer agradecimiento profundo va para él. Sus libros y ensayos, que se atenían a lo real y comprobable, hicieron volar mi imaginación y alimentaron mi ficción. En la misma línea, la amigable digitalización de documentos, fotografías, mapas, libros y archivos patrimoniales bajo el sitio *Memoria Chilena* (www.memoriachilena.cl) —por ejemplo, la excelente recopilación histórica realizada por Benjamín Vicuña Mackenna sobre el motín de Cambiaso y la destrucción del Fuerte Bulnes— fue indispensable en mis meses de investigación, sobre todo durante el confinamiento, tal como ya lo había sido para mi novela anterior. Nunca podré agradecerle lo suficiente a ese equipo por el maravilloso trabajo que realizan.

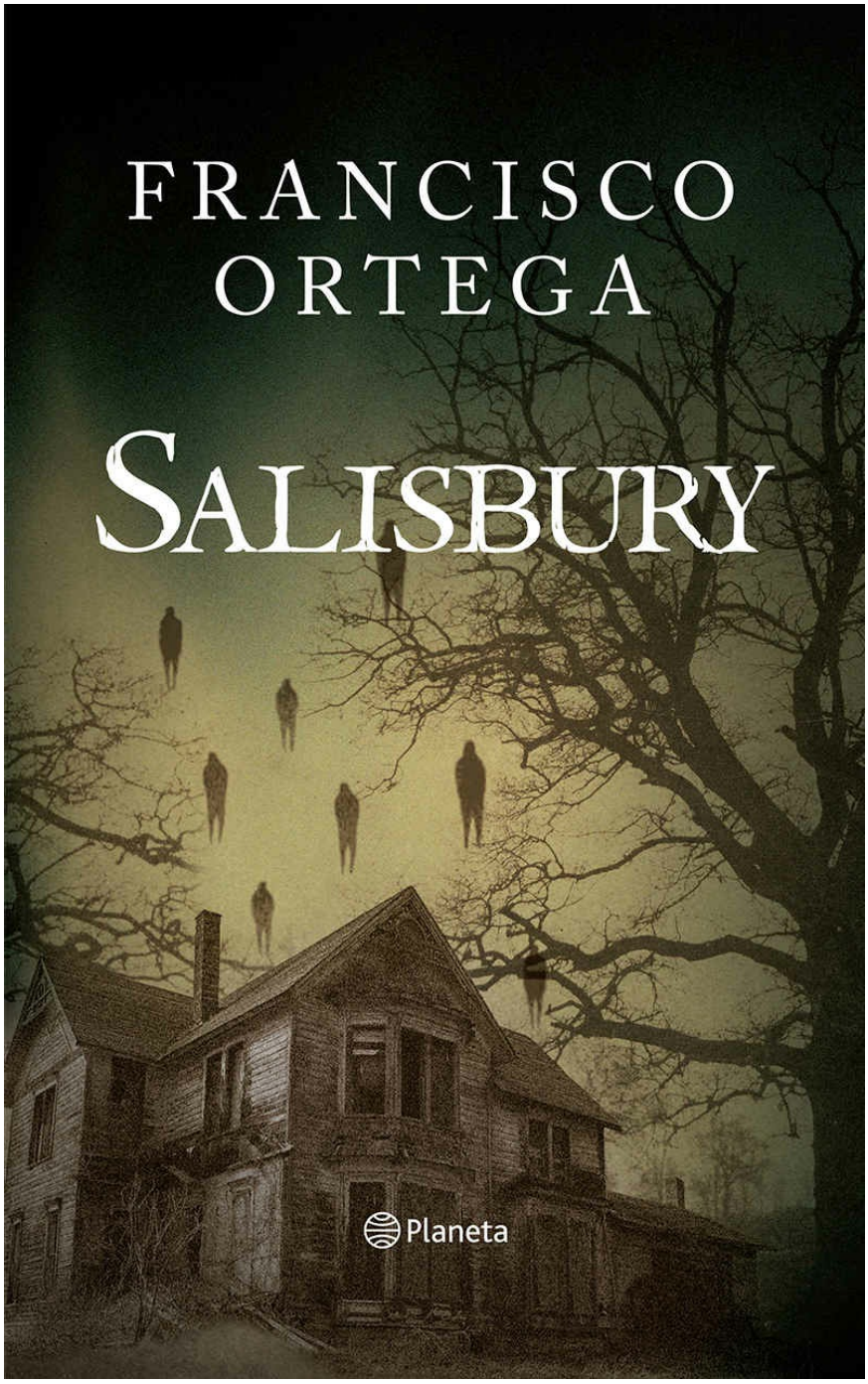
Que esté publicando esta nueva novela a pesar de viento y pandemia se debe, en buena parte, a todos los que leyeron (y siguen leyendo) *Los últimos días de Clayton & Co* con un entusiasmo que hasta hoy me abruma. Lo único más gratificante que escribir en tu género favorito es que tus lectores reaccionen a la historia como si fuese un permanente regalo de cumpleaños, llenándote de mensajes en tus redes sociales todos los días. Agradecida y honrada, siempre, por todo su cariño y confianza en las rarezas literarias que doy a luz.

No sé cómo llegaste hasta acá, lector/a/e, pero quédate. Aún me quedan muchos personajes por perturbar.

Encuéntranos en...



Otros títulos de la colección



Francisca Solar

Los últimos días de Clayton & Co.



Planeta

BAJO *la* CRUZ *del* SUR



La travesía de
Hernando de Magallanes
hacia tierras incógnitas

una novela de

PATRICIA CERDA

Planeta


Francisco Ortega
BAHAMUT
minotauro

Bahamut

Ortega, Francisco
9789569957246
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una inteligencia artificial del año 3514 viaja a febrero del 2014 con el propósito de responder al llamado "problema Bahamut", enigmáticas señales emitidas desde un lejano punto del tiempo y el espacio. Presencia que pone en cuestión el mayor descubrimiento de la humanidad futura: la certeza de estar solos en el espacio y ser una anomalía como civilización.

¿Qué es eso que nos habla desde la oscuridad del cosmos? Tras tomar control de las redes sociales, la inteligencia artificial manipula a una serie de personajes no solo para resolver el misterio, sino también para reescribir los próximos 1500 años de civilización terrana. Una aventura compleja que nos ha llevado a conquistar y construir nuevos mundos, pero también a perder el planeta madre. Mientras eso ocurre, una guerra está a punto de estallar entre los soles del año 3514. Todo es un círculo de hechos, todo es una esfera de eventos.

En esta ambiciosa y fantástica narración Francisco Ortega proyecta nuestra naturaleza hacia un futuro en que el ser humano se ha lanzado hacia las estrellas y colonizado todo el sistema solar para darse cuenta de cómo la tecnología, la religión y la soledad definieron el destino de la humanidad.

"Una obra mayor, un clásico instantáneo de la ciencia ficción a la altura de Ted Chiang. De lo mejor que he leído, creo que estamos ante la epopeya definitiva de la ciencia ficción hispanoamericana" (Julio Rojas, creador del podcast de ficción Caso 63).

Cómpralo y empieza a leer


Lucía Ramírez
LAGUNA NEGRA
minotauro

Laguna negra

Ramírez, Lucía
9789569957215
228 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Consuelo no tiene magia, es la rezagada de una familia de brujas. Pero qué importa, sabe mentir bien y encanta a sus clientes con sesiones de pura parafernalia. Hasta que llega una nueva atracción esotérica a Laguna Negra: una tienda de magia vudú. Es entonces cuando comienza a desatarse una historia de intriga y ambición en esta aparentemente tranquila localidad turística, que representará algunos de los aspectos más oscuros de la naturaleza humana a través de personajes misteriosos y sus secretos. La protagonista pretende conseguir el poder que le ha sido negado, y ahora tiene la oportunidad. León, un curioso joven de Nueva Orleans, será la pieza clave para lograrlo. Lucía Ramírez sorprende con esta entretenida novela, que nos sumerge en un choque de culturas. En base a humor satírico y con honestidad descarnada, retrata vicios actuales como el individualismo, las apariencias y las dinámicas artificiales. Una obra llena de magia negra.

Cómpralo y empieza a leer